

Diócesis de Madrid

CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

CARTAS

- Día Misionero Diocesano 811
- Dios vive en la ciudad 814
- La revolución de la ternura 817
- Alimento en el camino 821
- Tejedores de la unidad en la Iglesia 825

HOMILÍAS

- Vigilia de oración de jóvenes 829
- Solemnidad de Pentecostés 833
- Fiesta de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote 837
- Clausura del Año Jubilar Mariano 845
- Bodas de oro y plata matrimoniales 851
- Ordenaciones diaconales 857
- Solemnidad del Corpus Christi 864
- Festividad litúrgica san Juan Bautista 871
- Renovación de la consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús 875

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 881
- Defunciones 882
- Sagradas órdenes 883
- Asociaciones y Fundaciones Canónicas 885
- Actividades Sr. Cardenal-Arzobispo de Madrid. Junio 2019 888

Diócesis de Alcalá de Henares

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Incardinaciones 895
- Sagradas órdenes 896
- Defunciones 897
- Actividades Sr. Obispo. Junio 2019 898

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Homilía en la ceremonia de ordenación de presbíteros 903
- Palabras en la solemne misa del centenario de la consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús 909

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Defunciones 912

Conferencia Episcopal Española

- Manuel Barrios, nuevo secretario general de la COMECE 915
- Dos jóvenes españoles representan a la CEE en el Foro Internacional del Vaticano 917

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@archimadrid.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Famiprint, S.L. - c/ Júpiter, 7 - Tel. 91 677 99 93 - Fax: 91 677 74 48
E-mail: famiprint@famiprint.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXXVII - Núm. 2924 - D. Legal: M-5697-1958

VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD EL PAPA FRANCISCO A RUMANÍA (31 DE MAYO AL 2 DE JUNIO DE 2019)

SR. CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

CARTAS

**CARTA DEL ARZOBISPO DE MADRID
PARA EL DÍA DEL MISIONERO DIOCESANO**

(2 de junio de 2019)

Nacidos de la misión para la misión

Queridos hermanos:

En la Ascensión del Señor, los Apóstoles descubrieron la plenitud de su vocación. Como le gusta decir al Papa Francisco, ya no se habla de discípulos y misioneros, sino de discípulos-misioneros, porque ese día, cuando Jesús era llevado al cielo, les encomienda continuar la misión que Él había comenzado y de la cual ellos eran su fruto más hermoso.

Entonces descubrieron que ser discípulo conlleva ser misioneros, es decir, hombres y mujeres que desean que Cristo sea conocido, se dan cuenta, como san Pablo, que sin Cristo todo es pérdida y con Él todo es ganancia.

Este año, el Papa Francisco quiere que toda la Iglesia celebre un Mes Misionero Extraordinario. Será el próximo mes de octubre. Bueno es empezar

a prepararlo recordando que Madrid tiene más de 600 misioneros repartidos por todo el mundo. En 85 países del mundo hay, al menos, un madrileño, una madrileña misionera haciendo posible la presencia de Cristo en aquellos lugares. Cuando el Papa quiere que meditemos todos que con el bautismo recibimos un envío, recordamos a nuestros misioneros, que forman parte de la Iglesia particular de Madrid y ahora están enriqueciendo la vida de la Iglesia en otros lugares.

Ser misionero en la Iglesia no es hacer una apuesta por la aventura. No. La misión es una apuesta por Jesucristo y por el hombre. Apuesta por Jesucristo porque en Él se ha descubierto la mayor de las bellezas y de las alegrías. El misionero encontró que la vida adquiere una grandeza especial cuando se vive cerca de Aquel que nos amó y se entregó por nosotros. Y el misionero apuesta por el hombre porque ha entendido cómo el conocimiento del amor divino en el corazón del hombre hace que el ser humano descubra la hermosura de su vocación humana y divina (GS 22).

Pido a Dios algo que es urgente y que no podemos callar: que muchos jóvenes vean la misión como una oportunidad de vivir la vida en plenitud. Hoy la Iglesia necesita de sacerdotes, religiosas y religiosos y jóvenes laicos que quieran vivir la tarea misionera como su vocación. Evidentemente que todos debemos ser misioneros en el ambiente y en los lugares donde vivimos, trabajamos, descansamos. Pero no podemos olvidar que ser misionero es algo más, es haber sentido en el corazón la voz del Señor que dice: sal de tu tierra, que a donde yo te diga, irás.

Os pido orar en este día a todas las comunidades cristianas de la diócesis de Madrid, uniros, en este día de la Ascensión del Señor, en la oración recordando a los misioneros madrileños. Como insiste el Papa Francisco, sin oración no hay misión. Pongamos nuestra plegaria al servicio de la Misión.

Con estas letras quiero estar cerca de los que se fueron un día a evangelizar fuera de España. Quiero que todos los cristianos que vivimos en Madrid agradezcamos a Dios el don de la vida de estos hombres, su entrega y servicio. Y con nuestra oración y ofrenda les apoyemos sabiendo que ellos necesitan de nosotros y nosotros también necesitamos de ellos para recordarnos que la Iglesia es algo más grande de lo que nosotros contemplamos.

Ponemos esta jornada de 'Madrid con sus misioneros' en manos de la Virgen, nuestra Señora, bajo la advocación de la Almudena, ella es la Reina de las misiones y de los misioneros. Le pedimos con confianza que cuide a aquellos que dejándolo todo han decidido convertirse en el mundo continuadores de la labor preciosa de llevar a los hombres el mensaje de Cristo.

Con gran afecto y bendición para todos,

† Carlos Card. Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

DIOS VIVE EN LA CIUDAD DE MADRID

3 al 9 de junio de 2019

El pasado sábado tuvimos la gracia de celebrar el I Encuentro Diocesano de Pastoral Popular, que reunió a las cofradías, hermandades y congregaciones de nuestra archidiócesis de Madrid. Fue un encuentro inolvidable que llenó de gozo mi corazón de pastor, pues observé profundos deseos de seguimiento de Cristo. En la sencillez de una imagen en la que el pueblo ve a Dios, a su Madre o a uno de los suyos que alcanzó la santidad, todos son tocados por el amor de Jesucristo manifestado de maneras diversas.

¡Qué fuerza tienen la mirada de Cristo, de su Madre o de un santo de la puerta de al lado, como nos ha dicho el Papa Francisco, para el pueblo, para todos los que viven en la ciudad! Cómo me agrada contemplar, en una celebración popular en una iglesia, capilla o santuario y en la procesión posterior, a quienes acuden y fijarme en sus miradas. Son miradas de admiración, de necesidad, de reencuentro, de palabras que no se dicen pero que están dentro del corazón, de recuerdos y memoria de los suyos.

Recuerdo el día que un joven de 18 años, que estaba viendo una procesión de una imagen de Cristo, me encontró en la calle y me dijo: "Ayúdeme a que me den el carnet de identidad". Salieron en la conversación muchas preguntas. Desde su nacimiento había estado en Madrid, pero no existía, era desconocido. Una gran ciudad engendra muchas situaciones de vida: hay personas con plenos derechos, a otras les falta alguno; hay excluidos, indocumentados, niños, adolescentes y jóvenes, ancianos y enfermos... Precisamente por todo esto, hay necesidad de hacer ver que Dios vive en la ciudad, que las imágenes del Evangelio de más encanto e interés son las que muestran lo que genera Jesús cuando está en las calles y en las plazas; siempre suscita el bien y es esto lo que quiere y desea el pueblo.

Hoy, cuando nuestras cofradías, hermandades y congregaciones salen a las calles con sus imágenes, el pueblo sabe leer páginas del Evangelio y ver al Señor actuando. Ved cómo sigue el Señor llamando a Zaqueo, que podemos ser cualquiera de los que vivimos en esta ciudad. Cuando menos lo pensamos, escuchamos: "Zaqueo, baja que hoy quiero entrar en tu casa", quiero entrar en tu vida, quiero conquistar tu corazón, pues estás traicionando al pueblo no dando lo que debes a los demás. Pero también podemos ser Bartimeo, unos hombres y mujeres marginales que hemos oído del poder de Jesús y por eso le gritamos. Él se vuelve hacia nosotros y nos dice: "¿Qué quieres que haga por ti?". Y la respuesta es la que sale de su corazón: "Señor, que vea". Y Bartimeo recobró la vista. En la ciudad también hay gentes con una gran fe, como la de aquella mujer que pensaba que "si logro tocar aunque sea la orla del manto me curaré". Y así sucedió.

Sinceramente, tenemos un desafío: creernos de verdad que Dios vive en la ciudad. Nuestra respuesta ante tantas situaciones ha de ser volver a poner en el centro a Cristo. Dejémonos de posturas ilustradas o eticistas. Hay que comenzar siempre desde el encuentro con Nuestro Señor Jesucristo, pues Él vive, Él te ama, Él te quiere y te abraza. En los inicios de la Iglesia fue precisamente en las grandes ciudades donde se fraguó la evangelización. Tengamos la valentía, la audacia y la alegría que nace del encuentro con Jesucristo para quitar miedos a una pastoral urbana de una gran ciudad, que es capaz de entregar a Jesucristo sin glosas. Ello requiere una vivencia profunda de encuentro con el Señor:

1. La vida verdadera siempre se realiza desde un encuentro. ¡Qué fuerza tiene volver a leer y meditar el libro del Génesis en el relato de la creación! Ahí vemos con claridad la antropología cristiana: el hombre es creado por Dios y es llamado por

Él a una vida de encuentro. No hagamos circunloquios, acogamos esta verdad tal y como nos la presenta Dios. La vocación y la misión del hombre, en última instancia, es responder a la llamada que Dios le hizo. Se encuentra con todos, en todos los lugares, consciente de que es portavoz de quien ha creado todo lo que existe. En una gran ciudad estamos llamados a vivir la cultura del encuentro, tal y como el Creador la diseñó. El encuentro siempre da luz y alegría, da gozo y belleza, da sentido.

2. Las calles, plazas, jardines y casas, han de ser ámbitos reales de encuentro y de respeto al otro. Todos los hombres que habitamos en la gran ciudad tenemos nuestras historias, nuestros sufrimientos y anhelos. No hagamos ciudades para el desencuentro, para vivir uno mismo sin ver para nada a los demás; esto nos deshumaniza. Estamos creados para vivir junto a los demás, para ocuparnos de los demás. La parábola del Buen Samaritano tiene un realismo especial hoy en la gran ciudad: podemos llenarla de salteadores y bandidos, pero también podemos construirla de hombres que se acercan a todo el que encuentran para devolverle la dignidad cuando se la robaron. La religiosidad popular nos hace sacar lo mejor de nosotros mismos, pues deseamos vivir como la persona que acompañamos.

3. Encuentro con Cristo, con su Evangelio y con la Iglesia. ¡Qué alegría da ver lo que engendra la religiosidad popular! Nos saca de una fe ideologizada y cultural a esa relación afectiva con Jesús. Descubrimos con una fuerza especial la invitación de Jesús a seguirlo. Al contemplarlo en esa imagen, escuchamos esa llamada fuerte que cambia la vida: "¡Sígueme!". Es una gracia tan grande que inunda nuestro corazón. Al contemplar una imagen de su Madre, escuchamos ese "haced lo que Él os diga" de las bodas de Caná; allí María se define, nos remite a quien puede hacernos felices y darnos alegría. En la Virgen María vemos a la persona ideal de una fe vivida sin complejos y con valentía, que la llevó a salir por todos los caminos. Y al contemplar una imagen de un amigo del Señor, de un santo, escuchamos cómo subyuga la persona de Jesús. Los santos nos conducen a vivir la vida hasta su consumación en comunión con Jesús y en una entrega apasionada por los hombres. Acoger a Dios y a los hombres, no desentendernos de nadie, decir a todo el que encuentre en mi camino: "Eres mi hermano", son tareas necesarias en la gran ciudad. Solo así acabamos con la insolidaridad, la apatía, el sinsentido y el absurdo.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos Cardenal Osoro, arzobispo de Madrid

LA REVOLUCIÓN DE LA TERNURA

10 al 16 de junio de 2019

Acabo de leer *El Papa de la ternura*, que presenté el martes en Madrid junto a su autora, Eva Fernández. Comienza con una carta que el propio Papa Francisco le dirige a ella en la que, entre otras cosas, subraya que "la cultura de hoy tiende a olvidarse de esta actitud tan evangélica... ¡Qué bien nos hará recuperar la eficacia de la caricia como nos la piden los niños y responder a la cultura de la prescindencia y del descarte con la revolución de la ternura! Gracias por haber escogido este tema". Con estas palabras del Sucesor de Pedro en la cabeza, quiero entregaros algunas ideas sobre la hondura que tiene el mensaje evangélico de la ternura.

La revolución de la ternura viene confirmada por el mensaje del mandamiento nuevo del amor. Amor y ternura no son dos realidades paralelas en el Evangelio, sino que la una exige a la otra. De tal manera que la ternura sin el Evangelio de la caridad, del amor, quedaría privada de fundamento. La ternura no es un sobreañadido al mensaje del Evangelio sobre el amor; de alguna manera, podríamos decir que es su corazón. Hay una expresión bíblica que quizá nos ayude a entenderlo: "No endurezcáis el

corazón". Qué bien nos hace entender el Señor que el corazón evoca la profundidad del ser humano. Sí, esa profundidad donde está el origen de las opciones de orden moral, de amor o de odio, de paz o de violencia. Y cuando hablamos del corazón de Dios, lo que estamos recordando es la ternura fiel y para siempre: "El hombre mira las apariencias, pero Dios ve el corazón" (Sam 16, 7).

Volvamos a los profetas, pues nos ayudarán a entender lo que es la revolución de la ternura. Fijémonos en lo que dice Jeremías: "Pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo" (Jr 31, 33) o en lo que señala Ezequiel: "Yo les daré un solo corazón y pondré en ellos un espíritu nuevo; quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne" (Ez 36,26). Porque la nueva ley trae la revolución de la ternura; no va a estar grabada en tablas de piedra, estará grabada en las tablas del corazón. Tiene que haber un trasplante de corazón. También san Pablo nos habla de esta revolución de la ternura: "Vosotros sois nuestra carta, escrita en vuestros corazones, conocida y leída por todos los hombres [...] no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, en los corazones" (2 Cor 3, 2-3).

Asimismo, el tema del corazón es esencial en el Evangelio. Nos está remitiendo a la interioridad del ser humano y a la verdad que se requiere en la acogida de la salvación para no caer en la dureza, la incompreensión o la negativa de seguir a Jesús. Todo se juega en el corazón. Qué alcance tan grande tienen esas palabras de Jesús: "Donde esté tu tesoro, allí estará tu corazón". En definitiva, todas las opciones del hombre surgen de esa profundidad; de ahí que se nos pida amar a Dios con todo el corazón. La referencia constante al corazón en el Evangelio de san Juan nos hace ver la importancia que tiene; sin él no entendemos el mensaje de Jesús. Os remito a palabras que se utilizan: amad, haced el bien, bendecid, rogad, dad, no se lo reclames, tratad como queréis que os traten, amad a los enemigos, prestad sin esperar nada a cambio, sed compasivos, no juzguéis, no condenéis, perdonad... Solamente la ternura amorosa que se convierte en solicitud atenta y servicio misericordioso al prójimo es signo de reconocimiento del Dios de la salvación.

La revolución de la ternura no es simplemente de naturaleza ética o moral, sino pascual; el amor de ternura brota del mismo Jesús y de la alianza nueva que Él inaugura en su persona con el acontecimiento de Muerte y Resurrección. Quizá venga bien entregaros tres imágenes de la ternura que aparecen claras en el Evangelio:

1. El buen samaritano (Lc 10, 25-37). A Jesús un doctor de la ley le pregunta una cuestión de orden académico: "Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?". La respuesta de Jesús fue inmediata: "¿Qué está escrito en la Ley?". El interlocutor responde: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza y con toda tu mente. Y a tu prójimo como a ti mismo". Jesús concluye: "Has respondido correctamente. Haz esto y tendrás la vida" (cfr. 9, 25-28). El doctor experto en la Ley creía que había planteado una pregunta que no se podía responder con dos palabras, por eso insiste otra vez: "¿Y quién es mi prójimo?". El doctor de la Ley quería poner entre la espada y la pared a Jesús. En el judaísmo se interpretaba "ama a tu prójimo" como "ama a tu compatriota". Y Jesús responde con una parábola, situándola en una peligrosa curva que hay entre Jerusalén y Jericó, en la que muestra si uno es o no prójimo del necesitado. Al terminar la parábola pregunta al doctor: "¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?". La respuesta no dudó en darla el doctor de la Ley: "El que practicó la misericordia con el herido". Y la respuesta de Jesús fue clara: "Anda y haz tú lo mismo".

2. El hijo pródigo (Lc 15, 11-32). Debiéramos llamarla parábola del padre misericordioso y de sus dos hijos llamados a la conversión y reconciliación. El centro de la parábola es el padre. El milagro no consiste en el arrepentimiento del hijo menor, sino en la manifiesta ternura del padre que es capaz de perdonar y acoger de nuevo a su hijo. Lo extraordinario es la ternura de Dios que anula el pecado del hombre y, al mismo tiempo, es una ternura misericordiosa que nos revela la profundidad del pecado: el hijo se había negado a dejarse amar y había huido del amor para obrar por su cuenta. El hijo mayor se irritó: tiene también necesidad de conversión y reconciliación tanto o más que el hijo menor. Y una vez más el padre toma la iniciativa y habla al mayor con ternura y comprensión. El hijo mayor no sabe apreciar el don de ser hijo, no sabe amar. La parábola presenta la manifiesta ternura de Dios que puede resucitar a los hijos si se abren a ella y se hacen capaces de ternura el uno al otro. Es una invitación a eliminar el espíritu de revancha, de rivalidad, y entrar en el espíritu de respeto y de fraternidad abierta siempre al perdón.

3. El fariseo y el publicano (Lc 18, 9-14). Dos personajes en contraposición, el publicano y el fariseo, que representan dos posiciones extremas: el observante de la Ley y separado de todos los demás, que se siente en pureza legal, y el recaudador de impuestos considerado por sus paisanos como un explotador y co-

laborador de los romanos. La parábola intenta desenmascarar el egoísmo sin medida y, por tanto, las apariencias; desenmascara una concepción de la religión con apariencias de piedad, de oración. Dios no puede ser tapadera o instrumento de quien considera que no hay que pedirle nada; el referente del fariseo no es Dios, es él mismo. El publicano, en cambio, se mantiene lejos de Dios, de rodillas, callado y, sin levantar la cabeza, suplica. Es la plegaria de un pobre que se entrega y pone la vida en manos de Dios; formula el estado en que se reconoce como un pobre pecador. Y Dios le reconoce y recibe misericordia.

Os invito a no quedarnos en la simple lectura de esta reflexión en voz alta. Sintamos la llamada a realizar la revolución de la ternura que Jesús comenzó. Esta no se puede hacer sin acoger en nuestra vida el amor y la ternura de Dios. Quizá podamos elegir de estas tres parábolas aquel personaje en el que en estos momentos de nuestra vida nos sentimos más identificados, sabiendo que, estemos como estemos, el Señor nos reconoce, nos ama y hace bajar su ternura llena de amor sobre nosotros para cambiarnos el corazón.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos Card. Osoro, arzobispo de Madrid

ALIMENTO EN EL CAMINO

17 al 23 de junio de 2019

Este domingo celebramos el Corpus Christi, una fiesta entrañable para todos los cristianos, en la que podemos contemplar cómo el Señor se acerca a nuestras vidas concretas, a nuestra historia personal y colectiva. Descubrimos que el Señor no ha querido desentenderse de nosotros, sino todo lo contrario: desea complicarse la vida por nosotros, para transformarnos en Él, para ser Él en medio de esta historia, alimentados por Él, crece Él en nosotros. ¡Qué profundidad tiene nuestra vida vivida desde la Eucaristía! San Manuel González utiliza un neologismo para mostrar la hondura que alcanza, él nos habla de "eucaristizar la vida".

La Eucaristía no está reservada, como ningún sacramento, para los perfectos; es el alimento reservado para quienes por el Bautismo hemos sido liberados de la esclavitud y hemos llegado a ser hijos de Dios y hemos de crecer en esa filiación y en esa fraternidad que nace de la comunión con Cristo. Precisamente por esto, este año en Madrid hemos elegido el lema *Alimento en el camino*. Sí, la Eucaristía es el alimento que nos sostiene en el largo camino de la vida, nos va identificando

con Jesucristo, nos va haciendo decir con todas las fuerzas de nuestra alma la misma expresión que dijo san Pablo: "No soy yo, es Cristo quien vive en mí". Y nos alienta a atravesar el largo desierto de la existencia humana, sin miedos, confiando plenamente en Jesucristo.

"El que me come vivirá por mí" (Jn 6, 57). Es necesario que retengamos estas palabras del Señor en nuestro corazón, para vivir en confianza y salir por este mundo siendo discípulos misioneros. Cuando alcanzan nuestro corazón, nos permiten vivir desde un horizonte de comprensión lleno de luz, pues del misterio creído y celebrado nace y contiene un dinamismo tan fuerte que la Eucaristía se convierte en principio absolutamente nuevo de vida y por ello nos da y regala una forma de existencia cristiana. San Agustín lo formula así en las Confesiones: "Soy el manjar de los grandes: crece, y me comerás, sin que por eso me transforme en ti, como el alimento de tu carne; sino que tú te transformarás en mí" (Confesiones, VII, 10, 16: PL 32, 742).

¡Qué necesario es alimentarnos de Cristo! Ofrezcamos este alimento a los hombres. En la fiesta del Corpus Christi, salimos con el Señor a nuestras calles, ¿por qué será que, en la contemplación de Cristo Eucaristía, siempre se hace silencio, pero Él nos habla en lo más profundo de nuestra existencia con su lenguaje de amor? ¿Por qué será que los jóvenes de hoy, buscadores insaciables de felicidad, encuentran en Cristo Eucaristía aliento, silencio interior para escuchar a Dios, esperanza, y se suscitan compromisos con los demás?

Cristo dice también: "Yo soy el pan de vida". ¡Qué noticia para la humanidad! Tantas búsquedas que hace el ser humano para saciarse, pues tiene necesidad de verdad, de vida, de amor, y con estas palabras sabemos que tenemos alimento para el camino. Y no cualquier alimento: es el mismo Hijo de Dios quien se convierte en nuestro alimento.

Así entendemos mejor el momento sublime en el que el Señor hace el milagro para alimentar a aquella multitud hambrienta. En la multiplicación de los cinco panes y dos peces, Jesús sació el hambre de la multitud. "Comieron todos hasta saciarse" y quiero subrayar ese "todos", pues el gran deseo del Señor es que todo ser humano se alimente de la Eucaristía. En la fiesta del Corpus Christi, con la procesión y adoración, la Iglesia desea llamar evidenciar a través de Cristo Eucaristía, adorado y mostrado a todos los hombres, que Él murió por amor a todos los

hombres, entregó su vida por amor a todos y es alimento para el camino que realizamos todos.

Sí, el Señor es alimento para el camino, ¿qué significa para nuestra existencia?, ¿qué quiere decirnos el Señor en esta fiesta del Corpus Christi? Os voy a señalar tres aspectos:

1. La presencia del Señor en nuestras calles nos invita a conocer más y más el tesoro de la Eucaristía. ¿Por qué ese deseo? Es don de Dios para la vida del mundo, es el tesoro más valioso: nos introduce en la vida eterna, contiene todo el misterio de nuestra salvación, es la fuente y la cumbre de la acción y de la vida de la Iglesia (cfr. SC 8). Para ser discípulo misionero el Señor nos invita a sentarnos a la mesa para encontrarnos personalmente con Él. Recordemos a los discípulos de Emaús, cuando estos se sientan a la mesa y reciben de manos de Jesús el pan de la Eucaristía. Es entonces cuando se les abren los ojos; descubren al Resucitado y ven que es verdad todo lo que les dijo por el camino y salen corriendo a anunciar que Cristo ha resucitado. Un discípulo misionero tiene necesidad de que Cristo le abra los ojos, tener un encuentro personal con Él salir a los caminos con valentía a comunicar la vida de Cristo.

2. La presencia del Señor en nuestras calles expresa el deseo de que vivamos la comunión en su Iglesia, para ser creíbles para todos los hombres. Y al hablaros de esto, necesariamente viene a mi memoria una carta apostólica de san Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, en la que nos decía entre otras cosas, "un aspecto importante en que será necesario poner un decidido empeño programático, tanto en el ámbito de la Iglesia universal como de las Iglesias particulares, es el de la comunión (*koinonía*), que encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia". Y ¿qué es la comunión? "Es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón eterno del Padre, se derrama en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da, para hacer de nosotros un solo corazón y una sola alma". En la Eucaristía se manifiesta el amor más grande, ese amor que impulsó al Señor a dar la vida por los propios amigos, por todos los hombres. Él nos amó hasta el extremo, hasta el don de su Cuerpo y de su Sangre, y nos invita a vivir esa comunión con Él viviendo de su mismo amor y regalando su amor, creando puentes y no muros, saliendo al encuentro de todos, buscando y viviendo siempre la comunión que nace de nuestra comunión con Cristo.

3. La presencia del Señor en nuestras calles nos invita al compromiso de ser pan partido a favor de los demás. El texto de la multiplicación de los panes y peces tiene una invitación muy clara al compromiso con todos los hombres, manifestado en ese contribuir a saciar el hambre, cada uno con su aportación, pobre y necesaria, pero que el Señor la transforma en don de amor para todos. Hoy el Señor nos llama a la santidad y a una entrega a favor de todos. Qué fuerza nos da el poder comprobar que el amor de Cristo "no acaba nunca", tal y como nos dice el apóstol san Pablo en el himno a la caridad, y nos une a todos los hombres y aumenta ese amor en la medida que participamos y nos alimentamos de quien salva al mundo. No es posible presentarnos ante el Señor divididos y separados; la Eucaristía es una invitación constante a acoger su amor y a difundirlo, a recibir su perdón y a darlo también nosotros, pues siempre nos abre el corazón al perdón y a la reconciliación.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos Cardenal Osoro Sierra, arzobispo de Madrid

TEJEDORES DE LA UNIDAD EN LA IGLESIA

24 al 30 de junio de 2019

En este mes de junio en el que toda la Iglesia vive y mira de un modo especial a Jesucristo en su Sagrado Corazón, tiene una hondura especial el ser tejedores de la unidad y compartir el deseo del Corazón del Señor. Lo confirmé el lunes, cuando visité el Centro Ecuménico impulsado por don Julián García Hernando y pude compartir la vida y acción de las Misioneras de la Unidad.

En mi recorrido por el centro, recordé los diversos encuentros que ha habido de los cristianos, unos más lejanos y otros cercanos a nosotros. Con este tipo de encuentros, san Pablo VI, san Juan Pablo II, Benedicto XVI y ahora el Papa Francisco, todos sucesores de Pedro, nos han invitado a dejarnos interperlar, como ellos mismos lo hicieron en primera persona, para ser promotores de la causa del ecumenismo. Siguen así las huellas que nos marcó tan bellamente el Concilio Vaticano II, que tenía entre sus "propósitos principales" el de "promover la reconstrucción de la unidad entre todos los cristianos". Los últimos Papas se han dirigido a todos los cristianos con un saludo cordial en Cristo, único Señor de todos.

Para el Papa Francisco, los encuentros son particularmente significativos, pues le permiten decir a todos con sencillez, desde una reflexión profunda, con palabras, obras y gestos: "Sigamos adelante con esperanza". Quiere reafirmar el compromiso irreversible que asumió el Concilio Vaticano II. Desea con todas sus fuerzas que se cumpla y se recorra ese camino hacia la comunión plena, querido por Jesús para todos sus discípulos, y que se haga siendo verdaderamente dóciles a lo que el Espíritu dice a las Iglesias con valentía, dulzura, firmeza y esperanza. Qué bueno es descubrir todos nosotros, en lo más profundo del corazón, que esto implica vivir en un diálogo profundo con el Señor, es decir, siendo orantes y con un mismo corazón, con ese deseo de Cristo de unidad.

Siempre me han impactado las primeras palabras del decreto sobre ecumenismo, cuando nos dice que, "con ser una y única la Iglesia fundada por Cristo Señor, son muchas, sin embargo, las comuniones cristianas que se presentan ante los hombres como la verdadera herencia de Cristo; ciertamente, todos se confiesan discípulos del Señor, pero sienten de modo distinto y marchan por caminos diferentes, como si Cristo mismo estuviera dividido" (UR 1). Esta visita al Centro Ecuménico me reafirma en la llamada que el Señor nos hace a los discípulos a construir la unidad en la caridad y en la verdad. Todos los cristianos tenemos que reedificar, conscientes de que la división disminuye la eficacia de la evangelización y sabiendo, al mismo tiempo, que la unidad que perseguimos no es la absorción ni fusión, sino buscar juntos la voluntad de Cristo que quiso que la Iglesia fuese una, santa, católica y apostólica.

En el Centro Ecuménico se cultiva un diálogo que es mucho más que un intercambio de ideas, más que una empresa académica: es un intercambio de dones (cfr. *Ut unum sint*, 28), en el que las Iglesias y las comunidades eclesiales pueden poner a disposición su propio tesoro. Qué bien nos lo recordaba el Papa Benedicto XVI en Colonia en agosto de 2005, cuando nos decía que "la mejor forma de ecumenismo consiste en vivir según el Evangelio". Nosotros, como cristianos católicos, alentados y sostenidos por la Eucaristía, hemos de sentirnos siempre impulsados a la plena unidad que Nuestro Señor Jesucristo deseó con un ardor único en el Cenáculo.

He visto en este centro como una llamada providencial a vivir el diálogo teológico entre hermanos junto al diálogo pastoral. El diálogo teológico nos hace descubrir que estamos en la casa de Cristo aunque esta tenga diversas y diferen-

tes estancias, y así entender que la misión de la Iglesia es común a todos. Por eso también hemos de vivir el diálogo pastoral, que significa que, sin olvidar el diálogo teológico, creamos y fomentamos encuentro de comunión viva, apostando por crear un corazón cristiano común, que solo puede ser obra del Espíritu Santo. En un mundo tremendamente dividido, afirmemos, prediquemos y vivamos juntos aquello que más se necesita: justicia, paz, un modo de entender a la persona, de estar en medio del mundo significativamente... Ese modo que aprendemos en, con, por y desde Jesucristo.

1. Crezcamos juntos en la vida teologal, es decir, en la fe, la esperanza y la caridad. Estamos viendo que, en este mundo que nos toca vivir, la gente pide testimonio, lo cual requiere una fe más viva, una esperanza más firme y una caridad que alimente nuestras relaciones desde el amor mismo del Señor.

2. Vivamos el reto mayor que es el del amor. Hemos logrado mucho en el campo ecuménico, pero siempre hay algo más: muchos hombres hoy, en todas las partes de la Tierra, esperan el don del amor, quieren ayuda ya sea espiritual o material. Como decía Benedicto XVI en la encíclica *Deus caritas est* y nos recuerda el Papa Francisco tantas veces, "el amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial, y esto en todas las dimensiones: desde la comunidad local a la Iglesia particular, hasta abarcar a la Iglesia universal en su totalidad. También la Iglesia en cuanto comunidad ha de poner en práctica el amor" (n. 20).

Tenemos que provocar y alcanzar el corazón de los hombres que suspiran de amor, haciendo con nuestra vida lo que hizo Jesús cuando le llevaron aquel endemoniado mudo. Una vez que salió el demonio, quedó curado y habló: el amor recuperó a aquel hombre (cfr. Mt 9, 32-36). Entre el pueblo, deseoso de amor y de que este se manifieste en obras, se oía sencillamente: "Nunca he visto en Israel cosa igual". Mientras, los fariseos, llenos de soberbia y vanidad, señalaban: "Este echa demonios con el poder del jefe de los demonios". Sintamos el gozo de recorrer los caminos que Dios nos tenga a bien pisar y hacerlo como Jesús, proclamando con obras y palabras su amor que dan curación.

3. Asumamos el compromiso de vivir escuchando la Palabra de Dios. No somos nosotros quienes hacemos u organizamos la unidad de la Iglesia. Hemos de vivir con esa claridad que tan bellamente nos dice Nuestro Señor desde el

inicio mismo de la misión de la Iglesia en el mundo: la Iglesia no se hace a sí misma y tampoco vive de sí misma, sino de esa Palabra creadora que sale de la boca de Dios. ¿Cómo no escuchar juntos la Palabra? ¿Cómo no practicar la *lectio divina*, esa lectura unida a la oración? ¿Cómo no dejarnos sorprender por la Palabra de Dios que siempre es joven, que nos dice siempre algo nuevo, que traduce nuestra vida en obras y gestos, en cercanía a Dios y a los hombres? ¿Cómo no recurrir a esa Palabra que nos eleva a la altura de Dios para ver y escuchar, dejando prejuicios y dejando de vivir de nuestras opiniones?

Juntos escuchemos, contemplemos y acojamos en nuestro corazón la Palabra del Señor, que no nos tenga que decir Jesús a sus discípulos aquellas palabras con las que se lamentaba por la generación presente: "¿A quién compararé esta generación? Se asemeja a unos niños sentados en la plaza, que gritan diciendo: "Hemos tocado la flauta, y no habéis bailado; hemos entonado lamentaciones, y no habéis llorado". Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: "Tiene un demonio". Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: "Ahí tenéis a un comilón y borracho, amigo de publicanos y pecadores". Pero la sabiduría se ha acreditado por sus obras" (cfr. Mt 11, 16-29). Urge que todos los cristianos escuchemos esa Palabra y formulemos nuestro caminar con la dirección que el Señor nos propone; hará que nos encontremos en la comunión.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos Cardenal Osoro, arzobispo de Madrid

HOMILÍAS

VIGILIA DE ORACIÓN CON JÓVENES

(07-06-2019)

Hay tres palabras que, depende cómo se combinen, dan un resultado u otro a la historia humana. A la historia personal de cada uno. A la historia colectiva. Y esas tres palabras nos las acaba de decir el Evangelio: oscuridad, luz, misión.

Si combinas la oscuridad con la misión, y realizas desde la oscuridad la misión, el resultado siempre es negativo. Porque la oscuridad, en general, trae unas consecuencias: cerrar puertas, y miedo. Mientras que si combinas la palabra luz y misión, las puertas se abren. Y ya no son el miedo. No son cerrar puertas... Es la paz. Es la alegría. Es el sentirse enviado en nombre de alguien.

Sobre estas combinaciones, yo querría hablaros esta noche. Que tengáis estas palabras en consideración, también, en vuestra vida. Esta consideración la hacemos en estas vísperas de Pentecostés. Los hombres, antes de venir nuestro Señor, vivían en la oscuridad. Ni sabían quién era Dios, o a veces vivían con dioses inventados por los hombres mismos, ni sabían quiénes eran ellos mismos... Cuando viene Jesús, y cuando nos envía el Espíritu a la Iglesia, nosotros sabemos quién

es Dios y quiénes somos nosotros. Y por eso caminamos con la cabeza alta, mirando a los hombres y sintiéndonos con la capacidad de decirles, como Jesús a los primeros discípulos: "ven y verás".

Sí. Podemos vivir en la oscuridad. Es terrible. Porque siempre la oscuridad, a nivel humano nos pasa igual, nos da miedo. No sabemos con quién nos podemos encontrar... Siempre eso nos hace cerrar puertas. Ir sospechando. Así vivió y sigue viviendo la humanidad antes de conocer a nuestro Señor. La oscuridad es tremenda. Y hace que este mundo no sea como tiene que ser. Es un mundo de golpes y contragolpes. Es un mundo de división. Es un mundo de ruptura... La oscuridad nos hace vivir... La experiencia de las puertas cerradas es tremenda para el ser humano. Uno se encierra en sí mismo, en sus teorías, en su poder, en sus capacidades, en sus miramientos... Y, por tanto, es el que decide: tú me sobras... Así vienen las luchas, las guerras. Las que existen en este mundo son producto de la oscuridad.

Sin embargo, podemos vivir en la luz. O de la luz. Y la luz, para nosotros, tiene un nombre: Jesucristo. Si os habéis dado cuenta, todo el tiempo de Pascua tenemos encendido el cirio, que representa a Jesucristo. Y cuando hemos bautizado a alguien, tomamos de esa luz: cogemos una vela, la encendemos y se la entregamos, o a los padres o a los adultos, si es que son adultos los que se bautizan, como signo de que ellos han recibido una vida nueva. Una vida nueva de luz, no de oscuridad. Una vida de luz que, como habéis visto, tiene no las características de cerrar puertas, sino lo contrario: de abrirnos a todos los hombres. A todos. Sean quienes sean. Piensen lo que piensen.

El Señor nos abre. En el fondo, en el fondo, nuestro Señor hace verdad lo que les dijo a los discípulos antes de subir a los cielos, cuando les dijo: "Venga, id por el mundo y anunciad el Evangelio. Llevad la buena noticia a todos los hombres. No os cerréis en vosotros mismos". Los discípulos, al principio, estaban cerrados en una estancia, por miedo a los judíos. Pero cuando llega la luz, cambia todo. Hay una experiencia distinta. Hay experiencia de la alegría. Pero no de la alegría del triunfo de la vida, no... Habrá dificultades. Es la alegría de sentirme querido por un Dios que se me ha revelado, que me ha dicho que soy hijo de Dios, que me ha dicho que soy hermano de los hombres, y que tengo que salir a este mundo a anunciar esta buena noticia a todos. Y que no es posible que nos estemos matando los hombres, los unos a los otros... No es posible. Porque es que este Dios nos ha revela-

do que somos hermanos. Y nos ha revelado que nuestra condición es de hijos de Dios y de hermanos. Y que tenemos que intentar buscar con su luz, con su alegría y con su amor, la fraternidad en este mundo.

¿Veis? El Señor nos deja la paz. Pero la paz no es la que a veces entendemos nosotros. Es su paz. La suya. Es la paz de un Dios que entra a mi corazón, que me da seguridad porque sé en qué manos estoy. Sé de quién dependo. Sé que la fuerza que tengo que cultivar en mi vida es la que Él mismo me da, que es su amor. Y es la que yo tengo que llevar a todos los lugares del mundo y de la tierra. Esto es lo que hizo grandes a los grandes misioneros que hemos conocido. Recordad a san Francisco Javier: un hombre de aquí, de España, que sale de nuestra tierra y se marcha al mundo desconocido entonces para anunciar a Jesucristo.

Es impresionante lo que supone tener la luz, queridos hermanos. Pero todos los que estamos aquí, quizás hemos tenido algún momento en nuestra vida en que hemos sentido tentados a vivir en la oscuridad. Sin salidas. Puertas cerradas, para todos o para algunos: a los que no me venían bien, los eliminaba de mi vida. Miedos. Pero qué experiencia más bella hoy, esta noche, aquí mismo: tener la luz que es Jesucristo. Esta luz que es Jesús, que nos dice que vive. Que nos ama. Que nos quiere. Que cuenta con nosotros para que entreguemos esta luz. Que nos invita a entregar su paz. Esa paz que se construye cuando estamos dispuestos a dar lo mejor de nosotros mismos hasta dar la vida por nuestro Señor.

El Señor sabía que por nosotros mismos no lo podemos hacer. Por eso envía el Espíritu Santo. Y ya en la primitiva Iglesia aquel Espíritu fue capaz de hacer posible que aquellos apóstoles, reunidos en una estancia por miedo a los judíos, al recibir el Espíritu abrieran las puertas y saliesen del lugar donde estaban a entrar en relación con hombres y mujeres que, para exagerar mucho el libro de los Hechos dicen había partos, venidos de Mesopotamia, de Capadocia, de Panfilia. Hombres y mujeres de todas las edades, de todas las lenguas. Y todos entendían en su propia lengua a los apóstoles, que eran unos pobres hombres, que habían vivido en el solar de Palestina y que no habían salido de allí, pero que acogiendo el Espíritu tenían el lenguaje de Jesucristo. Su alegría. Su amor, Su paz.

¿Veis la diferencia, queridos hermanos? Vivir en la oscuridad. Vivir en la luz. Este mundo puede ser diferente. Por eso, la urgencia que nos da Jesús es grande: id por el mundo. Anunciad la buena noticia.

Pero también el Señor, en tercer lugar, nos dice: para hacer esto, tenéis que acogerme a mí. Queridos amigos: acoger a Jesús no es acoger unas ideas. Nosotros no vivimos de una ideología. Aunque sea buena. Nosotros vivimos de una persona, que es nuestro Señor Jesucristo. Que está realmente presente aquí, entre nosotros, en el misterio de la Eucaristía. Que se nos va revelando a través de su Palabra. De esa Palabra que cuando la meditamos y la acogemos y la metemos en nuestro corazón nos da luz, y nos hace dar luz.

Acoger al Señor es acoger su alegría. Es acoger su paz. Es acoger su amor. Es acoger su esperanza. Es acoger a este Dios que nos quiere dar un abrazo y quiere que seamos Él en medio de los hombres. Sí: tú y yo. Todos los que estamos aquí podemos ser Jesús en medio de esta historia. Pero el Señor nos pide salir de la oscuridad, tomarlo a Él como es. Y el Señor nos lanza a la misión. A una misión bella. A una misión hermosa, queridos amigos. Si siempre ha sido necesaria, más que nunca en este momento de la historia, donde a veces el mundo no sabe para dónde ir, está como perdido.

Qué importante es que vosotros, todos, los jóvenes, sintáis el gozo de este abrazo que quiere darnos Jesús que vive esta noche. No estamos reunidos en la catedral en nombre de un muerto que vivió hace 20 siglos. Él vive. Vive. Ha resucitado. Y ha querido quedarse entre nosotros en el misterio de la Eucaristía, para que nos alimentemos de Él. Que no es una idea. Es una persona. Las ideas dividen. Podemos tener ideas de Jesús, pero hasta que no acojamos la persona de Jesús, que rompe nuestra vida y nos abre las puertas para todos, no hemos entendido ni quiénes somos nosotros, ni quién es el Dios que nos ama entrañablemente.

¿Veis? Combinemos luz y misión. Que nos da alegría. Que nos hace salir a los caminos. Que nos hace abrazar a todos los hombres. Que nos hace vivir en su amor. Hagamos esta combinación. Y no estamos solos: el Espíritu del Señor viene en nuestra ayuda. En la ayuda de nuestra debilidad, como vino a los apóstoles en el inicio de la Iglesia.

Que el Señor nos bendiga a todos en esta celebración que estamos haciendo, y en esta adoración que estamos viviendo a Jesucristo nuestro Señor.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS

(09-06-2019)

Ilustrísimo señor deán. Queridos hermanos sacerdotes. Querido diácono. Queridos hermanos y hermanas.

En esta solemnidad de Pentecostés, en que celebramos la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles. Solemnidad que nos hace actualizar aquello que sucedió en el inicio de la misión evangelizadora de la Iglesia, y que sigue sucediendo hoy también. Es el Espíritu Santo quien guía a la Iglesia en su misión, como en el principio.

Todos los cristianos podemos decir, como nos recordaba el Papa Francisco: "Yo soy una misión en esta tierra". Y para eso estoy en este mundo. Para realizar esa misión que comenzó hace 21 siglos.

En este contexto, en España hoy se celebra también el Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar. Y es bueno recordar, en el día de Pentecostés, que si quitamos o arrancamos del discípulo de Cristo la misión, estamos destruyen-

do la identidad de un discípulo del Señor. Porque somos misión, queridos hermanos. En este conocerán que somos miembros vivos de la Iglesia. La Palabra de Dios que hemos proclamado nos ayuda a entender cómo cada cristiano, cada discípulo de Jesús, somos misión.

Hay tres palabras que voy a acercar hoy a vuestra vida precisamente: un acontecimiento, Pentecostés; en segundo lugar, una realidad, somos miembros del pueblo de Dios; y en tercer lugar, una tarea: es decir, la misión. Cristo nos ha llamado a ser miembros de su pueblo para entrar en su misión.

Detengámonos unos instantes en la primera palabra. Un acontecimiento. Hoy también para nosotros. Un acontecimiento que cambió la vida y la historia de los hombres. El relato que hemos escuchado del libro de los Hechos de los Apóstoles, en la primera lectura, tiene una belleza singular. El Señor, que había prometido no dejarlos solos, llega un momento en el que ellos, encerrados en una estancia por miedo a los judíos, con las puertas cerradas, el Espíritu Santo viene sobre ellos. Sí. Hubiese sido imposible, si el Señor no invade y acerca a sus vidas el Espíritu Santo, que es lo que les convierte y les lleva a pasar de ser unos hombres miedosos y encerrados en sí mismos a contar lo que han visto en el Señor. Había resucitado y tenían que anunciar esto a los hombres. Tenían que anunciar una manera de vivir y de estar en el mundo. La que Cristo, Camino, Verdad y Vida, les había enseñado.

Por eso, hermanos, el acontecimiento de Pentecostés cambia su vida. Qué bien nos lo describe el libro de los Hechos: "Se llenaron todos del Espíritu Santo". Como nosotros, los que estamos aquí. Tenemos el espíritu del Señor, que ya se nos dio en el Bautismo, y se nos ha regalado también en la Confirmación. Y aquellos hombres salieron a la plaza. Y quienes los veían se sorprendían... ¿No son galileos esos que están hablando? ¿Cómo es que cada uno de nosotros les oímos hablar en nuestra propia lengua?

Este acontecimiento, hermanos, cambia la vida de la Iglesia que comienza su misión. Y esa misión continua a través de nosotros. Todos entienden el anuncio que hacen los apóstoles en su propia lengua. Y es que estaban llenos del Espíritu. Y vivían la novedad de una nueva etapa marcada por la alegría que les daba al no clausurar la vida en sus propios intereses, y dejar espacio a todos los demás, dándoles el amor mismo de Dios.

Queridos hermanos: hemos de hacernos nosotros también hoy esta pregunta. La misma que se hacían los discípulos. Y que se hizo la gente que escuchaba a los primeros discípulos. ¿También nosotros, hoy, los cristianos, desconcertamos? El desconcierto es por tener el modo de comunicar que tiene Dios mismo, y que se nos revela en Cristo, y que Él ha querido que ese modo de comunicar se prolongase a través de la Iglesia.

El acontecimiento de Pentecostés nos muestra, hermanos, cómo la Iglesia muestra su identidad comunicando la buena noticia. Saliendo a comunicar la buena noticia. Y esto es lo que nos pide a nosotros también hoy. En vuestras familias, entre vuestros amigos, entre la gente que conocéis. No hay que hacer cosas radas. Es definirse como cristiano, y sobre todo expresarlo con nuestra propia vida.

Somos misión. Hoy el Señor nos invita a ser misión. Por eso hoy, como nos ha dicho el Papa Francisco, recobramos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, irradiando la alegría de haber recibido la alegría de Cristo.

En segundo lugar, no solamente celebramos este acontecimiento, que ya es en sí mismo grande, sino que nos hacemos conscientes de que somos el pueblo de Dios. Un pueblo que nace por la acción del Espíritu Santo. Un pueblo de Dios lleno de fortaleza y de fuerza, que le da el Espíritu. Un pueblo unido por el Espíritu. Un pueblo formado, aquí mismo lo vemos, por miembros diferentes, con dones distintos, con servicios distintos, en los que el Espíritu se manifiesta dándonos funciones distintas, pero todas para el bien común de todos los hombres.

Qué hondura alcanza, queridos hermanos, la vida del pueblo de Dios formado por hombres y mujeres de todos los continentes. Hoy también, queridos hermanos. Diríamos, hoy también por todos. Gentes que están viviendo, y son miembros de nuestro pueblo, en Asia, en África, en América, en Europa, en Oceanía. Un pueblo que tiene que asumir la pasión por la misión, como lo hicieron los primeros. Que sabe que tiene una misión. Que sabe muy bien que todos los hombres tienen derecho a recibir el Evangelio. Y por eso, todos los cristianos, todos los miembros de ese pueblo, tenemos el deber de anunciar al Señor. Sin excluir a nadie.

Qué bien nos lo decía el Papa Benedicto XVI con aquellas palabras: la Iglesia no crece por proselitismo, sino por atracción. Es decir, queridos hermanos: por nuestra vida. Tenemos que seducir a hombres y mujeres del siglo XXI, para

que ellos también se hagan las mismas preguntas que se hicieron en el principio, que desconcertaba la vida de los hombres: ¿qué sucede?, ¿qué les pasa?, ¿por qué viven así?, ¿por qué dan la mano siempre?, ¿por qué se sienten hermanos?, ¿por qué ayudan a los demás?, ¿por qué abren su vida a Dios?, ¿por qué abren su vida a todos los hombres sin excepción?.

Crecer por atracción, queridos hermanos. Sí. El pueblo de Dios tiene la misión más bella que puede existir. La tenemos. Y es que todos los hombres puedan vivir con la fuerza, con la luz y con la amistad de Cristo. ¿Veis? Acontecimiento. Pentecostés. Somos un pueblo. Pueblo de Dios.

Y, en tercer lugar, tenemos una misión. Un pueblo para la misión: llevar a los hombres de la oscuridad a la luz, que es el mismo Cristo. Lo habéis visto en el Evangelio que hemos proclamado. Hay una primera parte del Evangelio que nos dice que los discípulos estaban en la oscuridad, con las puertas cerradas, con miedo. Así no van a ninguna parte. Se quedaron encerrados en sí mismos. Una Iglesia que vive así no es la de Cristo. La de Cristo es la Iglesia en la que el Señor irrumpe en medio de aquellos hombres. Se hace presente. Se manifiesta. Abre puertas. Y les dice: paz a vosotros. Y les comunica que recibirán el Espíritu Santo. Porque caían las lenguas de fuego sobre ellos. Como han venido sobre nosotros. Y les comunica que marchen. Que les envía: lo mismo que el Padre me envió, así os envío yo.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA FIESTA DE JESUCRISTO SUMO Y ETERNO SACERDOTE

(13-06-2019)

Queridos hermanos obispos, don José, don Jesús y don Santos. Tenemos un recuerdo a don Juan Antonio, que no puede estar aquí, con nosotros. Vicario general. Vicarios episcopales. Queridos hermanos sacerdotes. Querida vida consagrada que estáis aquí presentes, de diversas congregaciones. Queridos laicos.

Me vais a permitir que dirija una palabra especial a las hermanas Oblatas de Cristo Sacerdote. Pues realmente, en este día, ellas tienen un protagonismo especial para todos nosotros. Es verdad que en la arquitectura de nuestra existencia como sacerdotes hay unas personas que trabajan en mantener lo que cada uno de nosotros somos por gracia de Dios. Y son estas hermanas que han ofrecido la vida entera para que nosotros seamos santos, y para que nosotros como sacerdotes seamos capaces siempre de imitar en nuestra vida a Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote.

Queridas hermanas: muchas gracias por vuestra ofrenda. Gracias también por este momento que nos hacéis vivir. Y gracias porque el Señor os llamó a mantener vivo en nuestra vida ese ministerio que nos regaló. Este monasterio, como todos los que tenéis, tiene historias que son vuestras vidas. Unas historias que miran hacia el futuro y que miran hacia todos los sacerdotes. Y nos hablan, vuestras vidas, queridas hermanas, de un mundo que se ha esforzado todo lo que se podía esforzar por dar la bienvenida a Cristo Sumo y Eterno Sacerdote. Y por un mundo que da la bienvenida, también, a aquellos que amados por Jesucristo tenemos la gracia de poder prolongar este ministerio en medio de los hombres. Ser llamado, ser bienvenido, ser confiado al amor, y ser un hombre que cuida de la comunidad de los hombres, de todos los hombres, es una gracia, queridas hermanas, que vosotros le pedís permanentemente a nuestro Señor Jesucristo para todos nosotros. Seamos, queridos hermanos sacerdotes, agradecidos. Y sintamos la necesidad de que haya más mujeres que ofrenden, hagan ofrenda de su vida, por el ministerio.

Este monasterio tiene, por lo tanto, unas historias de vida personal, que son nuestras hermanas, que tienen para nosotros mucho que agradecerles. Queridas hermanas: gracias. ¡Cuánto necesitamos, en esta cultura en la que estamos, y en estos momentos de la historia, reconocer el valor del sacerdote! ¡Cuánto necesitamos! ¡Cuánto necesitamos no solamente reconocerlo, sino poner todos los medios necesarios para vivir el rostro de este Jesús que, en esta fiesta de Cristo Sumo y Eterno Sacerdote, se nos presenta!.

El monasterio, vuestros monasterios son lugares de historias pequeñas, como las vuestras, queridas hermanas. Quizá desconocidas, pero fascinantes. ¿Por qué? Porque habéis dado la vida por rezar por los sacerdotes. Sin conocernos muchas veces. A algunos conocéis. Pero sin embargo no os importa. Tenéis presente a Cristo Sumo y Eterno Sacerdote, y estáis pidiendo para que, por gracia, los que hemos recibido este ministerio, seamos coherentes con lo que hemos recibido. Muchísimas gracias, queridas hermanas.

Hemos escuchado la Palabra de Dios que el Señor nos regala en este día a todos nosotros. Queridos hermanos sacerdotes: es una Palabra que fundamentalmente nos hace tres invitaciones. Una: dejarnos conquistar por el Señor; valorar también lo que las hermanas, que cuando vienen al monasterio saben que su única dedicación va a ser ofrendar la vida para que los sacerdotes seamos imagen de

Cristo Sumo y Eterno Sacerdote. Pero tenemos también que ser capaces de dejarnos conquistar la vida y nuestra existencia para que se haga verdad esto que hemos escuchado del profeta Isaías, cuando él mismo siente cómo un serafín había cogido unas tenazas y, con un asa en la mano, se las aplicó a su boca. Esto ha tocado los labios. Esto te ha transformado y te ha perdonado.

De alguna manera, queridos hermanos, nuestra ordenación sacerdotal es esto. Y es esa voz que escuchamos permanentemente en nuestra vida para hacer verdad lo que el Señor nos pide, que es mirarlo a Él. Y nosotros hemos contestado: aquí estoy, Señor. Mándame. Sabemos que hacer presente a Cristo Sumo y Eterno Sacerdote no es fácil para nosotros. Pero sí es fácil si nos ponemos en manos de Dios, y si estamos, o si nos dejamos conquistar la vida por nuestro Señor Jesucristo.

¿Qué significa dejarnos conquistar la vida, queridos hermanos? Mirad: hay una significación honda y profunda, y fundamentalmente tiene tres características: humildad para escuchar, acoger el carisma de la totalidad, y acoger el valor también de la renuncia. Tres aspectos que son necesarios para dejarnos conquistar el corazón.

Quizá voy a empezar por el último. dejarnos conquistar, y ver el valor de la renuncia. Yo hablaría, mas bien, del coraje de la renuncia. Sí. Recordad que, para los primeros cristianos -todo este tiempo de Pascua que hemos estado escuchando y meditando el libro de los Hechos de los Apóstoles-, para los primeros cristianos fue importante el valor de la renuncia. Por que por una parte, venía algo nuevo; y, por otra parte, algunos provenían de algo viejo. Pero fueron capaces de acoger las tradiciones y la identidad de discípulos de Cristo que, en definitiva, es lo que estaba en juego. Los apóstoles, que así lo hicieron, eligieron que el anuncio del Señor es lo primero. Y vale mucho más que otras cosas: que mis ideas, que mis costumbres, que mis opiniones... El anuncio del Señor es lo primero.

El coraje de la renuncia es esencial para vivir el ministerio sacerdotal. Fue esencial. Y así lo muestra nuestro Señor Jesucristo cuando Él mismo dice que ha venido a hacer la voluntad del Padre, no a triunfar en este mundo. Quizá habría podido renunciar a esa voluntad, pero no sería Dios mismo, que había tomado rostro en este mundo. Y es Dios mismo quien nos pide a nosotros también que tengamos el coraje de la renuncia. De manera que la misión se convierta en una

manera de vivir transparente y creíble; en una manera de estar en el mundo afirmando que Dios es amor; que las opiniones, las creencias e, incluso, las tradiciones que fuere no son obstáculo para incluso a veces dejarlas, hacer opción por la belleza de la renuncia. Sobre todo de nosotros mismos. Pedro, el apóstol dice que el Señor purifica los corazones afligidos. Dios purifica. Dios simplifica. Dios, a menudo, nos hace crecer eliminando. No agregando. Nos purifica de todo apego. Aunque cueste.

Como Iglesia, queridos hermanos, nosotros no estamos llamados a comprometernos en negocios. Sí en arrebatos evangélicos. Y al purificarnos, y al reformarnos nosotros, y al identificarnos con Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote, estamos haciendo posible lucir en medio de este mundo el rostro de Cristo nuestro Señor.

Salir de uno mismo es la reforma fundamental, queridos hermanos. Y es la invitación que nos hace Cristo Sumo y Eterno Sacerdote. Salir de nosotros mismos. El valor de la renuncia.

Pero también, en segundo lugar, el valor queridos hermanos de escuchar con humildad. La humildad de escuchar. Los primeros discípulos de Jesús llegaron al coraje de la renuncia a partir de la humildad de escuchar. Practicado en el desinterés. Vemos, en los Hechos de los Apóstoles, cómo cada uno deja de hablar de sí mismo y está dispuesto a acoger al otro. A cambiar el curso confiando en el Señor. Él sabe cómo escuchar solo a aquellos que permiten que la voz de la otra persona entre realmente en ellos mismos. Es lo que frente a Pedro y Pablo defiendo. El primero de los apóstoles afirma con todas las consecuencias: para aquellos que deseamos seguir el camino del amor del Señor, el camino de la humildad, la escucha significa que el oído está dirigido hacia aquellos que más necesitan de Él. Miremos a los pequeños. Miremos a los primeros cristianos. Cómo escuchaban, guardaban silencio al escuchar a Bernabé y a Pablo. Y, sin embargo, es verdad que fueron los últimos en llegar, pero les permitieron informar todo lo que Dios había hecho a través de ellos. Siempre es importante escucharlos. En el mundo, quizás los que tienen más méritos, hablan más. Pero entre nosotros, nunca puede ser así, porque a Dios le encanta revelarse a través de lo pequeño, de lo sencillo, de los menos importantes. Por eso, se nos permite mirar a una persona de arriba abajo, pero solo para ayudarlo si está caído, para levantarlo. Escuchad. Escuchad la vida.

Pablo y Bernabé hablan de las experiencias. No de ideas. De las experiencias que han encontrado con los discípulos de Jesús. No de ideas. La Iglesia hace un discernimiento sobre la vida. No sobre las ideas. No frente a la computadora, sino frente a la prioridad de las personas. Las ideas son discutidas, pero las instituciones son externas. Y así lo hacía la iglesia primitiva.

Queridos hermanos: coraje. Humildad para escuchar. Para escuchar a los más pequeños. Y, en tercer lugar, en esta tarea que el Señor quiere hacer con nosotros de dejarnos conquistar, también está el carisma del conjunto. Humildad de escuchar, coraje en la tarea, carisma del conjunto. De hecho, la discusión de la primera Iglesia es esta: que la unidad siempre prevalece sobre las diferencias. Para cada persona, en primer lugar no existen sus propias referencias y estrategias, sino el sentir de la Iglesia de Jesús. Reunidos en el nombre de Él. En una caridad que no es que cree uniformidad, sino que crea comunión. Nadie lo sabía todo. Nadie tenía todos los carismas, pero cada uno sostenía el carisma del conjunto.

Es esencial esto, queridos hermanos. Porque realmente no podemos hacer el bien sin dejar de preocuparnos por nosotros mismos. Es esencial. El secreto de los apóstoles fue este: tenían diferentes sensibilidades, diferentes orientaciones, había personalidades fuertes, pero había una fuerza para amarse unos a otros en Jesucristo nuestro Señor. Y hoy, en este día de Cristo Sumo y Eterno Sacerdote, descubrimos dónde lo aprendían ellos: dejándose conquistar por nuestro Señor; haciendo válido eso que nos decía hace un instante el profeta Isaías: aquí estoy, mándame, quiero permanecer siempre junto a ti, quiero hacer lo que tú me pides en el evangelio. ¿Y cómo se hace esto, queridos hermanos? Tenemos que estar cerca del Señor. Del pan partido que celebramos todos los días. Sí. Debemos estar cerca del Señor. Pararnos ante el hermano, y ante tantos tabernáculos que nos encontramos también en nuestra vida. En las personas que nos encontramos. Eucaristía. Las personas. Las situaciones. Permanece la moral y la mentalidad del pan partido. Sí. Allí se comprende el cómo del que Jesús hablaba. Ante nuestro Señor. En la celebración de la Eucaristía. En la adoración del Señor. Se comprende el cómo. Recordad esas palabras: "Como el Padre me ha amado, yo también os he amado a vosotros". ¿Te he amado a ti? ¿Y cómo amaba a Jesús? Dándolo todo. No reteniendo absolutamente nada para sí mismo. Es lo que decimos en el Credo: "Dios de Dios, luz de luz". Le dio todo. Y nosotros, en cambio, nos abstenemos de dar. Cuando, en primer lugar, tenemos nuestros intereses, que defendemos. No imitamos a Jesús. Tampoco somos una Iglesia libre, una Iglesia

liberadora. Jesús pide que nos mantengamos en Él. Que nos dejemos conquistar por Él. No que nos dejemos conquistar por nuestras ideas. Porque, si nos dejamos conquistar por nuestras ideas, tenemos la pretensión, no de ser pastores, no de dar la vida, sino de administrar y de controlar. El Señor nos pide que nos fiemos, que confiemos en los demás, que nos entreguemos a los demás. Nos pide liberarnos de la mundanidad, de la tentación de adorarnos a nosotros mismos, de la tentación obsesiva de organizar según nosotros. Por eso, queridos hermanos, le pedimos al Señor, para dejarnos conquistar, humildad, comunión y renuncia. Como veis, conquistar para nuestro Señor.

Queridas hermanas y hermanos: esto es lo que yo os pido que le pidáis a nuestro Señor. En esta etapa de nuestra vida, de nuestra existencia, aquí, en este monasterio, y en todos los que tenéis; donde estáis personas que tenéis como única indicación esto: dar la vida por los sacerdotes, para que nos identifiquemos con Cristo y nos dejemos conquistar por Él. Porque así, queridos hermanos, saldremos, como nos ha dicho el Evangelio que hemos proclamado, enriquecidos. En segundo lugar, conquistados. Pero enriquecidos. Sí. Nos lo decía el Señor. Fijaros: "Padre, ha llegado la hora. Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique. Yo les he concedido autoridad sobre todos".

Queridos hermanos: enriquecidos estamos. Nos ha entregado su palabra para que la guardemos. Para que configuremos nuestra vida con esa palabra que el Señor nos da. Estamos en el mundo. No somos del mundo. La obra en nuestra vida la ha hecho el Señor. No nos la han hecho los hombres. El Señor nos ha configurado con Él mismo. El Señor nos ha configurado con su propia existencia. Estamos en el mundo. Pero no somos del mundo. Y el Señor no quiere que salgamos de este mundo. El Señor quiere protegernos de todo mal. Hemos sido enriquecidos, queridos hermanos. Qué maravilla.

La fotografía del día que íbamos a la ordenación igual nos la podrían hacer antes y no después. La cara de los hombres iba a ser la misma. El rostro es el mismo. Pero es verdad que nuestra vida había cambiado con la imposición de manos. Podemos salir por el mundo diciendo a los hombres: perdonamos vuestros pecados. Podemos salir al mundo diciéndole a los hombres: "tomad y comed, porque este es mi cuerpo". Queridos hermanos: hay algo que, si nos dejamos conquistar como os he dicho anteriormente, saldremos siempre enriquecidos. Enriquecidos.

En tercer lugar, el Señor nos envía. Conquistados, enriquecidos y enviados. Enviados. No para nosotros mismos, queridos hermanos. Pero, ¿cómo somos enviados? Nos lo ha dicho el evangelio: "Quiero que los que me has dado, estén conmigo. Donde yo estoy". El Señor quiere estar en todos los caminos donde transitan los hombres. Absolutamente en todos. No podemos decir: esto es lo mío. Esto a mí me va. No. El día que el Señor nos ha regalado su propio misterio y su propio ministerio, el Señor nos lanza a los caminos. Naturalmente que a veces nos gustará más estar en unos que en otros. Es normal. Pero, ¿nos tiene que durar eso? Solo hasta que nos demos cuenta con qué nos ha enriquecido el Señor. Que ha sido con su propio misterio y ministerio. Para estar en medio de los hombres. Y en todos los caminos. De los que fuere. Habrá caminos que ciertamente nos será más fácil. Pero el Señor, el ministerio que nos ha dado a nosotros, a los sacerdotes diocesanos, es un ministerio para andar en todos los caminos. Quiero que los que me has dado estén conmigo. Que vean mi gloria. La gloria que me has dado.

Queridos hermanos: reconocer que Jesús nos ha amado, y que Jesús nos ha enviado a esta tierra para que el amor con el que Él nos ha amado lo entreguemos, se lo demos a los hombres, es de las cosas más bellas que le pueden suceder a una persona. Y nosotros no es que seamos mejores, pero es verdad que el Señor nos ha querido llamar a esto. Y no nos ha dejado solos. Pero sí es verdad que el Señor nos invita, queridos hermanos, a que nos dejemos conquistar. Descubramos la riqueza grande que Él nos ha dado y sintamos la urgencia de salir a este mundo. Y siempre con esta confianza que nos da el salmo 22 que acabamos de escuchar hace un momento: Él nos hace repostar. Él nos conduce. Él repara nuestras fuerzas. Él nos guía. Aunque camine por cañadas oscuras y por caminos que no me apetezcan, Él va conmigo. No me abandona. Ha entrado en mi vida. Él me hace asistir, como ahora a todos nosotros; Él prepara una mesa; prepara una mesa, para que yo me alimente de su bondad y de su misericordia. Para que esta bondad y misericordia del Señor acompañe mi vida siempre.

Queridos hermanos: esta fiesta es una fiesta grande. Sobre todo para nosotros. Es una fiesta en la que tenemos que entrar y dejarnos conquistar por este Jesús, que es el Sumo y Eterno Sacerdote. Pero que nos ha regalado a nosotros. Nos ha dado su misterio. Su ministerio. Y tenemos detrás un grupo de personas, como son las hermanas Oblatas, que ofrendan la vida por nosotros, queridos hermanos. No hacen la ofrenda por que seamos de esta manera o de esta otra. Porque no nos conocen a la mayoría de nosotros. O a muchísimos. Hacen la ofrenda por-

que Cristo entró en nuestra vida y quiere que sostengamos, y hagamos visible y apetecible el misterio y la vida de nuestro Señor Jesucristo, que se hace presente una vez más aquí, en el misterio de la Eucaristía.

Que el Señor nos bendiga. Y que su Santísima Madre interceda por todos nosotros. Y vamos a pedir también especialmente para que los fundadores de esta congregación pronto lleguen a vivir o ser para nosotros, que ya lo son, pero que la iglesia los reconozca como ese ejemplo. A ese arzobispo, y a esta mujer que fue la primera que se dejó conquistar el corazón para hacer presente la vida, para que nosotros viviésemos en plenitud el ministerio. Vamos a pedir también para que con nuestra oración se haga realidad que estos ejemplos de estos fundadores, que alientan la vida de estas hermanas, pronto los tengamos en la iglesia -ya los tenemos para muchos de los que les hemos conocido- como ejemplo. Pero que sean reconocidos por la iglesia. Yo ciertamente, queridas hermanas que me escucháis, sabéis que estoy haciendo todo lo que puedo. Y en estos momentos yo creo que se están poniendo las cosas bastante bien para que esto pueda ser posible.

Que el Señor os bendiga a todos, queridos hermanos. Os he hablado de corazón.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA CLAUSURA DEL AÑO JUBILAR MARIANO

(15-06-2019)

Queridos hermanos:

Nos reunimos en estas vísperas de la fiesta de la Solemnidad de la Santísima Trinidad para clausurar este Año Santo Mariano que tan profundamente hemos vivido en nuestra diócesis. Un año en el que todo el Pueblo de Dios, sacerdotes, religiosos y laicos, desde todas las vicarías territoriales, habéis realizado peregrinaciones, con la presencia de las vicarías sectoriales en muchos momentos del Año Santo; muchas gracias a todos. Han sido infinidad de parroquias, asociaciones, cofradías, instituciones educativas y otras instituciones sociales las que os habéis hecho presentes aquí en la catedral - santuario de nuestra Santísima Madre, Santa María la Real de la Almudena. Niños, matrimonios, familias, ancianos, jóvenes... hemos sentido la protección de la Santísima Virgen María y la llamada que Ella nos hace en nombre de su Hijo para convertirnos, siguiendo sus pasos, en discípulos misioneros. En nombre de toda nuestra Iglesia diocesana, quiero decir a la Virgen: gracias, Madre, hemos sentido tu cercanía y protección, tu compañía y tu ayuda.

Fue una gracia especial la salida que hice por las ocho vicarías territoriales con la imagen peregrina de la Virgen para dar en cada una tres catequesis teniendo de fondo el santísimo rosario, fueron 24 catequesis, donde pude ver la fe y la entrega del Pueblo de Dios y cómo se ponía este pueblo en manos de la Virgen.

De un modo especial quiero agradecer a todos los que hicieron posible esta realidad del Año Santo que hoy clausuramos: a quienes han estado en esta catedral día tras día aquí, sirviendo a todos los que llegaban; quiero agradecer a quienes permanentemente estuvieron: a las hermanas auxiliares parroquiales de Cristo Sacerdote, a don Jesús Junquera y a don Alberto Andrés, así como al diácono permanente Fausto, al equipo que trasladaba a la imagen peregrina y que me han seguido con gran esfuerzo y amor a esas 24 catequesis de las vicarías. Agradezco a la Comisión de Evangelización, D. Carlos, D. Gregorio y la Hna. Pilar, por el trabajo que hicieron para elaborar el material que nos entregaron para servir a todas las parroquias y que los grupos que se habían constituido en las mismas para el PDE, pudieran seguir reflexionando en este Año Mariano para, teniendo delante a la Virgen, convertirnos en discípulos misioneros. Gracias de corazón a todos. También a los sacerdotes que habéis hecho posible que vinieran los fieles a esta catedral.

Al clausurar el Año Mariano, siento en mi corazón resonar en estas vísperas de la solemnidad de la Santísima Trinidad las palabras que pronunció la Virgen María después de la Anunciación y de la Visitación: "Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador". ¿Qué fuerza y hondura tienen hoy estas palabras para nosotros! Pues María ha experimentado en su vida quién es Dios: se le presentó como Padre y Creador de todo a través del ángel cuando le pidió que prestase la vida para ser Madre de Dios; vio su grandeza cuando le pidió a Dios una explicación: "¿Cómo será eso, pues no conozco varón?". Y en la respuesta del Señor vio quién era Dios: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra"; y vio su grandeza en ya cuando comenzó la presencia de Dios en su vientre, sagrario singular de Dios entre nosotros. Aquí sí que podemos repetir con el salmista esas palabras que son una pregunta y que hemos cantado hace un momento: "¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder?". Y descubrir la respuesta también de Dios: "Lo coronaste de gloria y dignidad". Gracias, Señor, por habernos mostrado que nuestra vida y nuestra elección para formar parte de tu Pueblo, es para ser discípulos misioneros, apasionados por mostrar tu rostro en estos momentos de la historia y de la vida de todos los hombres. Apasionados por dar a conocer como Santa María que Dios nos ama, que cuenta con nosotros, que vive para nosotros, que

está a favor del hombre, que desea que esta humanidad sea una gran familia y que tenemos la misión de dar a conocer que todos los hombres somos hijos de Dios y por ello hermanos entre nosotros.

Al clausurar el Año Santo Mariano en estas vísperas de la solemnidad de la Santísima Trinidad, acogiendo la palabra de Dios como lo hizo María, quiero acercaros tres realidades que creo son esenciales para vivir un discipulado misionero: comunión, seguimiento y misión.

1. Comunión. Un Dios que es Padre de todos los hombres. Construamos la comunión. Acojamos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Acojamos a la Trinidad Santísima. Vivamos y construyamos la comunión en la Iglesia y desde Ella para todos los hombres. Un Dios preocupado y ocupado por dar y hacer sensible al corazón de todos los hombres el don de la filiación: saberse hijos de Dios y por ello hermanos de todos los hombres. A través del ministerio apostólico, la Iglesia, comunidad congregada por el Hijo de Dios encarnado, vive en la sucesión de los tiempos edificando y alimentando la comunión en Cristo y en el Espíritu, a la que todos estamos llamados y en la que pueden experimentar la salvación donada por el Padre. Aquella misma comunión con el Dios Trinidad que experimentó la Santísima Virgen María. La comunión no es una palabra más, es un don con consecuencias muy reales, que transforma nuestra vida, pues nos hace salir de nuestra soledad y situarnos en las manos de Dios, nos impide encerrarnos en nosotros mismos y ver en los demás, todos los demás a mis hermanos. La comunión nos hace partícipes del amor que nos une a Dios y entre nosotros. La comunión es realmente la buena nueva, el remedio que el Señor nos ha dado contra la soledad, contra la marginación, el no poder desentendernos de los demás; la comunión elimina esa enfermedad del descarte que hoy amenaza a todos los hombres, es el don precioso que nos une hace sentirnos acogidos y amados por Dios en la unidad de su Pueblo congregado en nombre de la Trinidad. Somos un Pueblo en comunión y para la comunión. La comunión es la luz que hace brillar a la Iglesia en medio de todos los pueblos, que hace brillar aquí en Madrid ahora mismo lo que decimos: porque "si decimos que estamos en comunión con Él, y caminamos en tinieblas, mentimos y no obramos la verdad. Pero si caminamos en la luz, como Él mismo está en la luz, estamos en comunión los unos con los otros" (1 Jn 1, 6-7).

La comunión eclesial, queridos hermanos, se funda en la persona misma de Cristo, exige fidelidad a la doctrina de la Iglesia, sobre todo mediante una recta

interpretación, mediante una hermenéutica de la reforma dentro de la continuidad del único sujeto eclesial que el Señor nos ha dado.

2. Seguimiento. Un Dios que es Hijo. Acojamos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Seguimiento al Hijo. El estilo de la comunión en la vida de la Iglesia manifestado expresamente por la Santísima Virgen cuando dijo en las bodas de Caná: "Haced lo que Él os diga". Estemos siempre viviendo desde el centro que Cristo. Que siempre nos sirvan de guía esas palabras del Señor: "En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros" (Jn 13, 35). Llevad las cargas los unos de los otros, compartid, colaborad, hay que sentirse responsables y corresponsables, es el espíritu que debe animar constantemente a nuestras comunidades. Este estilo de comunión exige o pide la contribución de todos: del obispo, de los sacerdotes, de los religiosos, de los miembros de la vida consagrada, de los laicos, de las asociaciones, de las parroquias, que son como es tesela de un mosaico, en plena armonía entre sí, formarán una Iglesia particular viva, orgánicamente insertada en todo el Pueblo de Dios.

El seguimiento es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón del Padre, se derrama en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da, para hacer de nosotros un solo corazón y una sola alma. Así la Iglesia se manifiesta como sacramento o sea como signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano como nos recuerda el Concilio Vaticano II. Realicemos este seguimiento en la caridad, recordemos el himno al amor del apóstol san Pablo: la caridad es el corazón de la Iglesia. La eclesiología de comunión en el camino abierto por la Iglesia: dejemos de hablar de nosotros mismos y hablemos de Dios. Y dejemos que Dios hable a través de nosotros. Si lo seguimos, hablará a través de nosotros. Por eso, intensifiquemos nuestra comunión, convirtiéndonos al Señor y viviendo todo esto en comunión con el sucesor de Pedro que es garantía del vínculo de unión con Cristo.

3. Misión. Un Dios que es Espíritu Santo. Apasionándonos por la misión como lo hizo nuestra Madre la Virgen María, primera discípula misionera. La caridad es el alma de la misión: vivir el amor de Dios, con la fuerza y la gracia del Espíritu Santo y dando así rostro a Jesucristo nuestro Señor. Si la misión no está animada por el amor, por el Espíritu Santo, la estamos reduciendo en nuestra vida a una simple actividad filantrópica y social. A los cristianos se nos tienen que aplicar las mismas palabras de san Pablo: "El amor de Cristo nos apremia" (2 Cor

5, 14). Ese mismo amor-caridad que movió al Padre a mandar a su Hijo al mundo, y al Hijo a entregarse por nosotros hasta la muerte de cruz, fue derramada por el Espíritu Santo en el corazón de todos nosotros, de los creyentes. De ese modo, todo bautizado unido a la vid, coopera a la misión de Jesús que supone llevar a toda persona la buena nueva de que Dios es amor y por ello quiere salvar al mundo.

El amor de Cristo nos apremia, queridos hermanos. La misión brota de un corazón transformado por el amor de Dios como nos testimonian las vidas y las obras de los santos y de los mártires que alcanzados y sorprendidos por la Buena Noticia del Evangelio, por amor, no pudieron guardarlo para sí mismos. De ahí su trabajo, su misión, conocer al Señor y comunicar a los otros hasta donde nos lleva la belleza de la amistad con Él. El amor que Dios tiene por cada persona constituye el centro de la experiencia y del anuncio. Recordad ese encuentro de Jesús con Bartimeo, cuando no le dejaban acercarse. El Señor se vuelve y le pregunta a Bartimeo: "¿Qué quieres que haga por ti?". Eso mismo nos dice el Señor a cada uno de nosotros esta noche. Y como Bartimeo, yo os invito a que le digamos al Señor lo que necesitamos para ser más personas, más discípulos, más hermanos, más hombres y mujeres de Dios. Bartimeo le dijo al Señor: "Que vea Señor, quiero ver". ¿Nosotros qué queremos? Porque nos dice el Señor hoy lo mismo. El amor de Dios da vida al mundo.

El auténtico celo misionero, que es el compromiso primario de todo cristiano y de toda comunidad eclesial, va unido a la fidelidad al amor de Dios. Y esto vale para todo cristiano, para la comunidad parroquial, para la iglesia particular y para todo el Pueblo de Dios. El amor es el alma y la fuerza de la misión, abierto siempre al Espíritu Santo, que es la expresión más bella, más honda y más profunda del amor de Dios. La fuerza de la misión está en el amor. Es el único criterio para saber si debe hacerse o no, si debe cambiarse o no. Labor para todos los corazones, que seamos transformados por el amor del Señor. No busquemos lo nuestro, busquemos lo de Cristo. No busquemos vuestras cosas, son las cosas de Dios las que tenemos que buscar.

Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos por el Evangelio de Cristo. Nada hay más bello que conocerlo y comunicar la belleza de la amistad con Él. Esto asume una mayor intensidad si pensamos en el misterio de la Eucaristía a la que son especialmente sensibles hoy los jóvenes como nos acaba de recordar el Papa Francisco en la última exhortación apostólica *Christus vivit*: "Mu-

chos jóvenes son capaces de aprender a gustar del silencio y de la intimidad con Dios. También han crecido los grupos que se reúnen a adorar al Santísimo o a orar con la Palabra de Dios". Y esto es cierto: todos los primeros viernes de mes, esta catedral se llena de jóvenes para adorar al Señor y para escuchar su Palabra. El mundo necesita de ese amor de Dios y por eso necesitan encontrarse con Cristo los hombres. Por eso la Eucaristía no es solamente fuente y culmen de la vida de la Iglesia, lo es también de su misión. Para realizar la misión encontrémonos con el Señor. Una Iglesia auténticamente eucarística es misionera; por eso de la Eucaristía surge el apostolado: "Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos para que estéis unidos a nosotros" (1 Jn 1, 3).

El Señor se hace presente entre nosotros una vez más en la Eucaristía, recibamos al Señor y anunciemos lo que hemos visto. Así haremos verdad lo que la Iglesia es: es misionera por su propia naturaleza, el mandato de Jesús alcanza el corazón de la Iglesia, nos alcanza a nosotros. Y desde hoy yo invito a toda nuestra Iglesia Diocesana a entrar en este próximo Plan Diocesano Misionero que nos lanza a la misión en tres ámbitos según han visto todos los grupo que participaron en el PDE: la familia, los jóvenes y la presencia social de los cristianos en el mundo.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LAS BODAS DE ORO Y PLATA MATRIMONIALES

(16-06-2019)

Queridos responsables de nuestra Delegación de Laicos, Familia y Vida. Queridos matrimonios que habéis venido hoy a esta catedral para celebrar vuestras bodas de oro y plata con nosotros. Hermanos y hermanas todos.

Es un día especial para celebrar, para hacer esta celebración. Es la solemnidad de la Santísima Trinidad, este Dios único y verdadero que nos ha mostrado su rostro como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y nos la ha mostrado a los hombres. Por eso, hemos cantado al inicio de la celebración: "Señor Dios nuestro, qué admirables tu nombre en toda la tierra". Sí, es admirable este Dios que se acuerda de nosotros. Se acuerda del ser humano. Nos ha hecho poco inferior a los ángeles, pero nos ha coronado de gloria y dignidad, haciéndonos a su propia imagen. Nos ha creado a imagen de Dios. Y nos ha dado el mando sobre todo lo creado. Nos ha puesto para que organicemos este mundo y esta tierra. Porque todo lo ha puesto bajo nuestros pies, como nos decía el salmo 8 que acabamos de proclamar.

Queridos hermanos: todos nosotros somos un sueño de Dios. Pero, hoy que estáis aquí los matrimonios, el matrimonio es el sueño que Dios quiere alcanzar ya en esta tierra mostrándonos que la comunión en el amor es lo más grande que se puede aportar a este mundo. Y a esta tierra. Cuando un hombre y una mujer unen sus vidas para siempre, la aportación que hacen es, en definitiva, esa que hoy celebramos en esta fiesta de la Santísima Trinidad. Sueño de Dios. Sueño para todos nosotros, queridos hermanos.

Hoy nosotros celebramos este sueño, que muchos habéis vivido como una realidad presente en la vida, junto a los vuestros, durante estos 25 años, o 50 años que algunos celebráis.

Yo quisiera acercar a vuestra vida la Palabra de Dios que acabamos de proclamar. Y de una forma sencilla. Dios Padre es ese Dios que, al llamarle así, nosotros tenemos necesidad de mirar a los demás como hermanos. Esta es la gran sabiduría que Dios nos regala a todos nosotros. Y que alcanza precisamente su máxima delicadeza y su máxima fuerza en la unión del varón y la mujer, y en la descendencia, en los hijos, y en los nietos también. Cuando ese amor se expande y se hace concreto en personas concretas, el Señor nos remite a que lo tengamos que hacer también con otros.

Dios Padre. Pero no se conformó con esto, Dios. Dios quiso venir a esta tierra. Quiso hacerse hombre. Quiso hacerse presente entre nosotros. Quiso darnos la mano a todos nosotros. Por la fe, hemos tenido acceso a esta gracia. Tenemos la paz del Señor. Pero nos ha alcanzado Jesucristo nuestro Señor. Ese Dios Hijo nos ha alcanzado en nuestra vida. Y nos ha alcanzado porque nos aproxima con su propia vida cómo tenemos que vivir y relacionarnos en este mundo. Recordad aquella parábola del hijo pródigo. O también aquella otra parábola del buen samaritano. O también esa otra parábola del fariseo y del publicano. Son realidades que nos presenta el Señor, donde nos aproxima cómo tenemos que ser, porque lo hemos visto en Él cuando se hizo hombre y estuvo en esta tierra.

En la parábola del samaritano, él nunca se desentendió de nadie. Aquel que estaba tirado en el camino. Cuando le preguntaba aquel doctor de la ley a Jesús "quién es mi prójimo", él relata esa parábola, y pone ese ejemplo. Un hombre tirado en el camino. Pasan muchos. Pero solamente uno se detiene a recoger-

lo, a curarlo, a llevarlo en su cabalgadura a la posada, a no desentenderse de él... ¿Quién es mi prójimo? La familia quizá es donde mejor vivís esta experiencia. En la familia, estáis siempre al lado de quien tiene más necesidad. Siempre. Y lo hacéis de corazón. Y especialmente los padres. Porque sentís y quisierais que eso que estáis viviendo, incluso sucediese en vuestra vida antes que en vuestros hijos, vuestros nietos...

La parábola del hijo pródigo que se marcha de casa, o el otro que se queda, pero los dos están en ingratitud. Uno porque quiere vivir por su cuenta, quiere vivir independientemente de Dios, que representa el padre; y el otro que se queda, pero quiere vivir como único. Al único que se atiende. No hay más necesidades que atender. De tal manera que cuando regresa a esa casa, la postura del padre es la que nos aproxima Jesús que hemos de tener nosotros. Dios que se alegra, que sale corriendo en busca del hijo que llega, y un Dios que cuando el otro protesta también le dice: "Pero hijo, ¿no te das cuenta de que tú estás siempre conmigo, y que estás recibiendo lo mejor de mí?".

O la parábola, queridos hermanos, del fariseo y el publicano. El fariseo representa a ese hombre que parece que no necesita a Dios. No sé para qué va al templo, porque no necesita a Dios. Se presenta como el bueno, en la máxima grandeza de su obra. Y no es verdad. El otro se siente, y ni se atreve a mirar hacia lo alto. "Soy un pobre pecador, Señor, pero acógeme".

Queridos hermanos: el Padre nos hace ser familia. Descubrir que todos somos hermanos. El Hijo nos enseña cómo se hace familia. Y el Espíritu Santo nos entrega también, queridos hermanos, el amor. El amor mismo de Dios se hace presente. Quiso Jesús que lo tuviésemos nosotros. Y nos prometió que nos enviaría el Espíritu Santo. Este Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo es el que recrea hoy el matrimonio, queridos hermanos.

¿Qué significa el misterio de la Trinidad que hoy celebramos? Pues, queridos hermanos, que el Dios en quien creemos, que se nos ha revelado en Jesús el Señor, no es un Dios solitario; es un Dios comunión, es un Dios amor, un amor que se da, un amor que se relaciona y se unifica. El misterio que hoy celebramos, es un misterio de amor y de comunión de personas. Que, quizá, donde mejor lo entendéis, es precisamente en el matrimonio. Comunión de personas, que no se reservan absolutamente nada para sí mismas. Como lo manifiesta este misterio.

Jesús no predicó la Trinidad. Pero nos abrió el camino que conduce hacia el Padre. Y nos legó el Espíritu Santo para que viviésemos siempre de su amor. Pero no estamos hablando de tres en uno, sino de una única realidad, que es relación y que es amor. La Trinidad no es un crucigrama para cristianos, queridos hermanos. Es el misterio de un Dios que es amor. Y que es comunión. Y que nos pide a nosotros que vivamos esa comunión en nuestra vida. Y que en la máxima realidad donde se percibe esa comunión es precisamente en el matrimonio.

Creer en el misterio de la Trinidad es creer que la comunión y el amor entre los seres humanos es posible, queridos hermanos. Y lo manifestáis vosotros, los que hacéis hoy esta celebración de la bodas de oro y plata de vuestro matrimonio. El amor y la comunión es el dinamismo que rompe nuestro aislamiento; que vence todo: vence el narcisismo, vence el egoísmo, y posibilita el encuentro entre las personas. Es la comunión que hace posible el crecimiento auténtico. Nos realizamos en comunión y en relación.

Qué maravilla, queridos hermanos, que esto lo podáis presentar a este mundo. Y lo que hacéis sin algaradas de ningún tipo. En la vida diaria y corriendo. Entre vuestras gentes. Sí. Nos realizamos en la comunión y en la relación. Es creer que el ser humano ha sido creado a imagen de Dios y se relaciona en la medida en que se encuentran dos seres humanos.

Queridos hermanos: Dios es un despliegue de amor personal. Como es vuestra vida: un despliegue de amor personal. Entre vosotros, hacia los vuestros y hacia fuera de los vuestros. Vivir y realizar en definitiva es entrar en el ministerio de Dios, que es comunión y que es amor. Dejar que esa vida de Dios circule entre nosotros, entre todos los seres humanos. Siempre que sentimos necesidad de amar y de ser amados, siempre que buscamos acoger y ser acogidos, recordad lo que es el matrimonio cristiano.

Queridos hermanos. Hace muy pocos días, en mi último libro, que dedico a la familia, la familia iglesia doméstica, precisamente digo algo que me parece que es esencial en nuestra vida: es dar a conocer el amor y la verdad. Y esto no es teoría. Hay que hacerlo en la vida matrimonial. Es donde mejor se da a conocer el amor y la verdad. Y el amor en concreto. El amor que sabe crecer perdonando. El amor que sabe crecer disculpándose. El amor que sabe crecer comenzando. La Iglesia quiere llegar al corazón de todos los hombres. Y quiere dar noticia de este amor. Y

la mejor noticia para dar este amor sois vosotros, queridos matrimonios. Para entregar esta noticia del amor, sin teorías de ningún tipo, sois vosotros. Estamos llamados a vivir de otra manera. Al desarrollo integral del ser humano. Por eso, el matrimonio cristiano es la propuesta que hacemos a este mundo y a esta tierra. Es la propuesta que el Papa Francisco, con tanto valor y con tanta fuerza, ha querido manifestar en estos momentos de la historia que estamos viviendo. Ha hecho dos sínodos sobre la familia: uno extraordinario, y el otro del cual salió esa exhortación apostólica que abre perspectivas, *Amoris laetitia*.

Sí, queridos hermanos. Estamos llamados a vivir de otra manera. Para eso ha venido el Señor al mundo. A vivir de otra manera. Con otra fuerza. Y el matrimonio cristiano lo manifiesta. Vivir con amor, vivir en la entrega mutua, vivir olvidándose de uno mismo, vivir pensando en los demás, vivir ayudándonos unos a otros, vivir dándonos la mano. Esta es la propuesta. Este es el escaparate que Dios ha puesto en esta tierra, para que nos demos cuenta de lo que Dios quiere de todos nosotros.

Por otra parte, el matrimonio cuida la vida. Entrega un nuevo humanismo, queridos hermanos. Cuidar la vida significa cuidar que se desarrolle todo lo humano. En su plenitud. Para los cristianos, este humanismo tiene un origen. Tiene una meta. Cristo. Jesucristo. Por eso, acoger a Jesucristo en vuestra vida ha sido esencial. Y hoy, a los 25 y 50 años, os quiero decir queridos hermanos que ofertéis a todos los hombres el cuidado de la vida, dando la posibilidad de que se desarrolle este humanismo nuevo que nos enseña Cristo. La familia, la iglesia doméstica en sus entrañas más íntimas, quiere cuidar desde el amor. Quiere cuidar al ser humano. Quiere cuidar a la vida. Y, por tanto, quiere cuidar el mundo. Quiere cuidar la historia. Quiere elaborar la luz. Y entregar la luz que viene de Jesucristo.

El Papa Juan Pablo II nos lo recordaba a todos nosotros cuando nos decía que era importante reconocer y promover en el matrimonio esto que el Papa Francisco nos está diciendo. ¿Dónde se da la cultura del encuentro en su máxima realidad?. ¿Dónde? En el matrimonio. En las familias creadas, queridos hermanos. En el matrimonio. Por eso, yo os invito que... hay muchas amenazas, quizás. Y hay gente que está hablando todo el día de esas amenazas. Es verdad que está ahí. Pero, frente a todas, está la gran oferta, que es presentar un hombre y una mujer que se quieren, que se aman, que se construye, que se perdonan, que viven la vida y todos los problemas de la vida juntos, que engendran hijos y los traen a este mundo, y les

regalan la mejor visión que puede tener un ser humano; esa visión que aparece cuando nos sentimos hijos de Dios y hermanos de todos los hombres; esa visión que engrandece la vida humana, queridos hermanos.

Yo, en este día, en esos dibujos que suelo hacer, he puesto algo: es un matrimonio con hijos que va a la casa de los abuelos. Los abuelos son importantes, queridos hermanos. Y los que estáis aquí, celebrando las bodas de oro, sois abuelos. Y sabéis lo que significa en vuestra vida extender ese amor también más allá de los propios hijos. Por eso, he puesto en el dibujo: Abuelos, padres e hijos, sed escuela viva del Evangelio. El Evangelio se transmite por ósmosis. Y un matrimonio cristiano lo transmite así. Bendito sea Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo que en su comunión, que hoy nos muestra este Dios en quien creemos, nos muestra realidades de comunión. La más bella, que es el matrimonio. Y los hijos que engendra.

Que el Señor os bendiga, queridos hermanos. Este Jesús que vino a este mundo, que paseó con nosotros, que nos habló de esas realidades que como os decía antes tenemos que vivir: el prójimo, dónde está, cómo le tengo que tratar, quién se marcha o quién se queda, qué es lo que tiene que descubrir en la vida. Y, sobre todo, qué es lo que nosotros tenemos que decir. Como el publicano: Señor, aquí nos tienes; quizás con defectos, pero queremos vivir con tu amor. Ese amor que hoy se manifiesta en Jesucristo, que se hace presente en este altar dentro de un momento, con el cual vamos a entrar en comunión.

Que el Señor bendiga, desde esta catedral, a todos los matrimonios en nuestra Archidiócesis de Madrid. Que caiga y recaiga su amor. Que haga experimentar en todos la grandeza y la belleza del matrimonio cristiano, en el cual entra Dios también. Es más, Dios es el fundamento de la entrega mutua y de la salida hacia los otros también en nuestra vida.

Que el Señor os bendiga. Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LAS ORDENACIONES DIACONALES

(16-06-2019)

Queridos hermanos obispos don Santos, don José y don Jesús. Querido vicario general. Vicarios episcopales. Queridos hermanos sacerdotes, diáconos. Queridos ordenados que dentro de unos momentos vais a recibir el diaconado, el orden de diáconos. Queridas familias y amigos de quienes se van a ordenar y que estáis aquí presentes. Queridos hermanos y hermanas todos. Queridos miembros de la vida consagrada que habéis querido estar aquí, presentes en este día.

Queridos Pablo, Carlos, Juan, Jesús Manuel, Francisco Javier, Francisco, Miguel, Jorge, Carlos, Alejandro, Martín, Alejandro, José Ignacio, Jesús, Gabriel, Jean Yves, Rubén, José María, Theodore y Antoine.

Para mí, como veis, y como podéis comprender, y para todos vuestros compañeros del Seminario, que están formándose con vosotros, y por supuesto para los dos rectores -el recto de nuestro seminario diocesano, don José Antonio, y el rector del seminario misionero Redemptoris Mater- es una alegría para ambos,

después del proceso de formación, que hoy podamos vivir, con vuestras familias, este momento.

Lo hacéis en un día singular y especial, que es la solemnidad de la Santísima Trinidad. Este Dios, que se nos ha mostrado como creador de todo lo que existe. Un Dios que Jesús nos pidió que le llamásemos Padre, porque al decirlo así sabíamos que todos los hombres que están a nuestro alrededor son hermanos. Un Dios que ha querido hacerse presente en esta tierra y en este mundo, y tomar rostro humano, para que nosotros sepamos qué rostro tenemos, qué rostro diseñó Dios desde el principio al ser humano, y cómo quiere que caminemos por esta tierra y por este mundo.

Pero, además, es un Dios que no nos ha dejado solos. Nos ha dado la fuerza del Espíritu Santo. Que hizo posible que aquellos seguidores primeros de Jesús, los apóstoles, de hombres miedosos y cerrados en un lugar y en una estancia por un tremendo miedo que tenían a que les pasase igual que a nuestro Señor, cuando reciben la fuerza del Espíritu que el Señor les habría prometido, salen y abren puertas, y anuncian a nuestro Señor Jesucristo con todas sus fuerzas, hasta dar la vida por Él. En este día, precisamente, os ordenáis como diáconos.

Creer en el misterio de la Trinidad es creer que la comunión y el amor entre los seres humanos es posible. El amor y la comunión es el dinamismo que rompe todo aislamiento. Que vence nuestra tendencia al narcisismo, y posibilita el verdadero encuentro con las personas. El papa Francisco nos está hablando a los cristianos que tenemos que hacer esa cultura que comenzó ya cuando Dios vino a esta tierra y se hizo hombre: la cultura del encuentro. No la del aislamiento. No la de desentendernos de los demás. Es la comunión la que hace posible todo crecimiento auténtico. Nos realizamos en comunión y en relación, tal como nos muestra y nos lo revela Dios mismo en este día en que celebramos la solemnidad de la Santísima Trinidad.

Es creer que el ser humano, creado a imagen de Dios, se realiza en la medida en que se relaciona. Se libera cuando se abre. Y crece realmente cuando ama. Y cuando lo hace como Dios mismo. Dios es un despliegue de amor personal. Y a esto estamos llamados todos nosotros. Vivir y realizarse es precisamente entrar en el misterio de Dios, que es comunión y es amor. Y dejar que esa vida circule entre nosotros. Entre todos los seres humanos.

Y hoy os ordenáis de diáconos porque el Señor, precisamente cuando celebraba la última cena, y antes de regalarles su propio misterio y ministerio a los apóstoles, e incluso antes de compartirles su vida y alimentarles de su propia vida, quiso ponerse a lavar los pies a los apóstoles. La diaconía. Mostró el Señor hasta dónde llega. La diaconía que él mismo, siendo Dios, no tuvo a menos hacerlo con los hombres. Y después de lavarles los pies, les dijo a los discípulos: ya veis lo que yo he hecho. Lo que yo he hecho con vosotros, hacerlo vosotros con todos los hombres.

Queridos hermanos: esta es la ordenación que vais a recibir. Diáconos para situaros ante los demás, sirviéndoles. Es verdad que no os ordenáis para ser diáconos permanentes. Vais a ordenaros para ser presbíteros. O vais a prepararos para terminar siendo presbíteros. Pero es verdad que el presbítero realmente tiene que ser diácono también. No pierde esa diaconía nunca. Como tampoco el obispo, que recibió también el diaconado antes de ser sacerdote. Y tiene que vivir sirviendo. Y acercando el amor de Dios. Siempre que sentimos necesidad de amar y ser amados, siempre que buscamos acoger y ser acogidos, cuando disfrutamos de una amistad que nos hace crecer, cuando sabemos dar y recibir, estamos presintiendo de alguna manera el misterio de la Trinidad inscrito en lo profundo de nuestro ser. Y ese misterio lo regaláis vosotros. Desde esa diaconía de la comunión, del seguimiento, y de la misión.

En esta fiesta de la Trinidad, tenemos que recordar necesariamente que la crisis de nuestra civilización occidental y de nuestro mundo actual solo tiene salida por el camino del amor, de la comunión y de la solidaridad entre los seres humanos. Esta es la gran voz del Espíritu que estamos invitados a dar, a escuchar y a anunciar a todos los hombres.

Por eso, yo quisiera esta tarde, después de haber escuchado la Palabra del Señor, invitaros a realizar esa revolución que comenzó precisamente el día en que el Señor instituye la Eucaristía, y cuando se arrodilla ante los apóstoles, y cuando les dice: "Lo que yo hago, que no he venido a ser servido sino a servir, hacedlo vosotros también".

Qué bien nos hace entender el Señor cómo el corazón evoca siempre la profundidad del ser humano. Sí. Esa profundidad donde está el origen de las opciones de orden moral, del amor, de amor o de odio, de paz o de violencia. Cuando

hablamos del corazón de Dios, lo que estamos recordando es la ternura fiel y para siempre. El hombre no mira las apariencias. A veces se queda solo en las apariencias. Pero Dios no. Dios mira el corazón.

Volvamos por un momento a recordar palabras de profetas que nos decían, como el profeta Jeremías: "Pondré mi ley en vuestro interior, y sobre vuestros corazones la escribiré. Y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo". O aquellas del profeta Ezequiel: "Yo os daré un solo corazón. Y pondré en vuestro corazón un espíritu nuevo. Quitaré el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne". Y es que, queridos hermanos, la nueva ley que inaugura nuestro Señor, y que nos ha regalado a todos los que estamos aquí, esa ley trae precisamente la revolución de la ternura. Que no va a estar grabada en tablas de piedra. Estará grabada en tablas del corazón.

Por otra parte, san Pablo nos habla: "Vosotros sois nuestra carne, escrita en vuestros corazones". Conocida y leída por todos los hombres. No en tablas de piedra, sino en tablas de carne. En los corazones. Siempre está en el apóstol Pablo el tema del corazón. Nos está remitiendo a la interioridad del ser humano. A la verdad que se refiere a la acogida de la salvación, para no caer en la dureza, la incomprensión, o la negativa de seguir a Jesús. Qué alcance tan grande tienen esas palabras de Jesús: "Donde esté tu tesoro, allí estará tu corazón".

En definitiva, todas las acciones del hombre surgen de esa profundidad. De ahí que muchas veces el hombre no sabe apreciar el don de ser hijo de Dios. No. Al contrario. Nos entretenemos en otras opciones distintas. La referencia constante al corazón, en el evangelio de san Juan, nos hace ver la importancia que tiene el corazón. Sin él, no entendemos el mensaje de Jesús.

Yo quisiera que en esta ordenación, que dentro de unos momentos vais a recibir, entendiéseis lo que significa en vuestra vida ser diáconos y ser hombres que mantenéis esta revolución de la ternura que comenzó Dios mismo. No es simplemente la ternura de naturaleza ética o moral, si no es pascual. Brota el amor de ternura del mismo Jesús. De la alianza nueva que Él inaugura en su persona. Del acontecimiento de la muerte y resurrección. Quizá, para que lo entendáis, venga bien recordar tres estampas del Evangelio que habéis escuchado mucho, pero que en este día quiero entregarlas también a vuestro corazón.

Recordad al buen samaritano. A Jesús, un doctor de la ley le pregunta una cuestión de orden académico: maestro, qué he de hacer para tener en herencia la vida eterna. Y la respuesta de Jesús fue inmediata: está escrito en la ley. El doctor de la ley le dice: amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con toda tu mente, con todo tu ser, y al prójimo como a ti mismo. Y la respuesta de Jesús la sabéis: bien has respondido. Haz esto y vivirás. Pero el doctor, experto en la ley, creía que había planteado una pregunta que no se podía responder en dos palabras; por eso, insiste otra vez: ¿y quién es mi prójimo? Y el doctor de la ley quería poner entre la espada y la pared a Jesús. En el judaísmo, se interpretaba "ama a tu prójimo" queriendo decir "ama a tu compatriota". Jesús saca de los aires la pregunta, y responde con una parábola. Saca de hacer elucubraciones, y responde con una parábola. Situándola en una peligrosa curva que hay entre Jerusalén y Jericó, en la que muestra si uno es o no prójimo del necesitado. Y, al terminar la parábola, como vosotros sabéis, pregunta al doctor, o pregunta al doctor Jesús: ¿quién de estos tres te parece que fue el prójimo? ¿El que cayó en manos de salteadores? La respuesta no dudó en darla el doctor de la ley: el que practicó la misericordia. Y la respuesta de Jesús es clara: vete y haz tú lo mismo.

Vais a recibir esta ordenación. Vais a ser diáconos. Servidores. No hagáis preguntas académicas. Aunque sea necesarias tenerlas en la mente. Dad respuestas con vuestra vida. Comenzad esta revolución de la ternura. Con las armas que nos entrega Jesucristo. Esta que nos ha dado: no desentendernos de nadie que veamos tirado.

Hay otra estampa: la del Padre misericordioso, que llamamos la parábola del hijo pródigo. Los dos hijos están llamados a la conversión y a la reconciliación. El centro de la parábola es el Padre. El milagro no consiste en el arrepentimiento del hijo menor, sino en la manifiesta ternura del padre que es capaz de perdonar y ha acogido de nuevo al hijo. Lo extraordinario es la ternura. La ternura de Dios, que anula el pecado del hombre, y al mismo tiempo es una ternura misericordiosa que nos revela la profundidad del pecado. El hijo se había negado a dejarse amar. Había huido del amor, para obrar por su cuenta. Y también el hijo mayor se irrita: tiene también necesidad de conversión y reconciliación, tanto o más que el menor. Y, una vez más, el padre toma la iniciativa. Sed rostro de Dios, queridos hermanos que vais a ser ordenados diáconos.

El padre toma la iniciativa. Con ternura y con comprensión. Lo hace claramente. No sabe el hijo mayor apreciar el don de ser hijo. No sabe amar. El otro, el hijo menor, en la vida real, se había dado cuenta de lo que amaba a Dios. La parábola presenta la manifiesta ternura de un Dios capaz de resucitar a los hijos si se abren a esa ternura y se hacen capaces de ternura el uno al otro. Es una invitación a eliminar el espíritu de revancha, el espíritu de rivalidad, y entrar en el espíritu de respeto y de fraternidad, que precisamente hoy, en este día en que celebramos esta solemnidad de Dios, en quien creemos, se nos pide. Por que Dios nos dice: sois una gran familia. Sois hijos de Dios. Sois hermanos. Os he enseñado cómo hay que vivir en este mundo. Qué camino tenéis que recorrer. Cómo soy yo realmente. Y cómo me comporto con vosotros. Haced lo mismo.

Y otra estampa es la del fariseo y el publicano. Esa parábola. Dos personajes en contraposición, que representan dos posiciones extremas: el observante de la ley, y separado de todos lo demás, que se siente en pureza legal; y el recaudador de impuestos, considerado por sus paisanos como un explotador y colaborador de los romanos, señalado por los demás. La parábola intenta desenmascarar el egoísmo sin medida y las apariencias. Desenmascara una concepción de la religión con apariencias de piedad. Con apariencias de oración. Y Dios no puede ser tapadera o instrumento de quien no considera que hay que pedir a Dios. Hay que situarse ante Dios. Hay que ponerse en las manos de Dios. Frente al publicano, ¿veis?, que se mantiene lejos, sin atreverse a mirar, callado, de rodillas, sin levantar la cabeza. Es la plegaria de un pobre que se entrega y pone la vida en manos de Dios.

Queridos hermanos que vais a recibir el diaconado: hoy, en el altar donde el Señor celebró la última cena, y donde antes de celebrar la última cena se arrodilló y nos dijo que sirviésemos a los demás, servid esta diaconía. La de Jesús. Esa que se nos muestra en estas tres estampas. No las olvidéis nunca. Es fácil de recordar. Sed samaritanos. Id a donde la gente está sufriendo. Acercaos, y no os desentendáis de quien sufre. Id también con el rostro de ese padre bueno que representa Dios en la parábola del padre misericordioso del hijo pródigo. Y dentro de los que encontréis, seguro que encontraréis aquellos que vienen y quieren buscar el abrazo de Dios porque han experimentado decepción en la vida, como el hijo menor, pero también gente que incluso está junto a vosotros pero que le parece mal que recibáis a quien se marchó por el motivo que fuere. También este necesita conversión. También este necesita que vosotros le enseñéis, sirviéndole y amándolo, el rostro de Dios. Y situaros siempre también ante Dios con necesidad de Él. No os sintáis en propiedad

de la verdad. La verdad solamente es el Señor. Acoged y situaros acogiendo esa verdad, que es Jesucristo nuestro Señor. Invitados, en este día de la Santísima Trinidad, en el que vais a ser ordenados, a realizar esta revolución de la ternura que por supuesto tiene que ver con el mandamiento nuevo del amor: amaos los unos a los otros como yo os he amado.

Que el Señor os bendiga. Que bendiga nuestra iglesia diocesana, y la iglesia entera. Aquí vais a ser ordenados los que estáis estudiando en el seminario metropolitano y los que estáis estudiando en el Redemptoris Mater para salir a la misión, para ir a otros lugares de la tierra donde os manden. Donde os mandemos. Pero es verdad que donde estéis, tenéis que asumir esta diaconía que tan bellamente el Señor nos expresa en estas tres estampas que os quiero regalar en este día de vuestra ordenación.

Que el Señor os bendiga. Pablo, Carlos, Juan, Jesús Francisco, Francisco Javier, Francisco, Miguel, Jorge, Carlos, Alejandro, Martín, Alejandro, José Ignacio, Jesús, Gabriel, Jean Ives, Rubén, José María, Theodore y Antoine. Acoged este regalo. Seguro que la gente que hoy está con vosotros -amigos, familia, hermanos- están contentos, porque no hay cosa más bella que dejarse organizar la vida por Jesucristo nuestro Señor, como lo va hacer ahora ordenándoos diáconos para que seáis servidores del amor de Dios a todos los hombres.

Que así sea.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA SOLEMNIDAD DEL CORPUS CHRISTI

(23-06-2019)

Querido señor nuncio de Su Santidad en España. Querido don Miguel Maury, nuncio en Rumanía. Querido don Antonio, obispo emérito de Ciudad Real. Queridos obispos auxiliares, don Santos y don José. Querido vicario general, vicarios episcopales, hermanos sacerdotes. Queridos seminaristas. Queridos miembros de la corporación municipal, que os hacéis presentes en este día entrañable para todos nosotros. Queridos presidente de la Asamblea de Madrid, don Juan Trinidad. Querido don Jorge, general de brigada, general jefe segundo del mando aéreo: muchas gracias por su presencia. Queridos hermanos y hermanas todos.

Es un día entrañable para nosotros. En el misterio de la Eucaristía Dios se muestra tan cerca, tan cerca, de nosotros. Dios con nosotros y entre nosotros. Dios acompañando al hombre. Dándole su aliento y su vida. Siendo su alimento y su sustento. Es algo que nunca en mi vida, cada vez que celebramos la fiesta del Corpus Christi, puedo olvidar. Viene a mi mente y a mi corazón. Quizá me vienen aquellos recuerdos, cuando estudiante de Teología leía el sermón del Corpus cuan-

do santo Tomás de Aquino tomó del quinto libro del Pentateuco el texto en el que se expresa la alegría de Israel por su elección. Dice así: "¿Qué nación hay tan grande que tenga dioses tan cercanos a ella como lo está nuestro Dios?".

Queridos hermanos: esto es lo que expresamos también nosotros en esta fiesta del Corpus. ¿Qué pueblo, el pueblo del Señor, tan grande, tan maravilloso, que puede decir que tiene cerca, a su lado, que pueda establecer una comunión con nuestro Dios? Por eso, quiero acercar a vosotros tres realidades, que me parece que son esenciales, y que acabamos de escuchar en la Palabra de Dios. Somos bendecidos, queridos hermanos. Bendecidos por Dios, en primer lugar. En segundo lugar, sintamos el gozo de la presencia real de Cristo entre nosotros. Y, en tercer lugar, vivamos esa comunión con Cristo. Que Él nos sana. Él nos alimenta. Él nos vincula: nos vincula a Él y, por Él, nos vincula a todos los hombres.

Benditos y bendecidos por Dios. Hoy también nosotros, como nos decía esa primera lectura que hemos escuchado del libro del Génesis, sentimos la alegría que sentía Melquisedec, rey de Salec, y bendecimos a Dios, creador del cielo y de la tierra, porque Dios está con nosotros. Porque podemos ver y contemplar cómo el Hijo de Dios, revelador del rostro de Dios, se queda con nosotros, prolongando así su presencia iniciada en la Encarnación. En el misterio de la Eucaristía, es Dios mismo el que se queda con nosotros. Y esto lo celebramos. La presencia real de Cristo en el misterio de la Eucaristía no es algo pasivo, sino que es una fuerza que nos coge, y nos absorbe, y nos introduce en ella.

Qué bien lo expresó san Agustín en su devoción a la comunión. Antes de su conversión, san Agustín había caminado mucho sobre la corporalidad del misterio cristiano. Pero tuvo una voz en lo más profundo de su existencia, que le decía: "Yo soy el pan de los fuertes. Cómeme. Pero no serás tú el que me transformes a mí, sino que seré yo quien te transformaré a ti en mí". Queridos hermanos: esto es lo que estamos celebrando. Bendecidos. Porque este Dios se acerca a nuestra vida, se acerca a lo más hondo de nuestra existencia. Y nos cambia. Nos hace ser Él en medio de los hombres.

Quiero agradecer sinceramente, y lo he dejado para este momento, a quienes están representando a Cáritas diocesana aquí, esta mañana, que habéis visto que en la entrada hay mesa de propaganda de Cáritas. Porque, queridos

hermanos, si no nos transformamos, como decía san Agustín, transformados todos nosotros a ti. Transformados en Él. Y entonces ocupados de todos los hombres, y de todas sus necesidades. En nuestra relación con Cristo, el centro es Él. Él es el protagonista. Cuando comulgamos verdaderamente, eso quiere decir que somos despojados de nosotros mismos y asimilados a Él. Y por Él. Que somos hechos uno con Él, a través de Él, con la comunidad de hermanos. Bendecidos. Y por eso esta mañana nos surgen a nosotros también decir aquellas mismas palabras de san Agustín, cuando dice sin miedo: "tarde te amé, hermosura tan antigua y siempre nueva. Tarde te amé. He aquí que tú estabas dentro de mí, y yo fuera. Y por fuera te buscaba. Estabas conmigo, y yo no estaba contigo. Me llamabas, me gritabas, y rompiste mi sordera. Brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera". Hoy el Señor, queridos hermanos, viene a curarnos la ceguera. A decirnos que está a nuestro lado. Que si le acogemos a Él en nuestra vida, seremos Él en medio de los hombres. Y Él sana. Él cura. Él da libertad. Él engendra relaciones de comunión con todos los hombres.

Bendecidos. Somos bendecidos, hermanos. En este día y en esta fiesta. Somos benditos porque el Señor nos pone en el camino de buscar y de encontrarnos con la verdad, que es Cristo. Para vivir el bien. Estamos siempre impulsados por el deseo incansable de vida, de saber cómo vivir, de conocer la realidad profunda del hombre, las necesidades urgentes del ser humano... Qué bueno es que este Dios se haga cercano a nosotros y nos haga ver el rostro humano de Dios. Encontrarnos con Dios, que nos abraza, que nos guía, que da sentido a la historia, que da sentido a nuestra vida personal y colectiva. Bendecidos.

En segundo lugar, queridos hermanos, estamos celebrando la presencia real de Cristo. Abiertos a la libertad en comunión con Él. Hemos escuchado, en la segunda lectura que hemos proclamado, estas palabras del apóstol Pablo: "esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía". En el lenguaje bíblico, cuerpo significa la totalidad de la persona, en la cual lo corporal y lo espiritual son inseparables. Precisamente por eso, "esto es mi cuerpo" significa: esta es la totalidad de mi persona. La índole de esa persona la experimentamos a partir de las palabras que siguen: "que se entrega por vosotros". Es decir, el ser de esa persona es un ser para los demás. Y, queridos hermanos, ¿lo veis?, la lógica que tienen esas palabras que nos decía san Agustín cuando escuchó en lo más profundo: "cómeme. Porque no serás tú el que me transformes. Seré yo quien te transformaré a ti en mí".

Queridos hermanos. Esto es la totalidad de la persona del Señor, que se entrega y me transforma en ser para los demás. De tal modo que su esencia más íntima la constituye el entregarse. Y se trata de una persona en su integridad. Una persona que está abierta, que se entrega, que comparte, que se da, que libera, que enriquece, que nos hace ver en los demás hermanos.

Queridos hermanos: hace años leía de Albert Camus cómo describía la situación trágica de la relación humana hablando de esa relación como si dos personas estuvieran separadas por la pared de cristal de una cabina telefónica. Se ven, pero no se comunican. Están próximos, pero esa pared les hace mutuamente inaccesibles. Así permanece el ser humano sin la comunión con Dios, vivida y realizada en Cristo. Es cierto. El ser humano puede vivir centrado en el cuerpo material y cegarse egoístamente de tal manera que el cuerpo es obstáculo y barrera para la comunión. Pero puede vivirse de forma contraria, abriéndose a la libertad. Abriéndose al otro porque es mi hermano sin más. Como expresión de libertad del hombre que se entrega. Precisamente de esto hablamos cuando decimos que Cristo ha resucitado. Que con Cristo hemos resucitado nosotros.

Sí, queridos hermanos. Jesús fue absoluta entrega de sí mismo. Por eso, haber resucitado significa ser susceptible de comunión. Estar abierto. Ser Él que se regala. De ahí que comulgar es entrar en una comunión con Cristo. Y significa entrar por Él. El único que puede superar los límites. Abrirnos a un horizonte amplio y total hacia los demás. El único que nos entrega la Resurrección, que hace que nos abramos a todos los hombres, que nos abre a la libertad y a la comunión con todos, que nos da por todo en lo que somos, sin guardar nada, es Jesucristo nuestro Señor. De ahí que la presencia real de Cristo para nosotros es absolutamente necesaria para entender que es la abertura a la libertad donde vivimos esa comunión de la que nos habla el resucitado.

Queridos hermanos: la presencia real de Cristo nos exige vivir en la humildad de la fe. Es decir, en la humildad de la encarnación de Dios, que debe corresponder con la humildad de nuestra fe. Esa que abandona la soberbia; que se inclina entrando a formar parte del cuerpo de Cristo; que vive con la Iglesia, y solo así entra en comunión concreta con el Dios vivo. Nos lleva a vivir para los demás siempre. Esto nos lo hace entender mejor unas palabras también del propio san Agustín, queridos hermanos, cuando nos dice en las Confesiones: "aterrado por mis

pecados, por la carga de mi miseria, había trazado en mi corazón y pensado en huir a la soledad, pero Tú me detuviste y me animaste diciendo que Cristo murió por todos, para que los que viven no vivan ya para sí, sino para aquel que por ellos murió".

Qué palabras, queridos hermanos. La presencia real de Cristo no nos cierra en nosotros. Nos abre a la comunión. Nos quita de la soledad. Nos quita de huir de los demás. Incluso de aquellos que a mí alomejor no me parece. Pero, queridos hermanos: Cristo murió por todos. Para que todos los que viven no vivan ya para sí, sino para Aquel que por ellos murió. Vivir con humildad. Sabiendo que tenemos la vida de Cristo, queridos hermanos. Que tenemos esa vida. Y esa vida nos hace entender el sermón de la montaña. ¿Os dais cuenta, queridos hermanos, que en el sermón de la montaña Jesús habla: dichosos los pobres, los que sufren, los que lloran...? Hay un catálogo de situaciones que pueden corresponder a las nuestras. ¿Por qué se sentían felices aquellos hombres? Porque la primera bienaventuranza es Cristo mismo. Y cuando uno se encuentra con la primera bienaventuranza, uno rompe con todos los límites que tiene. Y logra acoger la verdad de este Jesús que se entrega por todos nosotros, queridos hermanos.

Y, en tercer lugar, vivamos en la comunión. Habéis escuchado en el Evangelio: sanados, alimentados, vinculados a Cristo, que se entrega por nosotros, que nos cura, que nos salva y nos vincula a vivir en la comunión con todos los hombres cuando decimos después que esté presente el Señor en el altar: este es el sacramento de nuestra fe, o este es el ministerio de nuestra fe. Con esta expresión decimos inmediatamente después de la consagración que proclamamos el misterio a celebrar. Sí. Que manifestamos la admiración en esa conversión del pan y del vino en el cuerpo y la sangre del Señor, realidad que supera toda comprensión humana. Por eso, cuanto más vivamos en la fe de la Eucaristía el pueblo de Dios, más profunda será nuestra participación eclesial, porque vivimos en la comunión con Cristo y la participación en la realidad social que nos toque vivir.

La Eucaristía, queridos hermanos, es constitutiva del ser y del actuar de la Iglesia. Nos lo ha dicho el Evangelio que hemos proclamado: Jesús se puso a hablar, y curó a los que lo necesitaban. Pero además se da a sí mismo. No basta decir y curar. Es necesario dar todo lo que uno es. Se dio en la dignidad. Se dio en la Resurrección. Y lo hizo en la realidad que tenían: solamente había cinco panes y dos

peces, pero se entregó a todos y cada uno, y era una multitud. Los apóstoles no lo podían hacer. Como nosotros: no tenemos nada más que cinco panes y dos peces, dijeron los apóstoles. Queridos hermanos: Jesús sí lo puede hacer, porque en manos de Dios, y de la mano de Dios, todos pueden comer y saciarse.

En el día del Corpus Christi, Cáritas nos recuerda esta realidad. Curemos, hermanos. Hagamos obras. Pero solamente serán verdaderas si las hacemos en una comunión viva con nuestro Señor Jesucristo. Entrando en su Resurrección. Viviendo eucarísticamente. Eucaristizar nuestra vida, nos decía san Manuel González, el obispo del sagrario. En la antigüedad cristiana se designó con las mismas palabras, Corpus Christi, el cuerpo nacido de la Virgen María, el cuerpo eucarístico, el cuerpo eclesial de Cristo. Qué bonito es esto, queridos hermanos. ¿Sabéis lo que somos? El cuerpo eclesial de Cristo. Que, cuando salimos, hacemos lo que hemos vivido en la comunión con Cristo. Decimos, en la segunda plegaria eucarística: "que el Espíritu Santo congregue en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y Sangre de Cristo". La Eucaristía incluye la unidad. No la dispersión.

Queridos hermanos: sed hombres y mujeres de comunión. El que acoge a Cristo en su vida, no puede poner barreras. No puede tirar y derribar puentes. No puede poner muros. No puede estar en sospecha permanente. El que acoge a Cristo, sabe que hunde sus raíces en la comunión con Él. Como la Iglesia. Una Iglesia que hace y vive desde esa verdad radical que se nos entrega en la Eucaristía. Yo os invito hoy a contemplar este misterio. La Eucaristía nos compromete, y nos llena, y lleva al servicio de los demás, al testimonio, a la solidaridad por los hermanos, a la vivencia en definitiva del amor nuevo: amaos los unos a los otros como yo os he amado.

En este día del Corpus, queridos hermanos, yo pongo a toda nuestra Iglesia diocesana, a toda la Iglesia, en manos de nuestra Santísima Madre, la virgen de la Almudena. La decimos: danos tu mano, Santa María, guíanos, para que aprendamos de ti a contemplar a tu hijo, a experimentar su cercanía hacia nosotros, a divinizar desde la comunión como Él nuestra humanidad, y a hacer las obras que Él realizó. Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios. Que Cristo resucitado, que se hace presente realmente en el misterio de la Eucaristía, nos haga sentir el gozo de la comunión, por supuesto de su presencia real, y de esta bendición que nos hace a todos nosotros.

Queridos hermanos que seguís esta celebración a través de TRECE televisión: que sintáis el gozo también de encontraros con Jesús. Cambia nuestra vida. Cambia las relaciones. Cambia el modo de convivir nosotros. Por eso, el pasear por las calles hoy a nuestro Señor es una manifestación pública de que es posible un cambio en lo más profundo del corazón del hombre para darnos la mano todos. Y mirarnos como nos mira Cristo: como hijos de Dios, y como hermanos de todos los hombres.

Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA FESTIVIDAD LITÚRGICA DE SAN JUAN BAUTISTA

(24-06-2019)

Querido cuerpo de la Policía Municipal. Autoridades. Queridos hermanos y hermanas todos.

Hoy nos reúne aquí esta fiesta de san Juan Bautista, patrono de la Policía Municipal. Esta fiesta que siempre ha sido entrañable para todos nosotros. Y que yo, después de todas las diócesis que he visitado, la he celebrado con todas las Policías Municipales: de Orense, de Asturias, de Oviedo, y a veces de Gijón también, de Valencia, y aquí en Madrid los años que llevo con vosotros.

La primera lectura que hemos escuchado nos habla de una expresión que dice el Señor a san Juan Bautista, y que a través del profeta Isaías la repetimos también hoy: "Te hago luz de las naciones". Y cuando esta mañana estaba rezando y meditando en lo que esto significa para nosotros hoy, pensaba en aquel viaje que la Virgen Santísima hace desde Nazaret a la casa de su prima Isabel, donde ya Juan

Bautista estaba en el vientre de su madre, y la presencia de la Virgen hace que Juan Bautista experimente la presencia misma de Dios. De tal manera que nos dice el Evangelio que la criatura saltó de gozo en el vientre.

De alguna manera, podríamos decir que todos vosotros, el cuerpo de Policía Municipal de todas las ciudades, sois un cuerpo que a quienes vivimos en la ciudad nos da una seguridad especial. De alguna manera, experimentamos el gozo que Juan Bautista experimentó ante la cercanía de Dios. Da seguridad. Y da capacidad para moverse con una libertad especial. Es cierto. "Te hago luz de las naciones".

Quizá, nuestra experiencia hoy, la que el profeta Isaías nos dice que tenemos todos los hombres -me llamó, me escogió, me hizo espada afilada, me manifestó que me había formado, que me había honrado con su fuerza- esta experiencia de entregar algo de luz en la vida de los hombres y seguridad en la existencia humana, es lo que quisiera en primer lugar deciros al cuerpo de Policía. Que experimentemos en esta celebración el gozo de tener esa profesión que cultiva la seguridad. Y que la cultiva porque la experimentamos los demás cuando estáis con nosotros.

En segundo lugar, el Señor, en la segunda lectura, nos ha dicho que nos da a todos nosotros, nos hace experimentar a todos los que vivimos en este mundo, que Él nos va a formar según su corazón. Han sido preciosas las palabras del libro de los Hechos de los Apóstoles, donde se nos dice de Pablo que Él mismo experimenta en su propia existencia cómo le ha sacado de una situación en la que vivía malamente, en la que incluso había perseguido a los cristianos, había participado en la matanza de Esteban... Y, sin embargo, el Señor le saca de esa situación y le hace formar su vida según el corazón de Jesucristo.

Dios nombró rey a David. Y nos dice el texto que "encontré a David hombre conforme a mi corazón, que cumplirá mis preceptos". Y yo también, cuando hoy escuchaba esta lectura y la meditaba, pensando en la celebración de esta tarde, veo que de alguna manera el Señor os ha entregado una profesión al cuerpo de Policía Municipal que os hace ver en todos, sin distinción de ningún tipo, a personas que hay que cuidar, en las que hay que pensar, a las que hay que capacitar también para que nos relacionemos como seres humanos...

Es algo impresionante. Porque lo mismo que Dios, de su descendencia, el pueblo de Israel, quiso que naciese Jesús, y que siendo Dios se hiciese hombre y participase en un rostro humano que le dio la Santísima Virgen María, y que pasease por este mundo cuidando a los hombres; de alguna manera hoy, a través de esta fiesta de san Juan Bautista, nosotros también sentimos el gozo de participar en cuidar a los demás.

No solamente, como os decía hace un instante, el Señor nos invita a mantener su luz, a ser su luz, a entregar su luz, sino a formar nuestro corazón para anunciar esa buena noticia de que los hombres son hermanos. Y que, por tanto, tenemos que respetar; tenemos que saber convivir; tenemos, no que estropear, sino guardarnos los unos a los otros. Y es necesario que haya personas que nos lo recuerden. Y nos lo digan. Y no solamente con las palabras, sino fundamentalmente con los hechos y con vuestra vida.

Ser luz. Ser cuidadores de los demás. Y, en tercer lugar, el Señor nos ha dicho en el Evangelio cómo ante Juan Bautista todos los vecinos, que habían visto cómo había sido el nacimiento: de una mujer ya mayor había venido Juan; y cómo el nombre no quería ser el que normalmente se ponía, como pasa muchas veces hoy: el nombre de su padre si es hijo, o de su madre si es hija; sino que tanto Zacarías como Isabel dijeron que se iba a llamar Juan. Se va a llamar Juan. Pero si nadie se llama así. Pues se va a llamar así. Porque, ciertamente, es alguien que es extraordinario. Así lo decían los vecinos: ¿qué va a ser de este niño? Algo sucedió extraordinario aquí.

Queridos hermanos: tenéis un nombre. Policía Municipal. Un nombre que cuida y que es un nombre, como os decía antes, para mantener la luz, para ser cuidadores de los demás. De la convivencia. Un nombre especial os ha dado el Señor. Nos decía el Evangelio que la mano del Señor estaba con él. Pues yo le pido esta tarde para todos los que estamos aquí, para toda la Policía Municipal de Madrid, que hagáis verdad vuestro nombre. Que la mano del Señor esté en vosotros. Para cuidar. Para poder convivir. Para poder establecer unas relaciones fraternas, tanto en los que estamos en la ciudad como con los que vengan de visita, que encuentren aquí, en este lugar, ese nombre nuevo que Jesús nos ha dicho: sois hermanos. Nos lo ha dicho así en el Padre nuestro. Y ese nombre nuevo, con vuestra profesión, intentáis que se mantenga en la convivencia, en el respeto y en el servicio de unos a otros.

Que el Señor bendiga el cuerpo de Policía. Os bendiga a vosotros. A vuestras familias. Hoy le pedimos al Señor también por aquellos que han fallecido. Por sus familias. Para que sintamos siempre el gozo de ser luz. De ser cuidadores en la convivencia. Y de los demás. Y de tener ese nombre. Ese nombre nuevo que significa el ser miembro de un cuerpo que hace posible que nos llamemos hermanos todos.

Que el Señor os bendiga y os guarde siempre. Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA RENOVACIÓN DE LA CONSAGRACIÓN DE ESPAÑA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

(30-06-2019)

Queridos hermanos:

Al renovar el centenario de la consagración de España al Corazón de Jesús, asumimos la misión que el Señor ha dado a la Iglesia de hacer presente su rostro y tomamos a todos los que viven en España sin excepción, como lo hizo Nuestro Señor, que dio la vida por todos los hombres, deseando responder a ese amor agradecido que hemos recibido de Él. Somos su hechura, no podemos vivir sin el amor, sin su amor. Esas palabras que tantas veces hemos escuchado las hacemos nuestras: "A nadie debáis más que amor". Es con ese amor con el que deseamos vivir y pedimos que llegue a todos los hombres.

Hemos repetido juntos cuando cantábamos el salmo responsorial: "Tú eres, Señor, el lote de mi heredad". ¿Cómo entender esta expresión? Mirémonos a noso-

tros mismos y descubramos lo que hay en lo profundo de nuestra existencia: hay deseos y capacidad de infinito; existe hambre de justicia y de fraternidad; hay deseos de saber para no ser manipulados; existe el gusto por la fiesta, por la amistad, por la belleza que se muestran en todo ser humano. Descubramos el gozo al que nos invitaba a vivir el salmista, encontrando en el Señor plenitud y salidas en las tormentas y oscuridades, dirección en el camino que hacemos para la vida y la libertad, el consejo, la instrucción, la seguridad que nos impide vacilar en el camino, la alegría de saber que Dios no nos entrega a la muerte, sino que es quien nos sacia, nos infunde gozo, vida y alegría.

En el Corazón de Cristo se nos muestra y revela la realidad de Dios y la realidad del hombre que desea vivir en verdad y no negociar con la verdad, sin acomodarse a las circunstancias. ¡Qué bueno es ver a un Dios que sale a nuestro encuentro!, ¡qué grande es este Dios que habla nuestro lenguaje y que comparte nuestras preocupaciones!, ¡cómo alcanza la vida este Dios que se nos revela en Jesucristo! Él hace verdad y vida esas palabras del Concilio Vaticano II y nos invita a vivirlas: "Los gozos y las esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son los gozos y esperanzas, las tristezas y las angustias de los discípulos de Cristo" (GS 1).

Hermanos: somos el Pueblo de Dios. Y este Pueblo que camina en España quiere renovar y consagrarse y consagrar a España una vez más al Corazón de Jesús. Somos el Pueblo de Dios que vive entre el pueblo que camina en España, sentimos el gozo de sabernos hermanos de todos los hombres. Asumimos con toda nuestra vida la misión que nos ha confiado el Señor y también la responsabilidad en la misión que nos dio Él, de no desentendernos de nada que afecte al ser humano ni de nadie. A todos los ponemos junto al Señor sabiendo que quien cuida a todos es Él. Quienes creemos en Jesucristo, sabemos que no podemos vivir la fidelidad y estar a gusto si olvidamos a alguien; todos son nuestros hermanos. Es verdad que ser pueblo no coincide con ser todos miembros del Pueblo de Dios. Pero quizá esto lo entendamos mejor si nos preguntamos, desde la mirada de Cristo, qué es ser pueblo. Ser pueblo es mucho más que una categoría lógica, es una categoría mística; es mucho más que un concepto, es una llamada, es una convocación a salir del encierro individualista, del interés propio o de grupo, de esa laguna personal o de grupo en la que nos gusta estar y volcarnos al cauce de un río que avanza y reúne en sí la vida de todos, la historia del territorio que atraviesa y vivifica. Hemos de sentir el gozo de ser pueblo que tiene una geografía y una historia y toma decisiones en su

destino, pero lo hacen todos. Ser pueblo es habitar un espacio juntos y saber hacer memoria de una historia muy grande que no empieza anteayer, sino que tiene muchos siglos. Ser pueblo es saber que se nos convoca permanentemente a recuperar la vecindad, el cuidado de los unos y los otros, el saludarnos los unos a otros, reconociendo que vivimos juntos y que todos son dignos de atención; todos son dignos de nuestra amabilidad y de nuestro afecto, preocupándonos por lo que nos afecta a todos y socorriéndonos mutuamente. Estoy convencido de que solamente un pueblo crece si se preguntan todos los que pertenecen a él, aunque sea desde perspectivas distintas, pero con convicción profunda, ¿quién es mi prójimo? Cuando olvidamos esta pregunta habrá grupos, pero no hay pueblo. Esto es precisamente lo que nos enseña el amor de Dios, manifestado en el Corazón de Jesús.

La Palabra de Dios que hemos proclamado nos hace tres preguntas y nos pide tres compromisos cuando el Pueblo de Dios hace la consagración de España al Sagrado Corazón. Preguntas y compromisos que quiero poner al alcance de todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Tres preguntas y tres compromisos que se convierten en misión:

1. ¿Quién es mi prójimo? O el compromiso de vivir con un corazón grande y nuevo. Un corazón grande como les pidió Dios a Elías y a Eliseo. A ambos les pidió servir al Pueblo de Dios y desde ese Pueblo a todos los hombres. Pero también les pidió un compromiso: a Elías le dijo Dios "urge sucesor tuyo", urge que te despojes de todo y entrégaselo a Eliseo todo. Ponerle la capa es signo de darle y hacerle partícipe de todo lo que Dios le había dado. La respuesta de ambos fue inmediata. Elías, cuando pasó al lado de Eliseo, le echó el manto encima, es decir, le hizo partícipe de todo lo que le había dado Dios. Y Eliseo también ofreció lo que tenía en sacrificio y marchó tras Elías poniéndose a su servicio. Dios les pidió ponerse al servicio del prójimo dejando todo, solo iban con el amor de Dios y la fuerza de Dios.

Eso es precisamente lo que Jesús nos quiere decir en la parábola del buen samaritano (Lc 10, 25-37). Es lo que Jesús nos dice hoy en esta consagración al Sagrado Corazón: que tengamos un corazón con las medidas de su corazón. La única manera de construir lazos sociales entre los hombres, de vivir en amistad y paz, es comenzar reconociendo al otro como prójimo, es decir, hay que hacernos prójimos. Tomar al hombre como fin y nunca como un medio; no demos valor al otro por lo que el otro pueda darme o servirme, pues eso es tomar al otro como

cosa. Cuando lo consideramos como fin, reconocemos que todo ser humano es mi semejante, es mi prójimo. El otro, nos enseña Jesús, no es mi competidor, ni mi enemigo, es mi hermano sea quien sea. El samaritano se pone al herido que encuentra en el camino sobre el hombro y asegura que reciba cuidado. Nos enseña lo que es el amor de Dios y el amor al prójimo. A quien encontremos tirado, pongámonoslo al hombro como lo hizo el samaritano. Solamente cuando ponemos al hombro al otro, comenzamos a considerarnos y entendemos como prójimos, pues no se trata de reconocer al otro semejante, sino de reconocernos como capaces de ser semejantes.

Hoy el Señor nos invita a creernos y a vivir que todo hombre es mi hermano y a hacerme prójimo. Es condición indispensable para vivir mi propia humanidad. Qué corazón el de nuestro Señor, que, siendo Dios, se hizo prójimo de todos los hombres; nos ha regalado su amor, hagámonos semejantes a Él.

2. ¿Cómo mostrar el amor? O el compromiso de vivir con un corazón apasionado por la libertad. El amor hay que mostrarlo cara a cara, esto es imprescindible para que los humanos seamos efectivamente humanos. No se trata de mostrar el amor por intereses personales. En el juicio final (Mt 25, 31-43) se nos descubre otra dimensión del amor; fijémonos en los que habían sido declarados benditos: por haber dado de comer y de beber, por haberle alojado, vestido, visitado, pero no sabían que había hecho estas cosas. Porque la conciencia de haber tocado a Cristo herido en el hermano, de haber sido prójimo, se da a posteriori cuando todo se ha cumplido.

Nos decía el apóstol san Pablo que "para vivir en libertad, Cristo nos ha liberado". Nos alentaba y animaba a no caer en la esclavitud, pero sí a vivir en esa libertad que nos hace esclavos los unos de los otros por amor. Nunca olvidemos ese "amarás al prójimo como a ti mismo". Mostrar el amor de Dios, impide que nos destruyamos (cfr. Gal 5, 1. 13-18).

El Señor nos invita a hacer formas perdurables del amor. Y eso se hace viviendo el compromiso y la pasión por la libertad y la justicia. ¿No veis a nuestro lado instituciones que son perduración de intenciones y deseos de amor al prójimo y de dejar muestras de ese amor? Cuántas instituciones, congregaciones, fundaciones perduran porque ese amor al prójimo se estableció de una manera permanente e hicieron posible que la justicia tomase rostro: instituciones para enfermos, para

ancianos, para niños abandonados, para pobres tirados. Hubo hombres y mujeres que amaron y cuando estaban dando de comer o visitando, amaban con el amor mismo de Dios. El amor de Dios es necesario para perdurar, si no estas instituciones desaparecen con el promotor.

Hagamos posible que el amor vivido hacia los otros se institucionalice en obras que muestren ese amor. Entregar libertad en esta tierra solamente es posible con la pasión por amar a todo ser humano que encontremos en este mundo. No es cuestión de ideas, es cuestión de corazón, que nos lleva a ver que es urgente y necesario institucionalizar el amor sin que pierda por ello el frescor y la lozanía de un amor que contagia libertad.

3. ¿Cómo ser testigos del amor más grande? O el compromiso de vivir la misión a la intemperie, en los caminos por los que transitan los hombres. Hay dos cuestiones que nos muestra el Evangelio que hemos proclamado: 1) La decisión de Jesús de ir a mostrar públicamente su amor: marcha a Jerusalén, donde lo estaban buscando y vigilando sus movimientos, simplemente porque mostraba el amor de Dios con todos los hombres. En las rupturas y los enfrentamientos hay que poner el amor incondicional. 2) Por otra parte, está su deseo de entrar por todos los caminos donde transitan los hombres: entra en Samaría, donde el aprecio a los judíos era nulo, se les consideraba enemigos. Allí sintió el rechazo por ser judío y no le dan alojamiento. Atrevámonos a descubrir en este encuentro lo que significa no amar por razones de creencias o de ideologías, los odios que se pueden engendrar entre vecinos, las divisiones en las que son los pobres los que más sufren. Sin embargo Jesús ama en todas las circunstancias, Él ha venido a traer la paz y la reconciliación, quiere hacer de este mundo una gran familia. Precisamente por eso, cuando Santiago y Juan viven el deseo de la venganza, Jesús les habla con firmeza y les muestra que solo debemos amor, que el camino de los hombres es dar el amor de Dios, devolver la reconciliación, dar perdón.

Pero por otra parte en el camino tiene tres encuentros significativos. A los tres personajes les quiere conquistar el corazón con su amor: el primero y el tercero se aproximan al Señor para decirle "te seguiré a donde vayas" o "te seguiré". Al segundo, es el Señor quien le hace una propuesta de seguimiento, le dice: "sígueme". A los tres les pide que entren en la órbita de su amor. A quienes dicen "te seguiré", el Señor les dice que "el Hijo del hombre no tienen donde reclinar la cabeza" o "déjame primero despedirme de mi familia", es decir, no han descubierto la

novedad del amor de Dios manifestada en Cristo, fiarse de Él con todas las consecuencias o todo es nuevo, entra por este camino de amor, solamente tiene amor y es eso lo que vas a tener como fuerza de cambio de este mundo, para hacer el camino entre los hombres. El segundo tuvo una invitación directa de Jesús, "sígueme", pero claudicó, tenía otros amores. "Déjame primero ir a enterrar a mi padre", es decir, me quedo con lo viejo que es vivir desde mí, en mí y para mí, prefiero mirar para atrás. Ninguna de estas tres reacciones crea futuro. Donde no hay amor no hay futuro, donde solamente se piden cuentas y no se da la mano, donde se abren muros y no se crean pistas para comunicarnos, donde no se hacen puentes sino que se derriban, no hay presente ni futuro. Ser testigos del amor en todas las circunstancias es nuestra misión.

El Señor que nos ha hablado, dentro de unos momentos se hace presente entre nosotros en el misterio de la Eucaristía. Acojamos su presencia. Hagamos el compromiso de acercar a nuestra vida su amor, que es la fuerza que da presente y futuro. Un amor para todos, un amor que regala libertad, un amor que edifica el presente y el futuro haciendo presencia viva en medio de todos los caminos de los hombres, escuchando a todos e invitando a todos a participar como decía san Pablo VI para la construcción de una civilización del amor. Percibid cómo el Señor nos dice "sígueme", pero también descubramos la necesidad de decirle "te seguiré". Tanto en un caso como en otro, que sea para manifestar su amor a todos los hombres. Sagrado Corazón de Jesús, en ti ponemos nuestra vida y la de España en tu Corazón. Cuídanos, haznos hermanos que sintamos la necesidad de decirnos perdón y de perdonar. Amén.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

VICARIOS PARROQUIALES:

- **De Santa Rita:** P. Germán Antonio Antón, O.A.R. y P. Eliseo González López, O.A.R. (11-06-2019).

OTROS OFICIOS:

- **Capellán de la Fundación Jiménez Díaz:** P. Francis Joseph Kumar Narsitty Selvaraj, C.M. (11-06-2019).
- **Capellán del Hospital Santa Cristina:** D. William Javier Suárez Moreno. (11-06-2019).
- **Coordinador de Pastoral Social de la Vicaría VIII:** D. Jesús Miguel Berenguer Zamorano (11-06-2019).

DEFUNCIONES

– El día 8 de junio falleció en Madrid el sacerdote D. JOSÉ LUIS MARÍN PÉREZ, a los 72 años de edad. Fue ordenado sacerdote en Madrid, el 21-05-1977. En la actualidad era párroco de San Vicente Ferrer, de Madrid.

– El día 9 de junio falleció en Madrid el sacerdote D. JOAQUÍN MARÍA PERY REGALADO, a los 80 años de edad. Era natural de Palma de Mallorca. Fue ordenado sacerdote en Madrid, el 29-06-1966. Fue párroco de Santa Tomás Apóstol, de Gascones (1966-1972); profesor y capellán en el Centro de Estudios Santa María del Castillo, de Buitrago de Lozoya (1966-1991); Párroco de la Inmaculada Concepción de Villavieja de Lozoya (1966-2013); Párroco de San Mamés y de Navarredonda (1986-2013) y capellán de la Residencia Miralrio de Montejo de la Sierra (1999-2013).

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

SAGRADAS ÓRDENES

– El día 1 de junio de 2019, el Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Carlos Osoro Sierra, Cardenal-Arzobispo de Madrid, confirió, en la Parroquia de San Francisco Javier y San Luis Gonzaga, de Madrid, el Sagrado Orden del Presbiterado a los **Rvdos.**

P. Carlos Gómez-Vírseda Martínez, S.J y

P. Roberto Quirós Tomás, S.J.

– El día 1 de junio de 2019, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Ángel San Casimiro Fernández, O.A.R., Obispo Emérito de Alajuela (Costa Rica), con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal-Arzobispo de Madrid, confirió, en la Parroquia de Santa Rita, de Madrid, el Sagrado Orden del Presbiterado al **Rvdo. P. Germán Antonio Antón Agramonte, O.A.R.**

– El día 1 de junio de 2019, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. José Cobo Cano, Obispo Auxiliar de Madrid, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal-Arzobispo de Madrid, confirió, en la Parroquia de Nuestra Señora del Rosario de Filipinas, de Madrid, el Sagrado Orden del Presbiterado al **Rvdo. P. Francis Nge Nge, O.P.**

– El día 2 de junio de 2019, el Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Carlos Osoro Sierra, Cardenal-Arzobispo de Madrid, con dimisorias del Ecxcmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Frosinone-Veroli-Ferentino, confirió, en la Iglesia de Nuestra Señora de las Maravillas, de Madrid, el Sagrado Orden del Diaconado con carácter permanente, al **Rvdo. Sr. D. Carlos Busto Cuervas-Mons**, diocesano de Frosinone-Veroli-Ferentino.

– El día 16 de junio de 2019, el Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Carlos Osoro Sierra, Cardenal-Arzobispo de Madrid, confirió, en la Santa Iglesia Catedral de Santa María la Real de la Almudena, de Madrid, el Sagrado Orden del Diaconado a los seminaristas

D. Pablo Carlos Alcolea Arroyo,
D. Carlos Domingo Cabrera Rodríguez,
D. Juan Cobo Abascal,
D. Jesús Manuel Crespo Sesmero,
D. Francisco Javier Fleitas Reyes,
D. Gabriel Gil Vega,
D. Francisco Giménez Tormo,
D. Miguel Luna Aguado,
D. Jean Yves Ndo,
D. Jorge Olábarri Azagra,
D. Rubén Pérez Ayala,
D. Carlos Pérez Criado,
D. Francisco Alejandro Pulido Pulido,
D. Martín Rodajo Morales,
D. Alejandro Zoilo Ruiz-Mateos Albarracín,
D. José Ignacio Sánchez Carazo,
D. Jesús Torres Fernández,
D. José María Valdés Conca, diocesanos de Madrid y
D. Theodore Kabore y
D. Antoine Sawadogo, diocesanos de Kaya (Burkina Faso).

– El día 22 de junio de 2019, el Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Carlos Osoro Sierra, Cardenal-Arzobispo de Madrid, confirió, en la Parroquia de Nuestra Señora de las Américas, de Madrid, el Sagrado Orden del Diaconado al **Rvdo. Sr. D. Mitterrand Soh Fongang, F.M.V.D.**

ASOCIACIONES Y FUNDACIONES CANÓNICAS

ERECCIÓN Y APROBACIÓN DE ESTATUTOS.-

- **Asociación Pública de Fieles "Real Cofradía del Santísimo Sacramento y de la Santísima Trinidad", de Collado Villalba (25-06-2019).**
- **Asociación Pública de Fieles "Real e Ilustre Hermandad de Nuestra Señora de la Cinta, Patrona de Huelva, en Madrid" (25-06-2019).**

APROBACIÓN DE NUEVOS ESTATUTOS.-

- **Asociación Pública de Fieles "Cofradía de la Santísima Virgen de Gracia, Patrona de Archidona, en Madrid" (25-06-2019).**

APROBACIÓN DE REFORMA DE ESTATUTOS.-

- **Asociación Pública de Fieles "Secretariado Diocesano de Cursos de Cristiandad" (05-06-2019).**

NOMBRAMIENTO DE PRESIDENTE.-

- **Asociación Pública de Fieles "Hermandad de Romeros de la Virgen de Gracia", de San Lorenzo de El Escorial:** D. Ángel Benito Rodríguez Martín (25-06-2019).
- **Asociación Pública de Fieles "Hermandad de Jesús Nazareno", de Colmenar Viejo:** Dña. Isabel Hernán Martínez (25-06-2019).
- **Asociación Pública de Fieles "Real e Ilustre Hermandad de Nuestra Señora de la Cinta, Patrona de Huelva":** D. León Azcárate Fajarnés (25-06-2019).
- **Asociación Pública de Fieles "Cofradía del Santísimo Sacramento y San Lesmes Abad", de Alcobendas:** Dña. María Felipa Muñoz Sansegundo (25-06-2019).
- **Asociación Pública de Fieles "Hermandad del Santo Sepulcro", de San Lorenzo de El Escorial:** D. Luis López Fuertes (25-06-2019).
- **Asociación Pública de Fieles "Real Cofradía del Santísimo Sacramento y de la Santísima Trinidad", de Collado Villalba:** D. Ángel López Sánchez (25-06-2019).
- **Asociación Pública de Fieles "Hermandad y Cofradía del Santísimo Cristo del Sepulcro", de Colmenar Viejo:** D. Ángel García Gallego (25-06-2019).
- **Asociación Pública de Fieles "Real Congregación de la Santísima Virgen de la Paloma":** Dña. María Enciso García (25-06-2019).
- **Asociación Pública de Fieles "Hermandad del Santísimo Cristo de los Remedios y Virgen de la Soledad", de Majadahonda:** Dña. María Luisa Carmona Gala (25-06-2019).
- **Asociación Pública de Fieles "Hermandad de San Sebastián", de Los Molinos:** D. Sergio de Priego Herrero (25-06-2019).
- **Asociación Pública de Fieles "Hermandad de Nuestra Señora del Rocío la Estrella de Madrid":** D. Enrique Javier Úbeda Moreno (25-06-2019).
- **Asociación Pública de Fieles "Asociación Rociera Nuestra Señora de la Visitación de Las Rozas", de Las Rozas de Madrid:** D. Manuel Antonio Mata Mata (25-06-2019).

- **Asociación Pública de Fieles "Hermandad de Señoras de la Virgen de Gracia", de San Lorenzo de El Escorial:** Dña. María Dolores Gómez Martín (25-06-2019).

- **Asociación Pública de Fieles "Cofradía de la Santísima Virgen de Gracia, Patrona de Archidona, en Madrid":** D. Miguel Toro Medina (25-06-2019).

ACTIVIDADES CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

JUNIO 2019

Día 1, sábado.

- Preside la Eucaristía en el I Encuentro Diocesano de Congregaciones, Hermandades y Cofradías, en el Año Jubilar Mariano, en la Plaza de la Almudena.
- Por la tarde ordena presbíteros a dos diáconos jesuitas en la parroquia San Francisco Javier y San Luis Gonzaga, en La Ventilla.

Día 2, domingo.

- Preside en la Catedral la Eucaristía en la solemnidad de la Ascensión del Señor y del Día del Misionero Diocesano, con envío de los misioneros madrileños.
- Ordena un diácono permanente de la Fraternidad Misionera de Sant'Egidio en la iglesia Nuestra Señora de las Maravillas.
- Por la tarde inicia el Encuentro con los sacerdotes del Ordinariato en la Casa de Espiritualidad de los Cooperadores Parroquiales de Cristo Rey.

Día 3, lunes.

- Continúa el Encuentro con los sacerdotes del Ordinariato.

Día 4, martes.

- Finaliza el Encuentro con los sacerdotes del Ordinariato.
- Se reúne con el Consejo Episcopal en el Palacio Arzobispal.
- Por la tarde tiene varias entrevistas personales de trabajo con Vicarios Episcopales.
- Al final de la tarde preside la Eucaristía en la parroquia San Pedro el Real y Virgen de la Paloma con el estreno de la última composición "Música y Liturgia", de María Pepa de Chamberí.

Día 5, miércoles.

- Se reúne con el Comité Ejecutivo de la CEE.
- Por la tarde presenta en el Colegio Mayor San Pablo CEU el libro de Andrea Ricardi "El siglo de los mártires. Los cristianos en el siglo XX".

Día 6, jueves.

- Preside la Eucaristía en la Catedral con motivo de la peregrinación de los colegios diocesanos en el marco del Año Jubilar Mariano.
- Tiene varias entrevistas personales de trabajo con Vicarios Episcopales.
- A continuación tiene, en el auditorio del Banco Sabadell, Conversaciones con el autor del libro "Ya no te llamarán "Abandonada"", Luis Alfonso Zamorano.
- Asiste a una cena con la UCIP-E (Unión Católica de Informadores y Periodistas de España).

Día 7, viernes.

- Preside la Eucaristía e imparte el sacramento de la Confirmación en el colegio Mater Salvatoris.
- Asiste en la catedral de la Almudena a un concierto de Plácido Domingo en el marco del Año Jubilar Mariano.
- Al finalizar la tarde preside la vigilia de oración "Adoremus" con los jóvenes, en la catedral de Santa María la Real de la Almudena.

Día 8, sábado.

- Imparte una ponencia sobre "Las comunidades migrantes de ritos orientales en España", en el marco de las Jornadas de Delegados y Agentes de Pastoral de Migraciones 2019, en El Escorial.
- Celebra el sacramento de la Confirmación en la parroquia de San Lucas Evangelista de Villanueva del Pardillo.

Día 9, domingo.

- Celebra la Eucaristía con motivo del Día del Apostolado Seglar, retransmitida por TV2, en la parroquia Nuestra Señora de las Delicias.
- Preside la Eucaristía en la solemnidad de Pentecostés en la catedral de la Almudena.
- Celebra la Eucaristía en el colegio Maravillas La Salle en el marco del encuentro distrital del Tricentenario del fallecimiento de San Juan Bautista de La Salle.
- Por la tarde firma su libro "La familia, Iglesia doméstica", en la caseta de PPC en la Feria del Libro.

Día 10, lunes.

- Mantiene entrevistas con los futuros diáconos y posterior comida fraterna, en el Palacio Arzobispal.

Día 11, martes.

- Se reúne con el Consejo Episcopal en el Palacio Arzobispal.
- Presenta el libro de Eva Fernández "El Papa de la ternura", junto con Andrés Tornielli, director editorial del Dicasterio de la Comunicación del Vaticano; Óscar Camps, presidente de Proactiva Open Arms. Modera Paloma García Ovejero, en el auditorio del Banco Sabadell.

Día 12, miércoles.

- Se reúne con el Consejo Presbiteral en el Seminario Conciliar de Madrid.
- Visita San Agustín del Guadalix. Bendice la Casa de la Misericordia, celebra la Eucaristía con Confirmaciones de adultos, y recibe la medalla de Hermano Mayor de la hermandad de la Virgen de Navalazarza.

Día 13, jueves.

- Preside la Eucaristía en la solemnidad de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote, en el monasterio de las Oblatas de Cristo Sacerdote.
- Celebra la Eucaristía en San Antonio de la Florida en la fiesta de su titular.

Día 14, viernes.

- Al comienzo de la mañana recibe al Excmo. Sr. Embajador, D. José María Der-li Liu; el Sr. Arzobispo de Kaohsiung, Mons. Pedro Liu, acompañado de fieles católicos de Taipei.
- Participa en el XI Congreso Teológico-Pastoral de la diócesis de Coria-Cáceres e imparte la ponencia "Sal por los caminos a evangelizar".

Día 15, sábado.

- Preside en la catedral de la Almudena la Misa de clausura del Año Jubilar Mariano.

Día 16, domingo.

- Preside la Eucaristía de Acción de Gracias en la catedral de la Almudena, con motivo de las bodas de oro y plata de los matrimonios de la Diócesis.
- Por la tarde preside en la Catedral la Eucaristía de ordenación de diáconos.

Día 17, lunes.

- Mantiene en el Seminario Conciliar sendas reuniones de valoración de fin de curso y presentación del Plan Pastoral Diocesano Misionero con los arciprestes por la mañana, y con los delegados diocesanos por la tarde. Asisten los miembros del Consejo Episcopal.

Día 18, martes.

- Se reúne con el Consejo Episcopal en el Palacio Arzobispal.
- Tiene varias entrevistas en el Arzobispado.
- Presenta con Juan Vicente Boo y Ricardo Benjumea el libro "33 claves del Papa Francisco", del corresponsal de ABC en el Vaticano.

Día 19, miércoles.

- Recibe varias visitas en el Palacio Arzobispal.
- Visita el centro de la Asociación Puente de Esperanza que atiende a personas de origen extranjero en situación de precariedad.

Día 20, jueves.

- En el encuentro de Vida Ascendente de la Archidiócesis de Madrid concelebra la Eucaristía con los señores Obispos de Madrid, Alcalá de Henares y Getafe, junto con los consiliarios de dicho movimiento, en el Real monasterio de San Lorenzo de El Escorial.
- Por la tarde se reúne con el Consejo Económico en el Palacio Arzobispal.
- Preside la Eucaristía en la parroquia de Santa María de la Esperanza, de Alcobendas, con motivo de su 25 aniversario.

Día 21, viernes.

- Recibe a los responsables del movimiento Effetá.
- Se reúne con el Colegio de Consultores en el Arzobispado.
- Por la tarde recibe al Excmo. Sr. Embajador de Ucrania, D. Anatoliy Scherba; a la Directora General de las Cruzadas de Santa María, Dña. Lydia Jiménez; a D. Jesús de las Heras, autor del libro "Nuestro Monasterios de distintas órdenes religiosas" y a D. Vicente Pelechano, Director de la Orquesta Sinfónica de la Universidad Menéndez Pelayo.
- Encuentro con los PP. Agustinos en la parroquia San Manuel y San Benito, en la que le conceden la afiliación a la Orden de San Agustín.

Día 22, sábado.

- Participa en la catedral de la Almudena en la ceremonia de beatificación de 14 mártires Concepcionistas Franciscanas, emitida por TRECE TV.
- Asiste en la casa Cristo de El Pardo, de los PP. Capuchinos, a la reunión de fin de curso de la Comisión Diocesana de Ecología Integral.
- Preside la Eucaristía en la parroquia de Nuestra Señora de las Américas y ordena un diácono misionero del Verbum Dei.

Día 23, domingo.

- Preside la Eucaristía en la solemnidad del Corpus Christi en la catedral Santa María la Real de la Almudena.
- Preside la procesión del Corpus con el Santísimo por las calles del centro de Madrid.

Día 24, lunes.

- Celebra en la catedral de la Almudena una Misa en la festividad de San Juan Bautista, patrono de la Policía Municipal, que participan en la ceremonia.
- En la sede de las Misioneras de la Unidad, participa en una cena donde están presentes los obispos auxiliares, el director académico del Centro Ecuménico y otras autoridades relacionadas con el Centro.

Día 25, martes.

- Se reúne con la Comisión Permanente de la CEE.
- Se reúne con el Patronato de la Fundación San Agustín en el Palacio Arzobispal.
- Al finalizar la tarde preside en San Francisco de Borja una Misa en el aniversario del fallecimiento del P. Garralda, SJ.

Día 26, miércoles.

- Se reúne con la Comisión Permanente de la CEE.
- Recibe el Obispo de Menongue (Angola), Mons. Kuando Kubang.

Día 28, viernes.

- Preside la reunión del Patronato de la Fundación Madrid Vivo, en el Palacio Arzobispal.
- Celebra en San Francisco de Borja una Misa de acción de gracias con motivo de la terminación de las obras realizadas en el templo.

Día 29, sábado.

- Participa en la Nunciatura en la despedida del nuncio apostólico, Mons. Renzo Fratini, en la celebración del Día del Papa.

Día 30, domingo.

- Preside la Solemne Eucaristía de Renovación de la Consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús, en la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús, Cerro de los Ángeles (Getafe).
- Al finalizar la tarde en la Catedral celebra una Misa con la hermandad de Jesús el Pobre y les hace entrega del título de hermanamiento con la Virgen de la Almudena.

Diócesis de Alcalá de Henares

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

INCARDINACIONES

- **Rvdo. Sr. D. Juan Miguel CORRAL CANO**, Incardinado en la Diócesis de Alcalá de Henares el 1 de junio de 2019.

SAGRADAS ÓRDENES

– El día 11 de mayo de 2019 el Excmo. y Rvdmo. D. Juan Antonio Reig Pla confirió, en la Catedral Magistral de Alcalá de Henares, las Sagradas Ordenes del:

Diaconado

- **Rvdo. D. Pablo FRA AMORES.**

Presbiterado

- **Rvdo. D. Óscar DÍEZ GURUMETA.**
- **Rvdo. D. Álvaro José MARTÍNEZ PELLÓN.**

DEFUNCIONES

— El día 22 de junio falleció en Valladolid, D. MIGUEL ÁNGEL PARDO CONDE, padre del Rvdo. D. Miguel Ángel PARDO ÁLVAREZ, Administrador parroquial de la Parroquia de la Santa Cruz de Coslada. *Descanse en Paz.*

ACTIVIDADES SR. OBISPO. JUNIO 2019

1 Sábado

San Justino, mártir

* A las 10:00 h. en Fuente El Saz Encuentro de voluntarios de Cáritas.

* A las 18:00 h. Traslado de las Santas Formas y Santa Misa en la Catedral-Magistral.

2 Domingo

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

"Jornada Mundial y colecta de las Comunicaciones Sociales" (pontificia).

* A las 18:00 h. Vísperas y procesión de las Santas Formas hasta la parroquia de Santa María.

3 Lunes

San Carlos Luanga y compañeros mártires

4 Martes

* Reunión en el Palacio Arzobispal con Arciprestes y Delegados.

* A las 20:00 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano "La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor" y con el Seminario Mayor Diocesano Internacional y Misionero "Redemptoris Mater y de los Santos Justo y Pastor", en la sede del primero.

5 Miércoles

San Bonifacio, obispo y mártir

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

* A las 20:00 h. en el Salón de Actos del Palacio Arzobispal conferencia de S.E. Mons. Luis Javier Argüello García, Obispo Auxiliar de Valladolid y Secretario General de la Conferencia Episcopal Española: "La guerra cultural contra la vida y la solidaridad".

6 Jueves

San Norberto, obispo

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 16:30 h. en el Convento de "las Diegas" de Alcalá de Henares Santa Misa exequial por el alma de la Hna. Carmen.

* A las 20:00 h. en el Salón de Grados de la Universidad CEU-San Pablo (Madrid) entrega de los premios Cari Filii con charla bajo el título: "María, Puerta del Cielo".

7 Viernes

* A las 12:30 h. visita en el Palacio Arzobispal.

* A las 21:00 h. Vigilia de Oración con Jóvenes en la Iglesia del Monasterio de San Bernardo de Alcalá de Henares.

8 Sábado

* Por la mañana Peregrinación Diocesana al Cerro de los Ángeles (Getafe)
- Encuentro de Familias y Movimientos. A las 12:30 h. Santa Misa en la Basílica y Consagración de la Diócesis Complutense al Sagrado Corazón de Jesús.

* A las 21:00 h. Santa Misa Vigilia de Pentecostés en la Catedral-Magistral.

9 Domingo

PENTECOSTÉS

"Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar" (dependiente de la C.E.E., optativo).

* A las 12:00 h. confirmaciones en la parroquia de los Santos Juan y Pablo de San Fernando de Henares.

* A las 19:30 h. en la parroquia de San Marcos de Alcalá de Henares Santa Misa por el 25 aniversario de la parroquia.

11 Martes

San Bernabé, apóstol

* A las 10:30 h. visitas de seglares en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano "La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor" y con el Seminario Mayor Diocesano Internacional y Misionero "Redemptoris Mater y de los Santos Justo y Pastor", en la sede del primero.

12 Miércoles

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

* A las 19:30 h. visita en el Palacio Arzobispal.

13 Jueves

JESUCRISTO SUMO Y ETERNO SACERDOTE

* A las 11:00 h. Fiesta Sacerdotal en el Monasterio de San Bernardo de Alcalá de Henares.

* A las 20:00 h. en la Parroquia de Santiago Apóstol de Alcalá de Henares charla a los Cursillistas.

14 Viernes

San Félix de Alcalá

* A las 12:00 h. en la Catedral-Magistral de Alcalá de Henares Santa Misa exequial corpore insepulto por el alma de don Juan Manuel Martín Díez, colaborador del Centro de Orientación Familiar Regina Familia.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa de san Félix de Alcalá.

15 Sábado

Santa María Micaela del Santísimo Sacramento Desmaisières, virgen. San Amós, profeta

* Todo el día en el Monasterio de San Bernardo de Alcalá de Henares Jornada de Acción de gracias por el fundador de las Cruzadas Evangélicas, Venerable Doroteo Hernández.

* A las 12:30 h. en "las Claras" de Alcalá de Henares Santa Misa con ocasión de la Jornada Diocesana de Monaguillos.

* A las 19:30 h. Santa Misa en la Catedral-Magistral con las Cruzadas Evangélicas.

16 Domingo

LA SANTÍSIMA TRINIDAD

"Día pro Orántibus" (dependiente de la C.E.E., obligatoria)

* A las 13:00 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa con Rito de Entrada en el Catecumenado.

* A las 17:00 h. en Alpedrete (Madrid) Santa Misa funeral por el alma del hermano del párroco de Algete Rvdo. D. Juan José González García.

18 Martes

* A las 10:30 h. visitas de seglares en el Palacio Arzobispal.

* A las 18:00 h. visita en el Palacio Arzobispal.

19 Miércoles

San Romualdo, abad

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

* A las 18:00 h. en el Cementerio Parque de la Paz de Valencia Santa Misa exequial por el alma de Don José Lladró Dolz.

20 Jueves

Santa Florentina de Cartagena, virgen y abadesa

* A las 12:00 h. en el Monasterio de El Escorial Jornada de Vida Ascendente de la Provincia Eclesiástica de Madrid - Concelebra la Santa Misa.

* A las 19:30 h. visitas en el Palacio Arzobispal.

21 Viernes

San Luis Gonzaga, religioso

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:30 h. Eucaristía de fin de curso con el Camino Neocatecumenal en la parroquia de Ntra. Sra. de la Soledad de Torrejón de Ardoz.

22 Sábado

San Paulino de Nola, obispo, San Juan Fisher, obispo y Santo Tomás Moro, mártires.

* A las 13:00 h. en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal Santa Misa de clausura del curso de la Extensión Complutense del Pontificio Instituto Teológico Juan Pablo II para Ciencias del Matrimonio y de la Familia, y a continuación ágape fraterno en la Galería de Concilios.

23 Domingo

EL SANTÍSIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

"Día (y colecta) de Caridad": (dependiente de la C.E.E., obligatorio).

* A las 12:00 h. Celebración de la Santa Misa del Corpus Christi en la Catedral-Magistral.

* A las 18:00 h. en la Catedral-Magistral Vísperas y a continuación procesión del Corpus Christi.

24 Lunes

LA NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA

Onomástica del Sr. Obispo

* A las 12:00 h. en Simancas (Valladolid) funeral por el alma del padre del Rvdo. D. Miguel Ángel Pardo Álvarez.

* A las 21:00 h. en la parroquia de Ntra. Sra. de la Soledad de Torrejón de Ardoz Rito de Entrega de salterios a la tercera Comunidad Neocatecumenal.

25 Martes

* A las 10:30 h. visitas de seglares en el Palacio Arzobispal.

* A las 18:00 h. en el Salón de Actos del Palacio Arzobispal encuentro y después en el Monasterio de San Bernardo Santa Misa de fin de curso con los profesores de religión.

26 Miércoles

San Pelayo, mártir y San Josemaría Escrivá de Balaguer, presbítero

27 Jueves

San Cirilo de Alejandría, obispo y doctor

Ntra. Sra. del Perpetuo Socorro

* En Roma Consejo Internacional del Pontificio Instituto Teológico Juan Pablo II para Ciencias del Matrimonio y de la Familia.

28 Viernes

EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

* En Roma Consejo Internacional del Pontificio Instituto Teológico Juan Pablo II para Ciencias del Matrimonio y de la Familia.

29 Sábado

SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles

"Colecta del Óbolo de San Pedro" (pontificia). Celebración de la liturgia del día; monición justificativa de la colecta y colecta.

* A las 12:00 h. Eucaristía en las Agustinas de Alcalá de Henares con la Asamblea de la Asociación Sagrados Corazones.

* A las 19:30 h. Santa Misa en Ntra. Sra. de los Remedios de Estremera de Tajo con ocasión de los 25 años de la Hermandad del Santísimo Sacramento.

30 Domingo

XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

* A las 10:00 h. en el Cerro de los Ángeles (Getafe) concelebra la Santa Misa del primer centenario de la Consagración de España al Sagrado Corazón.

SR. OBISPO

HOMILÍA DE D. GINÉS GARCÍA BELTRÁN,
EN LA CEREMONIA DE ORDENACIÓN
DE PRESBITEROS, EL 28 DE JUNIO DE 2019,
SOLEMNIDAD DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS,
EN LA BASÍLICA DEL CERRO DE LOS ÁNGELES

"Os daré pastores según mi corazón" (Jer 3,15). Estas palabras de la profecía de Jeremías se ven cumplidas hoy entre nosotros. "Dios promete a su pueblo no dejarlo nunca privado de pastores que lo congreguen y lo guíen" (PDV, 1).

En la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, y en el marco del Centenario de la Consagración de España, el Señor nos regala cinco nuevos sacerdotes para su gloria y para el servicio del pueblo santo de Dios. Es un momento de gracia muy especial para nuestra Diócesis y para toda la Iglesia.

Queridos hermanos en el episcopado.

Querido hermanos sacerdotes; Sres. Vicarios.

Querido Sr. Rector del Seminario y equipo de formadores.

Queridos Juan Luis, Rubén, Miguel Ángel, Álvaro y Pablo que hoy recibís el orden sagrado del presbiterado.

Queridos diáconos y seminaristas.

Queridos consagrados y consagradas.

Queridos padres, familiares y amigos de los ordenandos.

Hermanos y hermanas en el Señor.

1. Hoy, queridos hijos, Dios cumple en vosotros su promesa de ser el amigo que camina con su pueblo, que lo conduce y lo lleva a la salvación. En su infinita bondad ha querido llamar a hombres de entre el pueblo para que lo hagan presente, configurándolos con Cristo, el Buen Pastor.

Para descubrir esta presencia de Dios en vuestra vida y en la vida del pueblo, os invito a mirar a vuestra propia historia para descubrir y agradecer lo que el Señor ha hecho con vosotros.

Antes de que existierais, el Creador ya había puesto su mirada sobre vosotros, os había soñado, os había amado. Desde el vientre materno os eligió. Sólo faltaba un detalle para que se realizara la obra de Dios: vuestra libertad. Os llamó por caminos diversos, en el campo de vuestra historia particular, os cuidó llevándoos sobre la palma de sus manos, acompañó el tiempo de vuestra maduración, tuvo paciencia y esperó con la espera que sólo comprende el amor. Vosotros, y no sin dificultades, escuchasteis la llamada y un día le dijisteis que sí. Después de un largo camino habéis llegado hasta aquí. Hoy no termina nada, hoy comienza una hermosa historia de salvación en vosotros y para los demás. Vuestra vocación no es casualidad, es proyecto de amor, es cumplimiento de la promesa, es instrumento de salvación. Podemos entender así las iluminadoras palabras del papa Francisco: "Cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio" (GE, 19).

A esto mira vuestra vocación y ministerio, a ser santos. La vocación a la santidad, que es de todos los cristianos, en nosotros, sacerdotes, tiene una exigencia especial de ejemplaridad y de servicio. Hoy, os quiero decir, queridos hijos: "No tengas miedo de apuntar más alto, de dejarte amar y liberar por Dios. No tengas miedo de dejarte guiar por el Espíritu Santo. La santidad no te hace menos humano, porque es el encuentro de tu debilidad con la fuerza de la gracia. En el

fondo, como decía León Bloy, en la vida "existe una sola tristeza, la de no ser santos"" (GE, 34).

2. La imagen del Buen Pastor que nos ha presentado la Palabra de Dios nos indica cuál es el modelo del sacerdocio cristiano, al tiempo que nos recuerda que no tenemos un sacerdocio propio, sino que participamos del único sacerdocio de Cristo. No es un sacerdocio a nuestra medida, sino según su modelo.

La configuración con Cristo sacerdote no es el premio, ni el derecho de los que han pasado por la prueba de unos años de formación, humana, espiritual, intelectual o pastoral; es sencillamente un don, una gracia. Por la imposición de manos del Obispo y la oración consecratoria sois configurados con Cristo Sacerdote, Cabeza y Pastor de la comunidad. La respuesta a esta gracia consiste en amar con todas vuestras fuerzas y toda vuestra vida al Señor. La verdadera respuesta al don del sacerdocio viene de la fidelidad que sólo es posible viviendo en Él.

Es muy sugerente la imagen evangélica del Discípulo amado recostado en el pecho del Señor que ilustra el misterio y la espiritualidad del Corazón de Jesús tan presente en este lugar. Como Juan, también nosotros hemos de recostarnos en el pecho del Señor, como discípulos, para escuchar su Palabra, una palabra que no sólo sale de los labios, sino que brota de su Corazón. La Palabra de Dios encuentra en el Corazón de Cristo su significado más profundo, la prueba de su amor. El Corazón de Cristo es el lugar de donde recibimos la Palabra que es vida para los hombres. En este misterio del Corazón entendemos e interiorizamos la voluntad de Dios sobre nosotros y sobre el mundo.

El pecho del Señor es también el lugar de la intimidad con Él. Necesitamos intimidad para tener profundidad; necesitamos intimidad para transmitir verdad y vida. Sólo se es apóstol cuando hay una vida de intimidad con el Señor.

El pecho del Maestro, tabernáculo de su Corazón, es el lugar de donde brota la Iglesia y su acción evangelizadora y misionera. Nuestra fuerza es su amor. Sin Él no podemos nada, porque no somos nada. Sois, somos, instrumentos y servidores.

Dejadme que a la luz de esta espiritualidad que nace del Corazón de Cristo os recuerde la esencialidad de la Eucaristía en la vida del sacerdote. Que la Eucaris-

tía diaria sea vuestro gozo y vuestra fuerza; no dejéis de conmoveros nunca al repetir las palabras del Señor: "Esto es mi Cuerpo que se entrega por vosotros...", y hacedlas vida.

No olvidéis que sois pecadores, y sabiéndolo el Señor os ha elegido. Vivid la experiencia de recibir el perdón de Dios en el sacramento para ser buenos ministros. Nuestra conciencia de pecado y nuestro arrepentimiento nos hacen comprender mejor a los que se acercan a pedir el perdón de Dios, nos hace ministros compasivos al experimentar en nosotros el dolor del pecado y la gracia del perdón.

No olvidéis la oración personal, el rezo de la Liturgia de las Horas, la devoción a la Virgen Santísima, especialmente en el Rosario.

3. Pero sigamos mirando el ejemplo del Buen Pastor, el que deja a las noventa y nueve para buscar a la que está perdida. El pastor no mira el número, su criterio no son las estadísticas. El buen pastor mira a cada una porque a cada una ama y lleva en su corazón. Ninguna es igual, a todas conoce, y su trato es el de persona a persona: mira, se fija, escucha, comprende, acoge, corrige. Cada una es su oveja.

Queridos hermanos, en cuidar a las que están en el redil y buscar a las que están fuera consiste nuestro ministerio. Cuidad con amor de padre y hermano a los que están en nuestras comunidades, dadles el alimento de la predicación, de la celebración de los sacramentos, de la fraternidad, de la caridad. Y no os olvidéis de los que están fuera, también son nuestros, y a ellos hemos sido enviados. Atraedlos con el lazo del amor, de la delicadeza, de la comprensión; anunciadles sin miedo la verdad y decidles que nuestro Dios es amor, que todos los sepan. Nunca cerréis las puertas porque Dios tiene un plan de salvación para cada uno. No seamos nunca los sacerdotes obstáculos para que todos encuentren a Dios; por el contrario, seamos puente. Hagamos del diálogo y de la acogida a todos nuestro estilo pastoral. Así lo escuchábamos en la profecía de Ezequiel: los buscaré, los cuidaré, los reuniré, los recogeré, los vendaré, los fortaleceré.

No somos dueños del rebaño, somos sus servidores. Desterremos de nuestro lenguaje y de nuestra vida las palabras y las acciones que muestran más al señor que al siervo. Los laicos no son importantes en la Iglesia por la falta de sacerdotes sino

porque tienen una vocación y una misión que debo respetar, custodiar y animar. Cuidemos también, caminando a su lado, las distintas vocaciones de especial consagración en la Iglesia. Los religiosos y demás consagrados son nuestros como nosotros somos suyos. ¿Qué sería un sacerdote sin su pueblo?

En el corazón del pastor, como en el del padre o la madre, siempre tienen un lugar especial los pobres. El amor no se encierra solo en la justicia de los hombres, sino que es misericordioso. Da según la necesidad de cada uno. Vuestro amor y cercanía a los más necesitados será la mejor lección para toda la comunidad, y si os ven a vosotros, también ellos lo harán.

Lo sabéis bien: hay muchos corazones heridos. La pobreza hoy tiene muchos y variados rostros. Hemos de buscarlos como buscamos a Dios, porque ellos son el rostro de Dios, la carne de Cristo. Sed acogedores con los que vienen de fuera, no juzguéis, son los pecadores los que necesitan la salvación. En una cultura virtual, también podemos convertir a los pobres en virtuales por la lejanía, la burocracia o cierta demagogia política. A los pobres no se les mira desde la pantalla o sentados en el sofá, a los pobres hay que tocarlos, hay que mirarlos a los ojos. La mayor falta de caridad está en el desprecio. El sacerdote, vosotros, tenéis que ser verdaderos "padres de los pobres".

4. Dice el Evangelio que, cuando el pastor encontró a la oveja que se había perdido, "se la cargó sobre los hombros, muy contento". Preciosa expresión de nuestro ministerio.

Llevar a nuestro pueblo sobre los hombros es llevarlo en el corazón, hacerlo nuestro. El asalariado cumple un deber y un horario, el pastor no. El pueblo no es una carga, es nuestro. El pastor lo carga contento, y comparte la alegría con los demás: "¡Alegraos conmigo!".

Estar con el pueblo es, y debe ser, el gozo del sacerdote. Que cuando la gente venga a nosotros nos encuentre. No cerréis las puertas de vuestra vida ni de vuestras iglesias para que la gente pueda venir a su hogar, que siempre encuentre la presencia, la luz y el consuelo de nuestra escucha y de nuestra palabra. Nuestro tiempo es para ellos, nuestra dedicación también, y por supuesto, nuestra vida. Las ausencias reiteradas del pastor dispersan y confunden a la comunidad, su presencia crea unidad y confianza.

En nuestra carta pastoral con motivo de la Consagración de España al Corazón de Jesús que realizaremos el próximo domingo, D. José y un servidor, os recordábamos: "El momento presente exige, quizás más que nunca, evangelizar desde el Corazón. Jesús es el Maestro que modela el corazón de los discípulos y nos invita a aprender de su Corazón manso y humilde" (cf. Mt 11, 29). Necesitamos aprender del Corazón de Cristo la "lógica del corazón".

Queridos hijos que ahora vais al recibir el don del sacerdocio ministerial, poned corazón en vuestra misión, el Corazón del Redentor, que es el signo más claro de su amor.

5. De un Año jubilar destinado a renovar aquella consagración de 1919 esperamos el fruto visible de una renovación de la vida cristiana en nuestra Diócesis y, desde ella, en toda España. Para que se produzca ese fruto, será suficiente la fiel entrega de unos pocos que pongan su confianza en el Corazón de Cristo para llevar a todos la grandeza infinita de su amor.

Esos frutos ya han empezado a surgir: al inicio del Año Jubilar la Diócesis de Getafe y más de mil fieles, a nivel personal y en familia, nos consagramos al Inmaculado Corazón de María. La fuerza transformadora de este acto, oculto a los ojos del mundo, pero manifiesto a los ojos de Dios, es de una fecundidad inmensa, que no tardará en manifestarse en florecimiento de vocaciones a los diferentes estados de vida eclesial, aumento de audacia y ardor en la tarea apostólica, mayor compromiso de caridad en la transformación de nuestro mundo, con especial cuidado de los preferidos del Señor.

Importa recordar que en las entrañas purísimas de María Santísima el Corazón sagrado de Cristo ha comenzado a latir. Acudimos al regazo de la Madre para recibir la pasión del amor del Hijo. Apoyados en la palabra de Cristo, somos llamados a hacer de la propia vida, de las entradas y salidas, una casa digna para recibir a María. Necesitamos escuchar a la Madre hablar del Hijo: "fijarnos en sus manos para acogerlo, en su regazo para consolarlo, en su silencio para contemplarlo, en su obediencia para amarlo, en sus lágrimas para confortarlo". (Carta Pastoral, "Mirar al que traspasaron", 2019).

† Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe

PALABRAS DE D. GINÉS GARCÍA BELTRÁN
EN LA SOLEMNE MISA DEL CENTENARIO
DE LA CONSAGRACIÓN DE ESPAÑA
AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS,
EL 30 DE JUNIO DE 2019,
EN EL CERRO DE LOS ÁNGELES

Al comienzo de esta celebración eucarística en la que renovaremos la Consagración de España al Corazón de Jesús como se hiciera hace cien años en este mismo lugar, quiero saludar y dar la bienvenida a todos los que participáis de una u otra manera en este acontecimiento, sin duda, importante para la Iglesia que camina en España.

Saludo a los Sres. Cardenales, Arzobispos y Obispos, y en especial agradezco a nuestro Arzobispo Metropolitano, el Cardenal D. Carlos Osoro, la presidencia de esta celebración.

A los sacerdotes y diáconos, a los consagrados, seminaristas, y voluntarios mi saludo en el Señor.

Y a vosotros, hermanos y hermanas en el Señor que llenáis este Cerro de los Ángeles, tanto en la explanada como en el pinar.

Con respeto y afecto saludo también a las autoridades civiles, militares, judiciales y académicas que hoy nos acompañan. Que Dios os lo pague.

Y a vosotros, fieles que seguís esta celebración, y os uniréis después al acto de consagración, a través de los medios de comunicación social, en la 2 de TVE, Radio María, y las distintas redes sociales. Un saludo especial para los ancianos y enfermos.

Desde que se abrió la Puerta Santa de esta Basílica el pasado mes de diciembre, un verdadero río de gracia se ha derramado, y se está derramando, en este lugar. Son miles los peregrinos que llegan de toda la geografía española buscando el encuentro con el Señor en el misterio de su Corazón, participando en la celebración de la Eucaristía y del perdón, y poniéndose bajo la protección maternal de la Virgen, nuestra Madre de los Ángeles.

La imagen del Corazón de Jesús que preside este Cerro, centro de España, abre los brazos para acoger a todos. Es el abrazo del amor de Dios a la humanidad, creada con bondad y belleza a imagen del Creador, pero herida por el mal y el pecado que necesita siempre de la misericordia divina.

Ahora conmemoramos un hecho histórico que recordamos con agradecimiento. España en un momento socialmente difícil se consagró al Sagrado Corazón de Jesús, cosechando muchos ejemplos y frutos de santidad, como san José M^a Rubio o santa Maravillas de Jesús. La historia de estos cien años no ha sido fácil, muchas cosas han cambiado, o las hemos destruido, pero permanece el amor de Dios al que representa el misterio del Corazón de Cristo. El amor de Dios es una invitación constante a cambiar nuestro corazón a imagen del suyo y a cambiar el mundo construyendo la gran civilización del amor. Entonces, podemos preguntarnos, ¿por qué no renovar esta Consagración para seguir dando los frutos de santidad que necesita la Iglesia y el mundo de hoy?

En este Centenario no nos mueve más que el amor de Dios que hemos de anunciar con renovadas fuerzas a nuestros contemporáneos. Quiere ser un acontecimiento evangelizador y misionero, por ello, nos volvemos a Cristo para aprender

de Él la "lógica del Corazón", porque el momento presente exige, quizás más que nunca, evangelizar desde el Corazón. Deseamos que este Año Jubilar marque un hito en la conversión misionera a la que nos llama la Iglesia por boca del Papa Francisco. El lema que hemos elegido para este Año Jubilar, "Sus heridas nos han curado", es una llamada a curar también nosotros tantas heridas que hay en el corazón del hombre y en las entrañas del mundo. Poner amor donde hay odio y división, poner paz donde hay guerra e incompreensión, poner justicia en las desigualdades y en la corrupción, poner libertad en medio de tantas esclavitudes, poner alegría cuando el corazón se ha instalado en la tristeza por la falta de esperanza, es poner la gracia donde el pecado y la ausencia de Dios han llevado al hombre al infierno.

La celebración de este Año Jubilar quiere ser también la invitación a seguir transmitiendo a los niños y a los jóvenes el amor y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Enseñar a nuestros hijos que hay alguien que los ama más allá de sus debilidades y fracasos, de sus pecados, es darles la llave de la dicha.

Gracias de corazón a todos los que estáis haciendo posible la celebración de este Año santo y esta consagración de España al Corazón de Cristo.

Como tantos hemos aprendido desde niños, en nuestras propias casas, como han repetido generaciones de creyentes, de santos, nuestro acto de confianza hoy es volver a decir desde lo más profundo de nuestro ser: "Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío".

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DEFUNCIONES

- **D. Mieczyslaw Sobczyk**, padre del sacerdote diocesano D. Andrej Sobczyk, Vicario parroquial en Nuestra Señora de Fátima, en Getafe. Falleció el 18 de junio, a los 80 años de edad, en Tarnow (Polonia). Deja viuda y tres hijos.
- **Rvdo. D. Luis Gonzaga García Ruiz**, falleció en Madrid, el 19 de junio de 2019, a los 80 años de edad. Fue Vicario parroquial en la Parroquia Santo Domingo de la Calzada, en Alcorcón.
- **D. Luis Chaparro Cortés**, padre del sacerdote diocesano D. Pedro Chaparro, Párroco en Nuestra Señora de la Asunción (Chinchón). Falleció en Madrid, a los 89 años de edad, el 23 de junio de 2019, solemnidad del Corpus Christi. Era padre de tres hijos.
- **D. Cándido Avendaño Serrano**, padre del Vicario General y Vicario para el Clero, D. José María Avendaño Perea. Falleció el 25 de junio, en Villanueva de Alcardete (Toledo), a los 90 años de edad. Era padre de cinco hijos, dos de los cuales ya han fallecido.

– **D. Antonio Sánchez Mayo**, falleció el 30 de junio, en Fuenlabrada, a los 89 años de edad. Padre de cuatro hijos; uno de ellos el sacerdote diocesano Javier Sánchez, adscrito a la Parroquia Nuestra Señora de Belén (Fuenlabrada) y Capellán del Centro Penitenciario de Navalcarnero.

– **Hna. María Josefa de la Eucaristía** (Josefa Provencio) religiosa carmelita en el Convento de Boadilla del Monte, falleció el 30 de junio, a los 90 años de edad y 70 de vida consagrada. Era muy amante del Santísimo Sacramento, de los Santos Padres Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, de Santa Teresita y de Santa Teresa Margarita Redi. La Santísima Virgen ocupaba un puesto especial en su corazón. Su habitación quedaba muy cerca de la capilla; lo veía como un privilegio y decía: "Qué solito está Jesús, voy a hacerle una visita".

Padre santo, que nos convocas al banquete de tu reino, admite a nuestros hermanos difuntos en tu reino para que puedan contemplar tu rostro.

Conferencia Episcopal Española

MANUEL BARRIOS, NUEVO SECRETARIO GENERAL DE LA COMECE

El director del secretariado de la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales, **Manuel Barrios Prieto**, ha sido elegido nuevo **secretario general** de la Comisión de las Conferencias Episcopales de la Unión Europea (COMECE). El nombramiento se hacía público el 25 de junio, aunque no asumirá el cargo hasta el próximo 1 de septiembre. Sustituye al hermano **Olivier Poquillon**, O.P, y ha sido designado por un periodo de cuatro años.

Director del secretariado de la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales desde 2011

Manuel Barrios nació en Madrid en 1962. Fue ordenado sacerdote en Roma en 1988, tras cursar los estudios en el Pontificio Seminario Romano Mayor. Es Doctor en Teología Dogmática por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma (1989). También es Licenciado en Psicología (1998).

Entre otros cargos ha sido delegado episcopal para la Pastoral Familiar de la diócesis de Madrid (2002-2011) y catedrático de Teología en los Institutos de Ciencias Religiosas de San Agustín (2000-2011) y San Dámaso (2001-2010). Actualmente es delegado episcopal de Ecumenismo y Diálogo Interreligioso de la diócesis de Madrid y director del secretariado de la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales (desde 2011). También es párroco, desde hace 20 años, de la parroquia de Santa Catalina de Alejandría en Madrid.

¿Qué es la COMECE?

La COMECE está formada por obispos delegados de las Conferencias de Obispos Católicos de los estados miembros de la Unión Europea. Su sede está en Bruselas y se encarga de supervisar y analizar el proceso político de la Unión Europea en todas las áreas de interés para la Iglesia. Para ello cuenta con el apoyo de una serie de comisiones y grupos de trabajo compuestos por expertos encomendados por las Conferencias Episcopales y las organizaciones católicas que trabajan en los campos pertinentes.

La Secretaría general se encarga de las relaciones con las instituciones europeas y de informar al Comité Permanente y a la Asamblea Plenaria de la COMECE.

El representante de la Conferencia Episcopal Española en la COMECE es el obispo de Almería, Mons. Adolfo González Montes.

DOS JÓVENES ESPAÑOLES REPRESENTAN A LA CEE EN EL FORO INTERNACIONAL DEL VATICANO DEL 19 AL 22 DE JUNIO

Los jóvenes españoles **Olalla Rodríguez** (27 años - diócesis de Getafe) y **David Brunet** (23 años - diócesis de Terrassa) representarán a la Conferencia Episcopal Española en el **Foro Internacional de los Jóvenes** que tendrá lugar en el Vaticano del **19 al 22 de junio** de 2019. **Olalla y David** fueron elegidos entre los 40 participantes en el Seminario Nacional de Jóvenes celebrado en Valladolid los días 1 y 2 de junio, donde se trabajó la exhortación **Christus Vivit**. El director del departamento de Pastoral de Juventud de la CEE, dentro de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar, **Raúl Tinajero**, será **uno de los 20 moderadores de los grupos de las diferentes lenguas**.

"Jóvenes en acción en una iglesia sinodal" es el tema de este encuentro que convoca el **Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida** para promover la recepción y continuación del camino sinodal de la **XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos**, celebrada en el Vaticano del 3 al 28 de octubre de 2018 sobre el tema " Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional". En este Foro se quiere acoger el impulso del Sínodo a nivel internacional, especial-

mente después de la publicación del documento final, la Exhortación Pastoral **Christus Vivit**. También se concibe como una manera muy concreta de responder a una de las peticiones de los Padres sinodales: "que la actividad del Departamento de Juventud del Dicasterio para los laicos, la familia y la vida se refuerce también a través de la creación de un cuerpo representativo de los jóvenes a nivel internacional". (n 123).

También informa el Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida que está prevista la **participación de 246 jóvenes delegados, entre los 18 y los 29 años, representando 109 países y 37 comunidades, movimientos y asociaciones eclesiales**. Entre ellos habrá **18 jóvenes oyentes del Sínodo de los Obispos del año pasado**. Estarán presentes también **15 responsables de Pastoral Juvenil de diversos países**.

El programa del foro prevé tanto asambleas plenarias como trabajo en pequeños grupos que permitirán intercambiar y profundizar la implementación del proceso sinodal y de la "*Christus vivit*" en las diferentes realidades de las Iglesias locales. Entre otros ponentes estarán los subsecretarios especiales del Sínodo 2018, **P. Giacomo Costa SJ** y **P. Rossano Sala SDB**; los profesores **Rosalba Manes** y **Robert Cheaib**; y el secretario del Dicasterio convocante, **P. Alexandre Awi Mello**. En la apertura del Foro, los jóvenes se reunirán con el Prefecto de este Dicasterio, el cardenal **Kevin Farrell**, y con el secretario general del Sínodo de los Obispos, el cardenal **Lorenzo Baldisseri**.

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PARA LA 53 JORNADA MUNDIAL
DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

" "Somos miembros unos de otros" (Ef 4,25).
De las *comunidades en las redes sociales*
a la comunidad humana "

Queridos hermanos y hermanas:

Desde que internet ha estado disponible, la Iglesia siempre ha intentado promover su uso al servicio del encuentro entre las personas y de la solidaridad entre todos. Con este *Mensaje*, quisiera invitarles una vez más a reflexionar sobre el fundamento y la importancia de nuestro estar-en-relación; y a redescubrir, en la vastedad de los desafíos del contexto comunicativo actual, el deseo del hombre que no quiere permanecer en su propia soledad.

Las metáforas de la "red" y de la "comunidad"

El ambiente mediático es hoy tan omnipresente que resulta muy difícil distinguirlo de la esfera de la vida cotidiana. La red es un recurso de nuestro tiempo. °

Constituye una fuente de conocimientos y de relaciones hasta hace poco inimaginable. Sin embargo, a causa de las profundas transformaciones que la tecnología ha impreso en las lógicas de producción, circulación y disfrute de los contenidos, numerosos expertos han subrayado los riesgos que amenazan la búsqueda y la posibilidad de compartir una información auténtica a escala global. Internet representa una posibilidad extraordinaria de acceso al saber; pero también es cierto que se ha manifestado como uno de los lugares más expuestos a la desinformación y a la distorsión consciente y planificada de los hechos y de las relaciones interpersonales, que a menudo asumen la forma del descrédito.

Hay que reconocer que, por un lado, las redes sociales sirven para que estemos más en contacto, nos encontremos y ayudemos los unos a los otros; pero por otro, se prestan también a un uso manipulador de los datos personales con la finalidad de obtener ventajas políticas y económicas, sin el respeto debido a la persona y a sus derechos. Entre los más jóvenes, las estadísticas revelan que uno de cada cuatro chicos se ha visto envuelto en episodios de acoso cibernético[1].

Ante la complejidad de este escenario, puede ser útil volver a reflexionar sobre la metáfora de la *red* que fue propuesta al principio como fundamento de internet, para redescubrir sus potencialidades positivas. La figura de la red nos invita a reflexionar sobre la multiplicidad de recorridos y nudos que aseguran su resistencia sin que haya un centro, una estructura de tipo jerárquico, una organización de tipo vertical. La red funciona gracias a la coparticipación de todos los elementos.

La metáfora de la red, trasladada a la dimensión antropológica, nos recuerda otra figura llena de significados: la *comunidad*. Cuanto más cohesionada y solidaria es una comunidad, cuanto más está animada por sentimientos de confianza y persigue objetivos compartidos, mayor es su fuerza. La comunidad como red solidaria precisa de la escucha recíproca y del diálogo basado en el uso responsable del lenguaje.

[1] Para reaccionar ante este fenómeno, se instituirá un *Observador internacional sobre el acoso cibernético* con sede en el Vaticano.

Es evidente que, en el escenario actual, la *social network community* no es automáticamente sinónimo de comunidad. En el mejor de los casos, las comunidades de las redes sociales consiguen dar prueba de cohesión y solidaridad; pero a menudo se quedan solamente en agregaciones de individuos que se agrupan en torno a intereses o temas caracterizados por vínculos débiles. Además, la identidad en las redes sociales se basa demasiadas veces en la contraposición frente al otro, frente al que no pertenece al grupo: este se define a partir de lo que divide en lugar de lo que une, dejando espacio a la sospecha y a la explosión de todo tipo de prejuicios (étnicos, sexuales, religiosos y otros). Esta tendencia alimenta grupos que excluyen la heterogeneidad, que favorecen, también en el ambiente digital, un individualismo desenfrenado, terminando a veces por fomentar espirales de odio. Lo que debería ser una ventana abierta al mundo se convierte así en un escaparate en el que exhibir el propio narcisismo.

La red constituye una ocasión para favorecer el encuentro con los demás, pero puede también potenciar nuestro autoaislamiento, como una telaraña que atrapa. Los jóvenes son los más expuestos a la ilusión de pensar que las redes sociales satisfacen completamente en el plano relacional; se llega así al peligroso fenómeno de los jóvenes que se convierten en "ermitaños sociales", con el consiguiente riesgo de apartarse completamente de la sociedad. Esta dramática dinámica pone de manifiesto un grave desgarró en el tejido relacional de la sociedad, una laceración que no podemos ignorar.

Esta realidad multiforme e insidiosa plantea diversas cuestiones de carácter ético, social, jurídico, político y económico; e interpela también a la Iglesia. Mientras los gobiernos buscan vías de reglamentación legal para salvar la visión original de una red libre, abierta y segura, todos tenemos la posibilidad y la responsabilidad de favorecer su uso positivo.

Está claro que no basta con multiplicar las conexiones para que aumente la comprensión recíproca. ¿Cómo reencontrar la verdadera identidad comunitaria siendo conscientes de la responsabilidad que tenemos unos con otros también en la red?

"Somos miembros unos de otros"

Se puede esbozar una posible respuesta a partir de una tercera metáfora, la *del cuerpo y los miembros*, que san Pablo usa para hablar de la relación de reci-

proximidad entre las personas, fundada en un organismo que las une. "Por lo tanto, dejas de mentiras, y habla cada uno con verdad a su prójimo, que somos *miembros unos de otros*" (Ef 4,25). El ser miembros unos de otros es la motivación profunda con la que el Apóstol exhorta a abandonar la mentira y a decir la verdad: la obligación de custodiar la verdad nace de la exigencia de no desmentir la recíproca relación de comunión. De hecho, la verdad se revela en la comunión. En cambio, la mentira es el rechazo egoísta del reconocimiento de la propia pertenencia al cuerpo; es el no querer donarse a los demás, perdiendo así la única vía para encontrarse a uno mismo.

La metáfora del cuerpo y los miembros nos lleva a reflexionar sobre nuestra identidad, que está fundada en la comunión y la alteridad. Como cristianos, todos nos reconocemos miembros del único cuerpo del que Cristo es la cabeza. Esto nos ayuda a ver a las personas no como competidores potenciales, sino a considerar incluso a los enemigos como personas. Ya no hay necesidad del adversario para autodefinirse, porque la mirada de inclusión que aprendemos de Cristo nos hace descubrir la alteridad de un modo nuevo, como parte integrante y condición de la relación y de la proximidad.

Esta capacidad de comprensión y de comunicación entre las personas humanas tiene su fundamento en la comunión de amor entre las Personas divinas. Dios no es soledad, sino comunión; es amor, y, por ello, comunicación, porque el amor siempre comunica, es más, se comunica a sí mismo para encontrar al otro. Para comunicar con nosotros y para comunicarse a nosotros, Dios se adapta a nuestro lenguaje, estableciendo en la historia un verdadero diálogo con la humanidad (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, 2).

En virtud de nuestro ser creados a imagen y semejanza de Dios, que es comunión y comunicación-de-sí, llevamos siempre en el corazón la nostalgia de vivir en comunión, de pertenecer a una comunidad. "Nada es tan específico de nuestra naturaleza -afirma san Basilio- como el entrar en relación unos con otros, el tener necesidad unos de otros"[2].

[2] *Regole ampie*, III, 1: PG 31, 917; cf. Benedicto XVI, *Mensaje para la 43 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales* (2009).

El contexto actual nos llama a todos a invertir en las relaciones, a afirmar también en la red y mediante la red el carácter interpersonal de nuestra humanidad. Los cristianos estamos llamados con mayor razón, a manifestar esa comunión que define nuestra identidad de creyentes. Efectivamente, la fe misma es una relación, un encuentro; y mediante el impulso del amor de Dios podemos comunicar, acoger, comprender y corresponder al don del otro.

La comunión a imagen de la Trinidad es lo que distingue precisamente la persona del individuo. De la fe en un Dios que es Trinidad se sigue que para ser yo mismo necesito al otro. Soy verdaderamente humano, verdaderamente personal, solamente si me relaciono con los demás. El término persona, de hecho, denota al ser humano como 'rostro' dirigido hacia el otro, que interactúa con los demás. Nuestra vida crece en humanidad al pasar del carácter individual al personal. El auténtico camino de humanización va desde el individuo que percibe al otro como rival, hasta la persona que lo reconoce como compañero de viaje.

Del "like" al "amén"

La imagen del cuerpo y de los miembros nos recuerda que el uso de las redes sociales es complementario al encuentro en carne y hueso, que se da a través del cuerpo, el corazón, los ojos, la mirada, la respiración del otro. Si se usa la red como prolongación o como espera de ese encuentro, entonces no se traiciona a sí misma y sigue siendo un recurso para la comunión. Si una familia usa la red para estar más conectada y luego se encuentra en la mesa y se mira a los ojos, entonces es un recurso. Si una comunidad eclesial coordina sus actividades a través de la red, para luego celebrar la Eucaristía juntos, entonces es un recurso. Si la red me proporciona la ocasión para acercarme a historias y experiencias de belleza o de sufrimiento físicamente lejanas de mí, para rezar juntos y buscar juntos el bien en el redescubrimiento de lo que nos une, entonces es un recurso.

Podemos pasar así del diagnóstico al tratamiento: abriendo el camino al diálogo, al encuentro, a la sonrisa, a la caricia... Esta es la red que queremos. Una red hecha no para atrapar, sino para liberar, para custodiar una comunión de personas libres. La Iglesia misma es una red tejida por la comunión eucarística,

en la que la unión no se funda sobre los "*like*" sino sobre la verdad, sobre el "*amén*" con el que cada uno se adhiere al Cuerpo de Cristo acogiendo a los demás.

Vaticano, 24 de enero de 2019, fiesta de san Francisco de Sales.

Franciscus

**VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD
EL PAPA FRANCISCO A RUMANÍA
(31 DE MAYO AL 2 DE JUNIO DE 2019)**

**ENCUENTRO CON LAS AUTORIDADES,
LA SOCIEDAD CIVIL Y EL CUERPO DIPLOMÁTICO**

DISCURSO DEL SANTO PADRE

**Sala Unirii del Palacio de Cotroceni, Bucarest
Viernes, 31 de mayo de 2019**

*Señor Presidente,
Señora Primer Ministro,
Santidad,
Excelentísimos Miembros del Cuerpo Diplomático,
Distinguidas Autoridades,
Distinguidos Representantes de las diversas Confesiones religiosas y de
la sociedad civil,
Queridos hermanos y hermanas:*

Dirijo un cordial saludo y mi agradecimiento al señor Presidente y a la señora Primer Ministro por su invitación a visitar Rumania, y por las amables palabras de bienvenida que me ha dirigido, también en nombre de las demás Autoridades de la

Nación y de vuestro querido pueblo. Saludo a los miembros del Cuerpo Diplomático y a los representantes de la sociedad civil aquí reunidos.

Saludo con amor fraterno a mi hermano Daniel; saludo con deferencia a todos los Metropolitanos y Obispos del Santo Sínodo, y a todos los fieles de la Iglesia Ortodoxa rumana. Hago extensivo un saludo afectuoso a los obispos, a los sacerdotes, a los religiosos y religiosas, y a todos los miembros de la Iglesia católica, a los que he venido a confirmar en la fe y a alentar en su camino de vida y de testimonio cristiano.

Me complace estar en vuestra tierra hermosa, veinte años después de la visita de san Juan Pablo II, y en el momento en que Rumania, por primera vez desde que se unió a la Unión Europea, preside en este semestre el Consejo Europeo.

Este es un momento propicio para dirigir una mirada de conjunto sobre los últimos treinta años desde que Rumania se liberó de un régimen que oprimía la libertad civil y religiosa, la aislaba de otros países europeos y la llevaba también al estancamiento económico y al agotamiento de sus fuerzas creadoras. Durante este tiempo, Rumania se ha comprometido en la construcción de un proyecto democrático a través del pluralismo de las fuerzas políticas y sociales, y del diálogo recíproco en favor del reconocimiento fundamental de la libertad religiosa y la plena integración del país en el amplio escenario internacional. Es importante reconocer lo mucho que se ha avanzado en este camino, aun en medio de grandes dificultades y privaciones. El deseo de progresar en los diversos campos de la vida civil, social, cultural y científica ha puesto en marcha tantas energías y proyectos, ha liberado numerosas fuerzas creativas que antes estaban retenidas y ha dado un nuevo impulso a las numerosas iniciativas emprendidas, conduciendo el país al siglo XXI. Los aliento a seguir trabajando para consolidar las estructuras e instituciones necesarias que no sólo den respuesta a las justas aspiraciones de los ciudadanos, sino que estimulen y permitan a su pueblo plasmar todo el potencial e ingenio del que sabemos es capaz.

Al mismo tiempo, es necesario reconocer que las transformaciones requeridas tras la apertura de una nueva etapa han comportado —junto a logros positivos— la aparición de obstáculos inevitables que hay que superar y los efectos colaterales que no siempre son fáciles de gestionar para la estabilidad social y para la misma administración del territorio. Ante todo, pienso en el fenómeno de la emi-

gración, que ha afectado a varios millones de personas que han abandonado sus hogares y sus países de origen para buscar nuevas oportunidades de trabajo y de una vida digna. Pienso en la despoblación de tantas aldeas, que en pocos años han visto marcharse a un número considerable de sus habitantes; pienso en las consecuencias que todo esto puede tener sobre la calidad de vida en esos territorios y el debilitamiento de sus más ricas raíces culturales y espirituales que los sostuvieron en los momentos más difíciles, en la adversidad. Rindo homenaje a los sacrificios de tantos hijos e hijas de Rumania que enriquecen con su cultura, su idiosincrasia y su trabajo, los países donde emigraron y ayudan con el fruto de su empeño a sus familias que quedaron en casa. Pensar en los hermanos y hermanas que están en el extranjero es un acto de patriotismo, es un acto de hermandad, es un acto de justicia. Continúad a hacerlo.

Para afrontar los problemas de esta nueva fase histórica, para hallar soluciones efectivas y encontrar la fuerza para aplicarlas, hay que aumentar la colaboración positiva de las fuerzas políticas, económicas, sociales y espirituales; es necesario caminar juntos, caminar en unidad, y decidirse todos con convicción a no renunciar a la vocación más noble a la que un Estado debe aspirar: hacerse cargo del bien común de su pueblo. Caminar juntos, como forma de construir la historia, requiere la nobleza de renunciar a algo del propio punto de vista, o del interés personal específico, en favor de un proyecto más amplio, de tal manera que se pueda forjar una armonía que permita avanzar con seguridad hacia metas comunes. Esta es la nobleza básica.

De esta manera es posible construir una sociedad inclusiva, en la que cada uno, poniendo a disposición sus propios talentos y capacidades, con educación de calidad y trabajo creativo, participativo y solidario (cf. *Exhort. ap. Evangelii gaudium*, 192), se transforme en protagonista del bien común donde los más débiles, los más pobres y los últimos no sean vistos como indeseados, como obstáculos que impiden que la “máquina” camine, sino como ciudadanos, como hermanos para ser plenamente insertados en la vida civil; es más, sean considerados como la mejor verificación de la bondad real del modelo de sociedad que se está construyendo. De hecho, cuanto más una sociedad se responsabiliza del destino de los más desfavorecidos, tanto más puede llamarse verdaderamente civil.

Todo esto debe tener un alma y un corazón y una clara dirección de marcha, que no esté impuesta por consideraciones extrínsecas o por el poder desenfrenado

de los más importantes centros financieros, sino por la conciencia de la centralidad de la persona humana y sus derechos inalienables (cf. *ibíd.*, 203). Para un desarrollo sostenible y armonioso, para la reactivación concreta de la solidaridad y la caridad, para la sensibilización de las fuerzas sociales, civiles y políticas hacia el bien común, no es suficiente con actualizar las teorías económicas, ni con las técnicas y las habilidades profesionales, aunque sean necesarias. Se trata en efecto de desarrollar, junto con las condiciones materiales, el alma de vuestro pueblo; porque los pueblos tienen un alma, tienen un modo de entender la realidad, de vivir la realidad. Volver siempre a esta alma del propio pueblo: esto hace ir adelante al pueblo.

En este sentido, las Iglesias cristianas pueden ayudar a redescubrir y alimentar ese corazón palpitante del que brote una acción política y social que partiendo de la dignidad de la persona lleve a comprometerse con lealtad y generosidad por el bien común de la comunidad. Al mismo tiempo, se esfuerzan por convertirse en un reflejo creíble y en un testimonio atractivo de la acción de Dios, y así se promueve entre ellas una verdadera amistad y colaboración. La Iglesia Católica quiere situarse en este cauce, quiere contribuir a la construcción de la sociedad, quiere ser un signo de armonía, de esperanza y de unidad y ponerse al servicio de la dignidad humana y el bien común. Desea colaborar con las Autoridades, con las demás Iglesias y con todos los hombres y mujeres de buena voluntad para caminar juntos y poner sus talentos al servicio de toda la comunidad. La Iglesia Católica no es extranjera, sino que participa plenamente en el espíritu nacional rumano, como lo demuestra la participación de sus fieles en la formación del destino de la nación, en la creación y el desarrollo de estructuras de educación integral y formas de asistencia típicas de un Estado moderno. Por eso, desea contribuir a la construcción de la sociedad y la vida civil y espiritual de vuestra hermosa tierra de Rumania.

Señor Presidente: Al mismo tiempo que le deseo a Rumania prosperidad y paz, invoco abundantes Bendiciones divinas y la protección de la Santa Madre de Dios sobre usted, sobre su familia, sobre todos los presentes, así como sobre toda la población de este país.

Que Dios bendiga a Rumania.

ENCUENTRO CON EL PATRIARCA DANIEL Y EL SANTO SÍNODO

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Palacio del Patriarcado, Bucarest
Viernes, 31 de mayo de 2019

Santidad, venerables Metropolitans y Obispos del Santo Sínodo:

Cristos a înviat! [¡Cristo ha resucitado!] La resurrección del Señor es el corazón del anuncio apostólico, transmitido y custodiado por nuestras Iglesias. El día de Pascua, los Apóstoles se regocijaron al ver al Resucitado (cf. Jn 20,20). En este tiempo de Pascua, también yo me regocijo al contemplar un reflejo de él en vuestros rostros, queridos Hermanos. **Hace veinte años**, ante este Santo Sínodo, el papa Juan Pablo II dijo: «he venido a contemplar el rostro de Cristo grabado en vuestra Iglesia; he venido a venerar este rostro sufriente, prenda de una nueva esperanza» (*Discurso al Patriarca Teoctist y al Santo Sínodo*, 8 mayo 1999: *Insegnamenti* XXII,1 [1999], 938). También yo he venido aquí hoy, peregrino, hermano peregrino, deseoso de ver el Rostro del Señor en el rostro de los hermanos; y, mirándoos, os agradezco de corazón vuestra acogida.

Los lazos de fe que nos unen se remontan a los Apóstoles, testigos del Resucitado, en particular al vínculo que unía Pedro a Andrés, que según la tradición trajo la fe a estas tierras. Hermanos de sangre (cf. Mc 1,16-18), lo fueron también, de manera excepcional, al derramar la sangre por el Señor. Ellos nos recuerdan que hay una *fraternidad* de la sangre que nos precede, y que, como una silenciosa corriente vivificante nunca ha dejado de irrigar y sostener nuestro caminar a lo largo de los siglos.

Aquí —como en tantos otros lugares actuales— habéis ??experimentado la Pascua de muerte y resurrección: muchos hijos e hijas de este país, de diferentes Iglesias y comunidades cristianas, han sufrido el viernes de la persecución, han atravesado el sábado del silencio, han vivido el domingo del renacimiento. ¡Cuántos mártires y confesores de la fe! Muchos, de confesiones distintas y en tiempos recientes, han estado en prisión uno al lado del otro apoyándose mutuamente. Su ejemplo está hoy ante nosotros y ante las nuevas generaciones que no han conocido aquellas dramáticas condiciones. Aquello por lo que han sufrido, hasta el punto de ofrecer sus vidas, es una herencia demasiado valiosa para que sea olvidada o mancillada. Y es una *herencia común* que nos llama a no distanciarnos del hermano que la comparte. Unidos a Cristo en el sufrimiento y el dolor, unidos por Cristo en la Resurrección para que «también nosotros llevemos una vida nueva» (Rm 6,4).

Santidad, querido Hermano: Hace veinte años, el encuentro entre nuestros predecesores fue un regalo pascual, un evento que contribuyó no sólo al resurgir de las relaciones entre ortodoxos y católicos en Rumania, sino también al diálogo entre católicos y ortodoxos en general. Aquel viaje, que un obispo de Roma realizaba por primera vez a un país de mayoría ortodoxa, allanó el camino para otros eventos similares. Me gustaría dirigir un pensamiento de grata memoria al Patriarca Teoctist. Cómo no recordar el grito espontáneo “*Unitate, unitate*”, que se elevó aquí en Bucarest en aquellos días. Fue un anuncio de esperanza que surgió del Pueblo de Dios, una profecía que inauguró un tiempo nuevo: *el tiempo de caminar juntos* en el redescubrimiento y el despertar de la fraternidad que ya nos une. Y esto es ya *unitate*.

Caminar juntos con la fuerza de la memoria. No la memoria de los males sufridos e infligidos, de juicios y prejuicios, de las excomunicaciones, que nos encierran en un círculo vicioso y conducen a actitudes estériles, sino *la memoria de las raíces*: los primeros siglos en los que el Evangelio, anunciado con parresia y espíritu de profecía, encontró e iluminó a nuevos pueblos y culturas; los primeros

siglos de los mártires, los Padres y confesores de la fe, de la santidad vivida y testimoniada cotidianamente por tantas personas sencillas que comparten el mismo Cristo. Los primeros siglos de la parresia y de la profecía. Gracias a Dios, nuestras raíces son sanas, son sanas y sólidas y, aunque su crecimiento ha sido afectado por las tortuosidades y las dificultades del tiempo, estamos llamados, como el salmista, a recordar con gratitud todo lo que el Señor ha realizado en nosotros, a elevar hacia él un himno de alabanza mutua (cf. Sal 77,6.12-13). El recuerdo de los pasos que hemos dado juntos nos anima a continuar hacia el futuro siendo conscientes — ciertamente— de las diferencias, pero sobre todo con la acción de gracias por un ambiente familiar que hay que redescubrir, con la *memoria de comunión* que tenemos que reavivar y que, como una lámpara, dé luz a los pasos de nuestro camino.

Caminar juntos a la escucha del Señor. Nos sirve de ejemplo lo que el Señor hizo el día de Pascua, cuando caminaba con los discípulos hacia Emaús. Ellos discutían de lo que había sucedido, de sus inquietudes, dudas e interrogantes. El Señor los escuchó pacientemente y con toda franqueza conversó con ellos ayudándolos a entender y discernir lo que había sucedido (cf. Lc 24,15-27).

También nosotros necesitamos escuchar juntos al Señor, especialmente en estos últimos años en que los caminos del mundo nos han conducido a rápidos cambios sociales y culturales. Son muchos los que se han beneficiado del desarrollo tecnológico y el bienestar económico, pero la mayoría de ellos han quedado inevitablemente excluidos, mientras que una globalización uniformadora ha contribuido a desarraigar los valores de los pueblos, debilitando la ética y la vida en común, contaminada en tiempos recientes por una sensación generalizada de miedo y que, a menudo fomentada a propósito, lleva a actitudes de aislamiento y odio. Tenemos necesidad de ayudarnos para no rendirnos a las seducciones de una “cultura del odio”, de una cultura individualista que, tal vez no sea tan ideológica como en los tiempos de la persecución atea, es sin embargo más persuasiva e igual de materialista. A menudo nos presenta como una vía para el desarrollo lo que parece inmediato y decisivo, pero que en realidad sólo es indiferente y superficial. La fragilidad de los vínculos, que termina aislando a las personas, afecta en particular a la célula fundamental de la sociedad, la familia, y nos pide el esfuerzo de salir e ir en ayuda de las dificultades de nuestros hermanos y hermanas, especialmente de los más jóvenes, no con desaliento y nostalgia, como los discípulos de Emaús, sino con el deseo de comunicar a Jesús resucitado, corazón de la esperanza. Necesitamos renovar con el hermano la escucha de las palabras del Señor para que el corazón

arda al unísono y el anuncio no se debilite (cf. vv. 32.35). Necesitamos dejarnos inflamar el corazón con la fuerza del Espíritu Santo.

El camino llega a su destino, como en Emaús, a través de la oración insistente, para que el Señor se quede con nosotros (cf. vv. 28-29). Él, que se revela al partir el pan (cf. vv. 30-31), llama a la caridad, a servir juntos; a “dar a Dios” antes de “decir Dios”; a no ser pasivos en el bien, sino prontos para alzarse y caminar, activos y colaboradores (cf. v. 33). Las numerosas comunidades ortodoxas rumanas, que allí donde están, colaboran excelentemente con las numerosas diócesis católicas de Europa occidental; son un ejemplo en este sentido. En muchos casos se ha desarrollado una relación de confianza mutua y amistad, basado en la fraternidad, alimentada por gestos concretos de acogida, apoyo y solidaridad. A través de esta relación mutua, muchos rumanos católicos y ortodoxos han descubierto que no son extraños, sino hermanos y amigos.

Caminar juntos hacia un nuevo Pentecostés. El trayecto que nos espera va desde la Pascua a Pentecostés: desde esa alba pascual de unidad, que aquí amaneció hace veinte años, nos dirigimos hacia un nuevo Pentecostés. Para los discípulos, la Pascua marcó el inicio de un nuevo camino en el que, sin embargo, los temores y las incertidumbres no habían desaparecido. Así fue hasta Pentecostés, cuando los Apóstoles, reunidos alrededor de la Santa Madre de Dios, con un solo Espíritu y en una pluralidad y riqueza de lenguas, fueron testigos del Resucitado con la Palabra y con la vida. Nuestro camino se ha reanudado a partir de la certeza de tener al hermano a nuestro lado, para compartir la fe fundada en la resurrección del mismo Señor. De Pascua a Pentecostés: tiempo para recogerse en oración bajo la protección de la Santa Madre de Dios, para invocar el Espíritu unos por otros. Que nos renueve el Espíritu Santo, que desdeña la uniformidad y ama plasmar la unidad en la más bella y armoniosa diversidad. Que su fuego consuma nuestras desconfianzas; su viento expulse las reticencias que nos impiden testimoniar juntos la nueva vida que nos ofrece. Que él, artífice de fraternidad, nos dé la gracia de caminar juntos; que él, creador de la novedad, nos haga valientes para experimentar nuevas formas de compartir y de misión. Que él, fortaleza de los mártires, nos ayude a que su sacrificio no sea infecundo.

Santidad y queridos hermanos: Caminemos juntos en alabanza de la Santísima Trinidad y en beneficio mutuo para ayudar a nuestros hermanos a ver a Jesús. Os renuevo mi gratitud y os aseguro el afecto, la amistad, la fraternidad y la oración más y de la Iglesia Católica.

ORACIÓN DEL PADRENUESTRO

SALUDO DEL SANTO PADRE

Nueva Catedral Ortodoxa, Bucarest
Viernes, 31 de mayo de 2019

*Santidad, querido Hermano,
Queridos hermanos y hermanas:*

Quisiera expresarles mi gratitud y mi emoción al encontrarme en este templo santo, que nos reúne en unidad. Jesús invitó a los hermanos Andrés y Pedro a abandonar las redes para convertirse en pescadores de hombres (cf. Mc 1,16-17). La llamada de uno de ellos no está completa sin la de su hermano. Hoy queremos elevar, los unos junto a los otros, desde el corazón de este país, la oración del *Padrenuestro*. En ella está contenida nuestra identidad de hijos y, hoy de manera particular, de hermanos que rezan uno al lado del otro. La oración del *Padrenuestro* contiene la certeza de la promesa hecha por Jesús a sus discípulos: «No os dejaré huérfanos» (Jn 14,18), y nos brinda la confianza para recibir y acoger el don del hermano. Por eso, quisiera compartir algunas palabras como preparación para la

oración que pronunciaré por nuestro camino de fraternidad y para que Rumania siempre pueda ser hogar de todos, tierra de encuentro, jardín donde florezca la reconciliación y la comunión.

Cada vez que decimos “Padre nuestro” reiteramos que la palabra *Padre* no puede ir sin decir *nuestro*. Unidos en la oración de Jesús, nos unimos también en su experiencia de amor y de intercesión que nos lleva a decir: Padre mío y Padre vuestro, Dios mío y Dios vuestro (cf. Jn 20,17). Es la invitación a que lo “mío” se transforme en *nuestro* y lo *nuestro* se haga oración. Ayúdanos, Padre, a tomar en serio la vida del hermano, a hacer nuestra su historia. Ayúdanos, Padre, a no juzgar al hermano por sus acciones y sus límites, sino a acogerlo sobre todo como hijo tuyo. Ayúdanos a vencer la tentación de sentirnos como hijos mayores, que a fuerza de estar en el centro se olvidan del don que es el otro (cf. Lc 15,25-32).

A ti, *que estás en el cielo*, un cielo que abraza a todos y en el que haces salir el sol sobre buenos y malos, justos e injustos (cf. Mt 5,45), te pedimos aquella concordia que en la tierra no hemos sabido custodiar. Te la pedimos por intercesión de tantos hermanos y hermanas en la fe que viven juntos en tu Cielo, después de haber creído, amado y sufrido mucho, incluso en nuestros días, por el simple hecho de ser cristianos.

Como ellos, también nosotros queremos *santificar tu nombre*, poniéndolo en el centro de todos nuestros intereses. Que sea tu nombre, Señor, y no el nuestro el que nos mueva y despierte a vivir la caridad. Cuántas veces, mientras oramos, nos limitamos a pedir gracias y a enumerar peticiones, olvidándonos de que lo primero es alabar tu nombre, adorarte, para poder reconocer en la persona del hermano que nos has puesto al lado tu vivo reflejo. En medio de tantas cosas que pasan y por las que nos afanamos, ayúdanos, Padre, a buscar lo que permanece: tu presencia y la del hermano.

Estamos a la espera de que *venga tu reino*: lo pedimos y lo deseamos porque vemos que las dinámicas del mundo no lo facilitan. Dinámicas orientadas por la lógica del dinero, de los intereses, del poder. Cuando nos encontramos sumergidos en un consumismo cada vez más desenfrenado, que cautiva con resplandores deslumbrantes pero efímeros, ayúdanos, Padre, a creer en lo que imploramos: a renunciar a las cómodas seguridades del poder, a las engañosas seducciones

de la mundanidad, a las vanas presunciones de creernos autosuficientes, a la hipocresía de guardar las apariencias. De esta manera no perderemos de vista ese Reino al que tú nos llamas.

Hágase tu voluntad, no la nuestra. «La voluntad de Dios es que todos se salven» (S. Juan Casiano, *Colaciones*, IX, 20). Necesitamos, Padre, ampliar nuestros horizontes para no reducir a nuestros límites tu misericordiosa voluntad de salvación, que quiere abrazar a todos. Ayúdanos, Padre, enviándonos como en Pentecostés al Espíritu Santo, autor de la valentía y del gozo, para que nos aliente a anunciar la alegre noticia del evangelio más allá de los límites de nuestra pertenencia, lenguas, culturas y naciones.

Todos los días necesitamos de él, *nuestro pan de cada día*. Él es el *pan de vida* (cf. Jn 6,35.48), que nos hace sentir como hijos amados y que alivia toda nuestra soledad y orfandad. Él es el *pan del servicio*: que partiéndose para hacerse nuestro siervo nos pide que nos sirvamos los unos a los otros (cf. Jn 13,14). Padre, mientras nos das el pan de cada día, alimenta en nosotros el anhelo por nuestro hermano, la necesidad de servirlo. Pidiéndote el pan de cada día, te imploramos también el *pan de la memoria*, la gracia de que fortalezcas las raíces comunes de nuestra identidad cristiana, indispensables en este tiempo en el que la humanidad, y las jóvenes generaciones en particular, corren el riesgo de sentirse desarraigadas en medio de tantas situaciones líquidas, incapaces de cimentar la existencia. Que el pan que pedimos, con su larga historia, que va desde la siembra hasta la espiga, de la cosecha hasta la mesa, nos inspire el deseo de ser pacientes *cultivadores de comunión*, que no se cansan de hacer germinar semillas de unidad, de dejar crecer el bien, de trabajar siempre al lado del hermano: sin sospechas y sin distancias, sin forzar y sin uniformar, en la convivencia de las diferencias reconciliadas.

El pan que pedimos hoy, es también el pan del que muchos carecen cada día, mientras que unos pocos poseen lo superfluo. El Padrenuestro no es una oración que tranquiliza, sino un grito ante las *carestías de amor* de nuestro tiempo, ante el individualismo y la indiferencia que profanan tu nombre, Padre. Ayúdanos a tener hambre de darnos. Recuérdanos, cada vez que rezamos, que para vivir no tenemos necesidad de conservarnos, sino de partírnos; de compartir, en vez de atesorar; de sustentar a los demás, en lugar de saciarnos a nosotros mismos, porque el bienestar es tal si pertenece únicamente a todos.

Cada vez que rezamos pedimos que *nuestras ofensas sean perdonadas*. Se necesita valor, porque al mismo tiempo nos comprometemos a *perdonar a los que nos han ofendido*. Debemos, por tanto, encontrar la fuerza para perdonar de corazón al hermano (cf. Mt 18,35) como tú, Padre, perdonas nuestros pecados, para dejar atrás el pasado y abrazar juntos el presente. Ayúdanos, Padre, a no ceder al miedo, a no ver la apertura como un peligro; a tener la fuerza para perdonarnos y caminar, el valor de no contentarnos con una vida tranquila, y a buscar siempre, con transparencia y sinceridad, el rostro del hermano.

Y cuando *el mal*, agazapado ante la puerta del corazón (cf. Gn 4,7), nos induzca a encerrarnos en nosotros mismos; cuando *la tentación* de aislarnos se haga más fuerte, ocultando la sustancia del pecado, que es alejamiento de ti y de nuestro prójimo, ayúdanos nuevamente, Padre. Anímanos a encontrar en el hermano el apoyo que tú pusiste a nuestro lado para caminar hacia ti, y tener el valor de decir juntos: “Padre nuestro”. Amén.

Y ahora recitamos la oración que el Señor nos enseñó.

SANTA MISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Catedral católica de San José, Bucarest
Viernes, 31 de mayo de 2019

El Evangelio que acabamos de escuchar nos sumerge en el encuentro de dos mujeres que se abrazan y llenan todo de alegría y alabanza: salta de gozo el niño e Isabel bendice a su prima por su fe; María entona las maravillas que el Señor realizó en su humilde esclava con el gran canto de esperanza para aquellos que ya no pueden cantar porque han perdido la voz. Canto de esperanza que también nos quiere despertar e invitarnos a entonar hoy por medio de tres maravillosos elementos que nacen de la contemplación de la primera discípula: María *camina*, María *encuentra*, María *se alegra*.

María camina desde Nazaret a la casa de Zacarías e Isabel, es el primer viaje de María que nos narra la Escritura. El primero de muchos. Irá de Galilea a Belén, donde nacerá Jesús; huirá a Egipto para salvar al Niño de Herodes. Irá también todos los años a Jerusalén para la Pascua, hasta seguir a Jesús en el Calva-

rio. Estos viajes tienen una característica: no fueron caminos fáciles, exigieron valor y paciencia. Nos muestran que la Virgen conoce las subidas, conoce nuestras subidas: ella es para nosotros hermana en el camino. Experta en la fatiga, sabe cómo darnos la mano en las asperezas, cuando nos encontramos ante los derroteros más abruptos de la vida. Como buena mujer y madre, María sabe que el amor se hace camino en las pequeñas cuestiones cotidianas. Amor e ingenio maternal capaz de transformar una cueva de animales en la casa de Jesús, con unos pobres pañales y una montaña de ternura (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 286). Contemplar a María nos permite volver la mirada sobre tantas mujeres, madres y abuelas de estas tierras que, con sacrificio y discreción, abnegación y compromiso, labran el presente y tejen los sueños del mañana. Entrega silenciosa, recia y desapercibida que no tiene miedo a “remangarse” y cargarse las dificultades sobre los hombros para sacar adelante la vida de sus hijos y de toda la familia esperando «contra toda esperanza» (*Rm* 4,18). Es un recuerdo vivo el hecho que en vuestro pueblo existe y late un fuerte sentido de esperanza, más allá de todas las condiciones que puedan ofuscarla o la intentan apagar. Mirando a María y a tantos rostros maternos se experimenta y alimenta el espacio para la esperanza (cf. *Documento de Aparecida*, 536), que engendra y abre el futuro. Digámoslo con fuerza: En nuestro pueblo hay espacio para la esperanza. Por eso María camina y nos invita a *caminar juntos*.

María encuentra a Isabel (cf. *Lc* 1,39-56), ya entrada en años (v. 7). Pero es ella, la anciana, la que habla de futuro, la que profetiza: «llena de Espíritu Santo» (v. 41); la llama «bendita» porque «ha creído» (v. 45), anticipando la última bienaventuranza de los Evangelios: bienaventurado el que cree (cf. *Jn* 20,29). Así, la joven va al encuentro de la anciana buscando las raíces y la anciana profetiza y renace en la joven regalándole futuro. Así, jóvenes y ancianos se encuentran, se abrazan y son capaces de despertar cada uno lo mejor del otro. Es el milagro que surge de la cultura del encuentro donde nadie es descartado ni adjetivado; sino donde todos son buscados, porque son necesarios, para reflejar el Rostro del Señor. No tienen miedo de caminar juntos y, cuando esto sucede, Dios llega y realiza prodigios en su pueblo. Porque es el Espíritu Santo quien nos impulsa a salir de nosotros mismos, de nuestras cerrazones y particularismos para enseñarnos a mirar más allá de las apariencias y regalarnos la posibilidad de *decir bien* —“bendecirlos”— sobre los demás; especialmente sobre tantos hermanos nuestros que se quedaron a la intemperie privados quizás no sólo de un techo o un poco de pan, sino de la amistad y del calor de una comunidad que los abraza,

cobije y reciba. Cultura del encuentro que nos impulsa a los cristianos a experimentar el milagro de la maternidad de la Iglesia que busca, defiende y une a sus hijos. En la Iglesia, cuando ritos diferentes se encuentran, cuando no se antepone la propia pertenencia, el grupo o la etnia a la que se pertenece, sino el Pueblo que unido sabe alabar a Dios, entonces acontecen grandes cosas. Digámoslo con fuerza: Bienaventurado el que cree (cf. *Jn* 20,29) y tiene el valor de crear encuentro y comunión.

María que camina y encuentra a Isabel nos recuerda dónde Dios ha querido morar y vivir, cuál es su santuario y en qué sitio podemos escuchar su palpar: en medio de su Pueblo. Allí está, allí vive, allí nos espera. Escuchamos como dirigida a nosotros la invitación del Profeta a no temer, a no desfallecer. Porque el Señor, nuestro Dios está en medio de nosotros, es un salvador poderoso (cf. *So* 3,16-17), está en medio de su pueblo. Este es el secreto del cristiano: Dios está en medio de nosotros como un salvador poderoso. Esta certeza, como a María, nos permite cantar y exultar de alegría. *María se alegra*, se alegra porque es la portadora del Emmanuel, del Dios con nosotros. «Ser cristianos es gozo en el Espíritu Santo» (Exhort. ap. *Gaudete et exsultate*, 122). Sin alegría permanecemos paralizados, esclavos de nuestras tristezas. A menudo el problema de la fe no es tanto la falta de medios y de estructuras, de cantidad, tampoco la presencia de quien no nos acepta; el problema de la fe es la falta de alegría. La fe vacila cuando se cae en la tristeza y el desánimo. Cuando vivimos en la desconfianza, cerrados en nosotros mismos, contradecimos la fe, porque, en vez de sentirnos hijos por los que Dios ha hecho cosas grandes (cf. v. 49), empequeñecemos todo a la medida de nuestros problemas y nos olvidamos que no somos huérfanos; en la tristeza nos olvidamos que no somos huérfanos, que tenemos un Padre en medio de nosotros, salvador y poderoso. María viene en ayuda nuestra, porque más que empequeñecer, magnífica, es decir, “engrandece” al Señor, alaba su grandeza. Este es el secreto de la alegría. María, pequeña y humilde, comienza desde la grandeza de Dios y, a pesar de sus problemas —que no eran pocos— está con alegría, porque confía en el Señor en todo. Nos recuerda que Dios puede realizar siempre maravillas si permanecemos abiertos a él y a los hermanos. Pensemos en los grandes testigos de estas tierras: personas sencillas, que confiaron en Dios en medio de las persecuciones. No pusieron la confianza en el mundo, sino en el Señor, y así avanzaron. Deseo dar gracias a estos humildes vencedores, a estos santos de la puerta de al lado que nos marcan el camino. Sus lágrimas no fueron estériles, fueron oración que subió al cielo y regó la esperanza de este pueblo.

Queridos hermanos y hermanas: María camina, encuentra y se alegra porque llevó algo más grande que ella misma: fue portadora de una bendición. Como ella, tampoco nosotros tengamos miedo a ser los portadores de la bendición que Rumania necesita. Sed los promotores de una cultura del encuentro que desmienta la indiferencia, que desmienta la división y permita a esta tierra cantar con fuerza las misericordias del Señor.

SANTA MISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Santuario de Sumuleu-Ciuc
Sábado, 1 de junio de 2019

Con alegría y agradecimiento a Dios, me encuentro hoy con vosotros, queridos hermanos y hermanas, en este querido Santuario mariano, rico de historia y de fe, donde como hijos venimos a encontrarnos con nuestra Madre y a reconocernos como hermanos. Los santuarios, lugares casi “sacramentales” de una Iglesia hospital de campaña, guardan la memoria del pueblo fiel que en medio de sus tribulaciones no se cansa de buscar la fuente de agua viva donde refrescar la esperanza. Son lugares de fiesta y celebración, de lágrimas y petición. Venimos a los pies de la Madre, sin muchas palabras, a dejarnos mirar por ella y que con su mirada nos lleve a aquel que es el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14,6).

No lo hacemos de cualquier manera, somos peregrinos. Aquí, cada año, el sábado de Pentecostés, peregrináis para honrar el voto de vuestros antepasados y para fortalecer la fe en Dios y la devoción a la Virgen, representada en su imponente

talla. Esta peregrinación anual pertenece a la herencia de la Transilvania, pero honra de forma conjunta las tradiciones religiosas rumanas y húngaras, en la que participan también fieles de otras confesiones, y es un símbolo de diálogo, unidad y fraternidad; una llamada a recuperar los testimonios de fe hecha vida y de vida hecha esperanza. Peregrinar es saber que venimos como pueblo a nuestra casa. Es saber que tenemos conciencia de ser pueblo. Un pueblo cuya riqueza son sus mil rostros, mil culturas, lenguas y tradiciones; el santo Pueblo fiel de Dios que con María peregrina cantando la misericordia del Señor. Si en Caná de Galilea, María intercedió ante Jesús para que realizara el primer milagro, en cada santuario vela e intercede no sólo ante su Hijo sino también ante cada uno de nosotros para que no nos dejemos robar la fraternidad por las voces y las heridas que alimentan la división y fragmentación. Los complejos y tristes acontecimientos del pasado no se deben olvidar o negar, pero tampoco pueden constituir un obstáculo o un motivo para impedir una anhelada convivencia fraterna. Peregrinar significa sentirse convocados e impulsados a *caminar juntos* pidiéndole al Señor la gracia de transformar viejos y actuales rencores y desconfianzas en nuevas oportunidades para la comunión; es desinstalarse de nuestras seguridades y comodidades en la búsqueda de una nueva tierra que el Señor nos quiere regalar. Peregrinar es el desafío de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de no tener miedo a mezclarnos, encontrarnos y ayudarnos. Peregrinar es participar de esa marea algo caótica que puede convertirse en una verdadera experiencia de fraternidad, caravana siempre solidaria para construir la historia (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 87). Peregrinar es mirar no tanto lo que podría haber sido —y no fue—, sino todo aquello que nos está esperando y no podemos dilatar más. Es creerle al Señor que viene y que está en medio de nosotros promoviendo e impulsando la solidaridad, la fraternidad, el deseo de bien, de verdad y justicia (cf. *ibíd.*, 71). Peregrinar es el compromiso de luchar para que los rezagados de ayer, sean los protagonistas del mañana, y los protagonistas de hoy no se vuelvan los rezagados del mañana. Y esto, hermanos y hermanas, requiere el trabajo artesanal de tejer juntos el futuro. Por eso estamos aquí para decir juntos: Madre enséñanos a hilvanar el futuro.

Peregrinar a este santuario nos hace volver la mirada a María y al misterio de la elección de Dios. Ella, una muchacha de Nazaret, pequeña localidad de Galilea, en la periferia del imperio romano y también en la periferia de Israel, con su “sí” fue capaz de poner en marcha la revolución de la ternura (cf. *ibíd.*, 88). El misterio de la elección de Dios que pone sus ojos en lo débil para confundir a los fuertes nos

impulsa y anima también a nosotros a decir sí, como ella, como María, para transitar los senderos de la reconciliación.

Hermanos y hermanas, no olvidemos: al que arriesga, el Señor no lo defrauda. Caminemos y caminemos juntos, arriesguemos, dejando que sea el Evangelio la levadura que lo impregne todo y regale a nuestros pueblos la alegría de la salvación, en la unidad y en la fraternidad.

ENCUENTRO MARIANO CON LA JUVENTUD Y CON LAS FAMILIAS

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Plaza del Palacio de la Cultura, Iasi
Sábado, 1 de junio de 2019

Queridos hermanos y hermanas, *bună seara!*

Aquí con vosotros se siente el calor de hogar, de estar en familia, rodeado de pequeños y grandes. Es fácil, viéndoos y escuchándoos, sentirse en casa. El Papa entre vosotros se siente en casa. Gracias por vuestra calurosa bienvenida y por los testimonios que nos regalaron. Mons. Petru, como buen y orgulloso padre de familia, os ha abrazado a todos con sus palabras, presentándoos y lo confirmando tú, Eduard, cuando nos decías que este encuentro no quiere ser sólo ni de jóvenes, ni de adultos, ni de otros, sino que vosotros “habéis deseado que esta tarde estuvieran con nosotros nuestros padres y nuestros abuelos”.

Hoy es el día del niño en estas tierras. Quisiera que lo primero que hagamos sea rezar por ellos, pidámosle a la Virgen que los cubra con su manto. Jesús los

puso en medio de sus apóstoles, también nosotros queremos ponerlos en el medio y reafirmar nuestro compromiso de querer amarlos con el mismo amor con que el Señor los ama comprometiéndonos a regalarles el derecho al futuro. Esta es una hermosa herencia: Dar a los niños el derecho al futuro.

Me alegra saber que en esta plaza se encuentra el rostro de la familia de Dios que abraza a niños, jóvenes, matrimonios, consagrados, ancianos rumanos de distintas regiones y tradiciones, así como también de Moldavia, también aquellos que han venido de la otra orilla del río Prut, los fieles de las lenguas csángó, polaca y rusa. El Espíritu Santo nos convoca a todos y nos ayuda a descubrir la belleza de estar juntos, de poder encontrarnos para *caminar juntos*. Cada uno con su lengua y tradición, pero feliz de encontrarse entre hermanos. Con esa felicidad que compartían Elisabetta e Ioan —¡valientes estos dos!—, con sus 11 hijos, todos diferentes, que vinieron de lugares diferentes, pero «hoy están todos reunidos, así como hace un tiempo cada domingo por la mañana caminaban todos juntos hacia la Iglesia». La felicidad de los padres de ver a los hijos reunidos. Seguro que hoy en el cielo hay fiesta por ver a tantos hijos que se animaron a estar juntos.

Es la experiencia de un nuevo Pentecostés —como escuchamos en la lectura—. Donde el Espíritu abraza nuestras diferencias y nos da la fuerza para abrir caminos de esperanza sacando lo mejor de cada uno; el mismo camino que comenzaron los apóstoles hace dos mil años y en el que hoy nos toca a nosotros tomar el relevo y animarnos a sembrar. No podemos esperar que sean otros, nos toca a nosotros. ¡Nosotros somos responsables! ¡Nos toca a nosotros!

Es difícil *caminar juntos*, ¿verdad? Es un don que tenemos que pedir, una obra artesanal que estamos llamados a construir y un hermoso regalo a transmitir. Pero, ¿por dónde empezamos a caminar juntos?

Quisiera “robar” nuevamente las palabras a estos abuelos Elisabetta e Ioan. Es lindo ver cuando el amor echa raíces con entrega y compromiso, con trabajo y oración. El amor echó raíces en vosotros y dio mucho fruto. Y como dice Joel, cuando jóvenes y ancianos se encuentran, los abuelos no tienen miedo a soñar (cf. Jl 3,1). Y este fue su sueño: «soñamos que puedan construirse un futuro sin olvidar de dónde salieron. Soñamos que todo nuestro pueblo no olvidara sus raíces». Vosotros miráis el futuro y abris el mañana para vuestros hijos, para vuestros nietos, para vuestro pueblo ofreciéndoles lo mejor que han apren-

dido durante vuestro camino: que no olvidéis de dónde partisteis. Vayáis a donde vayáis, hagáis lo que hagáis, no olvidéis las raíces. Es el mismo sueño, la misma recomendación que san Pablo hizo a Timoteo: mantener viva la fe de su madre y de su abuela (cf. 2 *Tm* 1,5-7). En la medida que vayas creciendo —en todos los sentidos: fuerte, grande e incluso logrando tener fama— no te olvides lo más hermoso y valioso que aprendiste en el hogar. Es la sabiduría que dan los años: cuando crezcas, no te olvides de tu madre y de tu abuela, y de esa fe sencilla pero robusta que las caracterizaba y que les daba fuerza y tesón para ir adelante y no desfallecer. Es una invitación a dar gracias y reivindicar la generosidad, valentía, desinterés de una fe “casera” que pasa desapercibida pero que va construyendo poco a poco el Reino de Dios.

Ciertamente, la fe que “no cotiza en bolsa” no vende y, como nos recordaba Eduard, puede parecer que «no sirve para nada». Pero la fe es un regalo que mantiene viva una certeza honda y hermosa: nuestra pertenencia de hijos e hijos amados de Dios. Dios ama con amor de Padre. Cada vida, cada uno de nosotros le pertenecemos. Es una pertenencia de hijos, pero también de nietos, esposos, abuelos, amigos, de vecinos; una pertenencia de hermanos. El maligno divide, desparrama, separa y enfrenta, siembra desconfianza. Quiere que vivamos “descolgados” de los demás y de nosotros mismos. El Espíritu, por el contrario, nos recuerda que no somos seres anónimos, abstractos, seres sin rostro, sin historia, sin identidad. No somos seres vacíos ni superficiales. Existe una red espiritual muy fuerte que nos une, “conecta” y sostiene, y que es más fuerte que cualquier otro tipo de conexión. Y esta red son las raíces: es el saber que nos pertenecemos los unos a los otros, que la vida de cada uno está anclada en la vida de los demás. «Los jóvenes florecen cuando se les ama verdaderamente», decía Eduard. Todos florecemos cuando nos sentimos amados. Porque el amor echa y nos invita a echar raíces en la vida de los demás. Como esas bellas palabras de vuestro poeta nacional que deseaba a su dulce Rumanía que «tus hijos vivan únicamente en fraternidad, como las estrellas de la noche» (M. Eminescu, *Cosa ti auguro, dulce Romania*). Eminescu era un gran hombre, se sentía maduro, había crecido, pero no sólo: se sentía hermano, y por esto quiso que la Rumanía, que todos los rumanos fueran hermanos “como las estrellas de la noche”. Nos pertenecemos los unos a los otros y la felicidad personal pasa por hacer felices a los demás. Todo lo demás es cuento.

Para *caminar juntos* allí donde estés, no te olvides de lo que aprendiste en el hogar. No olvides tus raíces.

Esto me hizo acordar la profecía de un santo eremita de estas tierras. Cuando un día el monje Galaction Ilie del Monastero Sihastria caminando con las ovejas en la montaña, encontró a un santo eremita que conocía y le preguntó: Dime, padre, ¿cuándo será el fin del mundo? Y el venerable eremita, suspirando, desde su corazón le dijo: Padre Galaction, ¿sabes cuándo será el fin del mundo? *Cuando no haya sendas del vecino al vecino*. Es decir, cuando no habrá más amor cristiano y comprensión entre hermanos, parientes, cristianos y entre los pueblos. Cuando las personas no amen más, será verdaderamente el fin del mundo. *Porque sin amor y sin Dios ningún hombre puede vivir en la tierra*.

La vida comienza a apagarse y marchitarse, nuestro corazón deja de latir y se seca, los ancianos no soñarán y los jóvenes no profetizarán cuando no haya sendas del vecino al vecino... Porque sin amor y sin Dios ningún hombre puede vivir en la tierra.

Eduard nos decía que él como muchos otros de su país intenta vivir la fe en medio de numerosas provocaciones. Son muchas, pero muchas las provocaciones que nos pueden desanimar y encerrarnos en nosotros mismos. No podemos negarlo ni hacer como que no pasara nada. Dificultades existen y son evidentes. Pero eso no puede hacernos perder de vista que la fe nos regala la mayor de las provocaciones: Esa que, lejos de encerrarte o aislarte, hace brotar lo mejor de cada uno. El Señor es el primero en provocarnos y decirnos que lo peor viene cuando no haya sendas del vecino al vecino, cuando veamos más trincheras que caminos. El Señor es quién nos regala un canto más fuerte del de todas las sirenas que quieren paralizar nuestra marcha. Y lo hace de la misma forma: entonando un canto más hermoso y más encantador.

A todos el Señor nos regala una vocación que es una provocación para hacernos descubrir los talentos y capacidades que poseemos y las pongamos al servicio de los demás. Y nos pide que usemos nuestra libertad como libertad de elección, de decirle sí a un proyecto de amor, a un rostro, a una mirada. Esta es una libertad mucho más grande que poder consumir y comprar cosas. Una vocación que nos pone en movimiento, nos hace derribar trincheras y abrir caminos que nos recuerden esa pertenencia de hijos y hermanos.

En esta “capital histórica y cultural” del país se partía juntos —en la edad media— como Peregrinos por la Vía transilvana, hasta Santiago di Compostela.

Hoy, aquí, viven muchos estudiantes de varias partes del mundo. Recuerdo un encuentro virtual que tuvimos en marzo, con *Scholas Occurrentes*, donde me decían también que esta ciudad sería durante este año la capital nacional de la juventud. ¿Es verdad? ¿Es verdad que esta ciudad durante este año es la capital nacional de la juventud? [Los jóvenes responden: “Sí”]. ¡Vivan los jóvenes! Dos factores muy buenos: una ciudad que históricamente sabe abrir e iniciar procesos —como el camino de Santiago—; una ciudad que sabe albergar jóvenes provenientes de varias partes del mundo como ahora. Dos características que recuerdan el potencial y la alta misión que pueden desarrollar: *abrir caminos para caminar juntos* y llevar adelante ese sueño de los abuelos que es profecía: sin amor y sin Dios ningún hombre puede vivir en la tierra. De aquí pueden partir aún nuevas vías del futuro hacia Europa y hacia tantas otras partes del mundo. Jóvenes, vosotros sois peregrinos del siglo XXI capaces de una nueva imaginación de los lazos que nos unen.

Pero no se trata de generar grandes programas o proyectos sino de dejar crecer la fe, de dejar que las raíces nos transmitan la savia. Como os decía al inicio: la fe no se transmite sólo con palabras sino con gestos, miradas, caricias como la de nuestras madres, abuelas; con el sabor a las cosas que aprendimos en el hogar, de manera simple y auténtica. Allí donde exista mucho ruido, que sepamos escuchar; donde haya confusión, que inspiremos armonía; donde todo se revista de ambigüedad, que podamos aportar claridad; donde haya exclusión, que llevemos compartir; en el sensacionalismo, el mensaje y la noticia rápida, que cuidemos la integridad de los demás; en la agresividad, que prioricemos la paz; en la falsedad, que aportemos la verdad; que en todo, en todo privilegiemos abrir caminos para sentir esa pertenencia de hijos y hermanos (cf. *Mensaje para la 52 jornada mundial de las comunicaciones sociales 2018*). Estas últimas palabras que he dicho tienen la “música” de san Francisco de Asís. ¿Sabéis lo que aconsejaba a sus frailes para transmitir la fe? Les decía: “Id, predicad el Evangelio y, si fuera necesario, también con palabras”. [Aplauso] Este aplauso es para san Francisco de Asís.

Estoy concluyendo, me falta un párrafo, pero deseo contar una experiencia que he tenido cuando entraba en la plaza. Había una anciana, bastante mayor, abuela. En sus brazos tenía a su nieto, de unos dos meses, no más. Cuando he pasado me lo ha mostrado. Sonreía, y sonreía con una sonrisa cómplice, como diciéndome: “¡Mire, ahora yo puedo soñar!”. En ese momento me he emocionado y no he teni-

do el ánimo de ir y traerla aquí delante. Por esto, lo cuento. Los abuelos sueñan cuando los nietos progresan, y los nietos tienen empuje cuando asumen las raíces de los abuelos.

Rumanía es el “jardín de la Madre de Dios” y en este encuentro he podido darme cuenta por qué. Ella es la Madre que cultiva los sueños de los hijos, que custodia sus esperanzas, que lleva la alegría a la casa. Es la madre tierna y concreta, que nos cuida. Vosotros sois esa comunidad viva y floreciente llena de esperanza que podemos regalarle a la Madre. A ella, a la Madre, consagramos el futuro de los jóvenes, el futuro de las familias y de la Iglesia. *Multumesc!* [Gracias!]

DIVINA LITURGIA
CON BEATIFICACIÓN DE LOS SIETE OBISPOS
GRECO-CATÓLICOS MÁRTIRES

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Campo de la Libertad, Blaj
Domingo, 2 de junio de 2019

«Maestro ¿quién ha pecado, él o sus padres, para que haya nacido ciego?» (Jn 9,2). Esta pregunta de los discípulos a Jesús desencadena una serie de movimientos y acciones que acompañará todo el relato evangélico desvelando y dejando en evidencia lo que realmente enseguece el corazón humano.

Jesús, al igual que sus discípulos, ve al ciego de nacimiento, es capaz de reconocerlo y ponerlo al centro. Después de aclarar que su ceguera no era fruto del pecado mezcla el polvo de la tierra con su saliva y lo pone en sus ojos; luego le ordena lavarse en la piscina de Siloé. Cuando se lavó, el ciego recobró la vista. Es interesante notar cómo el milagro se narra en apenas dos versículos, en los demás se pone la atención no en el ciego recuperado, sino en las discusiones que

desencadena. Parece que su vida y especialmente su curación se vuelve banal, anecdótica o elemento de discusión, así como de irritación y enojo. El ciego sanado es interrogado en un primer momento por la multitud estupefacta, después por los fariseos; y estos interrogan también a sus padres. Ponen en duda la identidad del hombre sanado; posteriormente niegan la acción de Dios, poniendo como excusa que Dios no actúa en sábado; llegan incluso a dudar que aquel hombre naciera ciego.

Toda la escena y las discusiones revelan lo difícil que resulta comprender las acciones y prioridades de Jesús, capaz de poner en el centro a aquel que estaba en la periferia, especialmente cuando se piensa que el primado lo tiene “el sábado” y no el amor del Padre que busca que todos los hombres se salven (cf. 1 *Tm* 2,4); el ciego tenía que convivir no sólo con su ceguera sino también con la de aquellos que lo rodeaban. Así son las resistencias y hostilidades que surgen en el corazón humano cuando, al centro, en vez de encontrar personas se ponen intereses particulares, rótulos, teorías, abstracciones e ideologías, que lo único que logran es enceguecer todo a su paso. En cambio, la lógica del Señor es diferente, lejos de esconderse en la inacción o la abstracción ideológica, busca a la persona con su rostro, con sus heridas e historia. Va a su encuentro y no se deja embaucar por discursos incapaces de priorizar y poner en el centro lo realmente importante.

Estas tierras conocen bien el sufrimiento de la gente cuando el peso de la ideología o de un régimen es más fuerte que la vida y se antepone como norma a la misma vida y a la fe de las personas; cuando la capacidad de decisión, la libertad y el espacio para la creatividad se ve reducido y hasta cancelado (cf. Carta enc. *Laudato si'*, 108). Hermanos y hermanas, vosotros habéis sufrido los discursos y acciones basados en el desprestigio que llevan hasta la expulsión y aniquilación de quien no puede defenderse y hacen callar las voces disonantes. Pensamos de manera particular en los siete obispos greco-católicos que he tenido la alegría de proclamar beatos. Ante la feroz opresión del régimen, ellos manifestaron una fe y un amor ejemplar hacia su pueblo. Con gran valentía y fortaleza interior, aceptaron ser sometidos a un encarcelamiento severo y a todo tipo de ultrajes, con tal de no negar su pertenencia a su amada Iglesia. Estos pastores, mártires de la fe, han recuperado y dejado al pueblo rumano una preciosa herencia que podemos resumir en dos palabras: *libertad y misericordia*.

Pensando en la libertad, no puedo dejar de observar que estamos celebrando la Divina Liturgia en el “Campo de la Libertad”. Este lugar significativo evoca la unidad de vuestro Pueblo que se ha realizado en la diversidad de las expresiones religiosas. Esto constituye un patrimonio espiritual que enriquece y caracteriza la cultura y la identidad nacional rumana. Los nuevos beatos sufrieron y dieron su vida, oponiéndose a un sistema ideológico que rechazaba la libertad y coartaba los derechos fundamentales de la persona humana. En aquel periodo triste, la vida de la comunidad católica fue sometida a una dura prueba por un régimen dictatorial y ateo: todos los obispos y muchos fieles de la Iglesia Greco-Católica y de la Iglesia Católica de rito latino fueron perseguidos y encarcelados.

El otro aspecto de la herencia espiritual de los nuevos beatos es la *miseri-cordia*. Ellos compaginaban la tenacidad de profesar la fidelidad a Cristo con una disposición al martirio sin palabras de odio hacia los que los perseguían, ante los que demostraron una profunda mansedumbre. Es elocuente lo que el Obispo Iuliu Hossu declaró durante la prisión: «Dios nos ha enviado a estas tinieblas del sufrimiento para dar el perdón y rezar por la conversión de todos». Estas palabras son el símbolo y la síntesis de la actitud con la que estos beatos en el periodo de la prueba sostuvieron a su pueblo en la confesión continua de la fe sin fisuras ni represalias. Esta actitud de misericordia hacia los torturadores es un mensaje profético, porque se presenta hoy como una invitación a todos para superar el rencor con la caridad y el perdón, viviendo la fe cristiana con coherencia y valentía.

Queridos hermanos y hermanas: También hoy reaparecen nuevas ideologías que, de forma sutil, buscan imponerse y desarraigar a nuestros pueblos de sus más ricas tradiciones culturales y religiosas. Colonizaciones ideológicas que desprestigian el valor de la persona, de la vida, del matrimonio y la familia (cf. Exhort. ap. postsin. *Amoris laetitia*, 40) y dañan con propuestas alienantes, tan ateas como en el pasado, especialmente a nuestros jóvenes y niños dejándolos desprovistos de raíces desde donde crecer (cf. Exhort. ap. *Christus vivit*, 78); y entonces todo se vuelve irrelevante si no sirve a los propios intereses inmediatos empujando a las personas a aprovecharse de otras y a tratarlas como meros objetos (cf. Exhort. ap. *Laudato si'*, 123-124). Son voces que, sembrando miedo y división, buscan cancelar y sepultar el más rico de los legados que estas tierras vieron nacer. Pienso, en esta herencia, por ejemplo al Edicto de Torda en 1568 que sancionaba todo tipo de radicalismo y promovía por primera vez en Europa un acta de tolerancia religiosa.

Deseo animaros a llevar la luz del Evangelio a nuestros contemporáneos y a seguir luchando, como estos beatos, contra estas nuevas ideologías que surgen. Ahora nos toca a nosotros, como les ha tocado a ellos luchar en aquellos tiempos. Que seáis testigos de *libertad* y de *misericordia*, haciendo prevalecer la fraternidad y el diálogo ante las divisiones, incrementando la fraternidad de la sangre, que encuentra su origen en el periodo de sufrimiento en el que los cristianos, dispersos a lo largo de la historia, se han sentido cercanos y solidarios. Queridos hermanos y hermanas, que os acompañen en vuestro camino la materna protección de la Virgen María, Santa Madre de Dios, y la intercesión de los nuevos beatos.

REGINA COELI

Campo de la Libertad, Blaj
Domingo, 2 de junio de 2019

Queridos hermanos y hermanas:

Antes de concluir **esta Divina Liturgia**, deseo saludaros una vez más a los que estáis aquí presentes y a los que he encontrado durante estos días, asimismo agradezco a todos la cordial acogida. Saludo respetuosamente al señor Presidente de la República y a las demás autoridades, manifestándoles un sincero agradecimiento por su fructuosa colaboración en la preparación y el desarrollo de mi visita. Estoy agradecido a Su Beatitud el Patriarca Daniel, al Santo Sínodo, al clero y a los fieles de la Iglesia Ortodoxa de Rumanía, que me han acogido fraternalmente. Que el Señor bendiga esta antigua e ilustre Iglesia y la sostenga en su misión. [Aplauso]
Un fraterno aplauso a todos ellos.

Dirijo un saludo lleno de afecto y de gratitud a Su Beatitud el Cardenal Lucian Muresan. Saludo a los fieles de la Iglesia Católica, a los obispos, sacerdotes, religiosos y a los fieles laicos de Bucarest y de Iasi, así como a los numerosos peregrinos de sumuleu Ciuc. Doy gracias al Señor porque me ha dado la posibilidad

de rezar con vosotros y de animar vuestro empeño en la evangelización y en el testimonio de la caridad. Aquí en Blaj, tierra de martirio, libertad y misericordia, rindo homenaje a vosotros, hijos de la Iglesia Greco-Católica, que desde hace tres siglos testimoniáis con ardor apostólico vuestra fe.

Que la Virgen María haga extensiva su protección materna a todos los ciudadanos de Rumanía que a lo largo de la historia han confiado siempre en su intercesión. A ella os encomiendo a todos y le pido que os guíe en el camino de la fe, para avanzar hacia un futuro de auténtico progreso y de paz, y para contribuir en la construcción de una patria cada vez más justa, armoniosa y fraterna.

Regina Caeli...

ENCUENTRO CON LA COMUNIDAD GITANA

SALUDO DEL SANTO PADRE

Barrio de Barbu Lautaru, Blaj
Domingo, 2 de junio de 2019

Queridos hermanos y hermanas: buenas tardes.

Me alegra encontraros y os doy las gracias por vuestra acogida. Tú, Don Ioan, no te equivocas en afirmar esa certeza tan evidente como a veces olvidada: en la Iglesia de Cristo hay un lugar para todos. Si no fuese así no sería la Iglesia de Cristo. La Iglesia es *lugar de encuentro* y tenemos necesidad de recordarlo no como un bello slogan, sino como parte del carnet de identidad de nuestro ser cristianos. Nos lo has recordado al poner como ejemplo al obispo mártir Ioan Suciu que supo plasmar con gestos concretos el deseo del Padre Dios de encontrarse con cada persona en la amistad y en el compartir. El Evangelio de la alegría se transmite en la alegría del encuentro y de saber que tenemos un Padre que nos ama. Mirados por él, entendemos cómo hemos de mirarnos entre nosotros. Con este espíritu he deseado estrechar vuestras manos, poner mis ojos en los vuestros, haceros entrar

en el corazón, en la oración, con la confianza de entrar yo también en vuestra oración, en vuestro corazón.

Sin embargo, llevo un peso en el corazón. Es el peso de las discriminaciones, de las segregaciones y de los maltratos que han sufrido vuestras comunidades. La historia nos dice que también los cristianos, también los católicos, no son ajenos a tanto mal. Quisiera pedir perdón por esto. Pido perdón —en nombre de la Iglesia al Señor y a vosotros— por todo lo que a lo largo de la historia, os hemos discriminado, maltratado o mirado de forma equivocada, con la mirada de Caín y no con la de Abel, y no fuimos capaces de reconoceros, valoraros y defenderos en vuestra singularidad. A Caín no le importa su hermano. La indiferencia es la que alimenta los prejuicios y fomenta los rencores. ¡Cuántas veces juzgamos de modo temerario, con palabras que hieren, con actitudes que siembran odio y crean distancias! Cuando alguno viene postergado, la familia humana no camina. No somos en el fondo cristianos, ni siquiera humanos, si no sabemos *ver a la persona* antes que sus acciones, antes que nuestros juicios y prejuicios.

Siempre, están Abel y Caín en la historia de la humanidad. Está la mano extendida y la mano que golpea. Está la apertura del encuentro y el cierre del enfrentamiento. Hay acogida y hay descarte. Está quien ve en el otro a un hermano y quien lo considera un obstáculo en su camino. Está la civilización del amor y está la del odio. Cada día hay que elegir entre Abel y Caín. Como ante una encrucijada, a menudo se pone ante nosotros una elección decisiva: recorrer la vía de la reconciliación o la de la venganza. Elijamos la vía de Jesús. Es una vía que comporta fatiga, pero es la vía que conduce a la paz; y pasa a través del perdón. No nos dejemos llevar por el odio que brota dentro de nosotros: nada de rencor. Porque ningún mal resuelve otro mal, ninguna venganza arregla una injusticia, ningún resentimiento es bueno para el corazón, ninguna clausura acerca.

Queridos hermanos y hermanas: Vosotros como pueblo tenéis un rol principal que tomar y no debéis tener miedo a compartir y ofrecer esas notas particulares que os constituyen y que señalan vuestro caminar, y de las que tenemos tanta necesidad: el valor de la vida y de la familia en sentido amplio —primos, tíos...—; la solidaridad, la hospitalidad, la ayuda, el apoyo y la defensa de los más débiles dentro de su comunidad; la valorización y el respeto a los ancianos —este es un gran valor que tenéis—; el sentido religioso de la vida, la espontaneidad y la alegría de vivir. No privéis a las sociedades donde os encontréis de estos dones y animaos

también a recibir todo lo bueno que los demás os puedan brindar y aportar. Por eso os quiero invitar a *caminar juntos*, allí donde estéis en la construcción de un mundo más humano, superando los miedos y sospechas, dejando caer las barreras que nos separan de los demás, y favoreciendo la confianza recíproca en la paciente y siempre útil búsqueda de la fraternidad. Luchar para caminar juntos, «con dignidad: la dignidad de la familia, la dignidad del trabajo, la dignidad de ganarse el pan de cada día —sí, esto es lo que te hace avanzar— y la dignidad de la oración. Siempre mirando hacia adelante» (*Encuentro de oración con el pueblo gitano*, 9 mayo 2019).

Este encuentro es el último de mi visita en Rumanía. He venido a este país bello y acogedor, he venido como peregrino y hermano, para encontrar. Os he encontrado a vosotros, he encontrado a tanta gente, para construir un puente entre mi corazón y el vuestro. Y ahora regreso a casa, vuelvo enriquecido, llevando conmigo lugares y momentos, pero sobre todo llevando conmigo vuestros rostros. Vuestros rostros colorearán mis recuerdos y poblarán mi oración. Os doy las gracias os llevo conmigo. Y ahora os bendigo, pero antes os pido un gran favor: rezad por mí. Gracias.

[Padrenuestro en rumano]

Ahora os daré una bendición. Y quisiera bendecir toda vuestra familia, todos vuestros amigos, toda la gente que conocéis.

[Bendición]

Hasta pronto.

RUEDA DE PRENSA DEL SANTO PADRE DURANTE EL VUELO DE REGRESO A ROMA

Domingo, 2 de junio de 2019

Alessandro Gisotti:

Buenas tardes. Bienvenido, Santo Padre. Bienvenidos. Vuelo de regreso... Santo Padre, el lema de este viaje ha sido: “Caminamos juntos”, pero también “volamos juntos”, porque creo que hemos volado realmente mucho, también la tarea, el cansancio... En su discurso ante la prensa extranjera hace unos días, usted concluyó diciendo: “veo en los viajes apostólicos vuestro cansancio”. He aquí el cansancio, la pasión, el compromiso de los colegas que han contado este viaje... Hoy es la Jornada de las Comunicaciones Sociales, como sabéis, dedicada a nosotros, como periodistas, operadores de la comunicación, con el tema: “Somos miembros unos de otros”. Santo Padre, sé que antes de las preguntas quiere ofrecer alguna reflexión sobre esta jornada dedicada a nosotros.

Papa Francisco:

Buenas tardes. Muchas gracias por vuestra compañía, como ha dicho Gisotti, hoy esta jornada hace que pensemos en vosotros. Vosotros trabajáis en las comunicaciones, sois operadores —como dijo Alessandro—, pero ante todo sois, deberíais ser, testigos de la comunicación. Hoy la comunicación va en retroceso, en general; sigue adelante el contacto, hacer contactos y no llegar a comunicar. Y vosotros, por vocación, sois testigos del hecho de comunicar. Es cierto, debéis hacer los contactos, pero no os detengáis ahí, avanzad. Os aliento a seguir adelante en este testimonio de comunicar, porque este tiempo tiene menos necesidad de contactos y más de comunicación. Gracias, felicidades por vuestra Jornada y adelante con las preguntas.

Gisotti:

Entonces, Santo Padre, como es tradición, las primeras preguntas están dirigidas por los medios del País en el que hemos estado. Empieza Diana Dumitrascu de la televisión rumana TVR. Adelante.

Diana Dumitrascu:

Santo Padre, le agradecemos su visita a Rumanía. Santidad, usted sabe que millones de nuestros connacionales han emigrado en los últimos años. ¿Cuál es su mensaje para una familia que deja a sus propios hijos para ir a trabajar al extranjero con el objetivo de asegurarles una vida mejor? Gracias.

Papa Francisco:

Antes de nada, esto me hace pensar en el amor de la familia, porque separarse en dos, en tres, no es algo bonito. Siempre hay nostalgia de reencontrarse. Pero separarse para que no falte nada a la familia es un acto de amor. En la misa de ayer escuchamos la última petición de esa señora que trabajaba en el extranjero para ayudar a la familia. Una separación así siempre es dolorosa. Pero, ¿por qué se van? No para hacer turismo, sino por necesidad. Necesidad. Y muchas veces no es porque el país no encuentre... Muchas veces son resultados de una política mundial que incide en esto. Sé lo que es la historia de tu país, después de la caída del

comunismo... Después tantas empresas extranjeras cerraron para abrir en el extranjero, para ganar más. Cerrar hoy una empresa y dejar a la gente en la calle. Y esto también es una injusticia mundial, general, de falta de solidaridad. Es un sufrimiento. ¿Cómo luchar? Intentando abrir fuentes de trabajo. No es fácil; no es fácil en la situación mundial actual de las finanzas, de la economía. Pero pensad que tenéis un nivel de nacimientos impresionante: aquí no se ve el invierno demográfico que vemos en Europa. Es una injusticia no poder tener fuentes de trabajo para tantos jóvenes. Y por eso deseo que se resuelva esta situación que no depende solamente de Rumanía, sino del orden mundial financiero, de esta sociedad del consumismo, del tener más, del ganar más... y mucha gente se queda allí, sola. No sé, esta es mi respuesta: una llamada a la solidaridad mundial en este momento en el que Rumanía tiene la presidencia de la Unión Europea, considerarla un poco... Gracias.

Gisotti:

Le dirige ahora la pregunta Cristian Micaci de Radio María-Rumanía.

Cristian Micaci:

Santo Padre, como ha dicho también el director antes, se ha hablado en estos días de “caminar juntos”. Ahora, en su partida, yo le quisiera preguntar: ¿Qué nos aconseja a nosotros, de Rumanía? ¿Cuáles deberían ser las relaciones entre las confesiones, de modo particular entre la Iglesia Católica y la Ortodoxa —la minoría católica y la mayoría ortodoxa—, la relación entre las diferentes etnias y la relación entre el mundo político y la sociedad civil?

Papa Francisco:

En general, yo diría que la relación de la mano tendida, cuando hay conflictos. Hoy un país en desarrollo con un alto nivel de nacimientos como vosotros, con este futuro, no puede permitirse el lujo de tener enemigos dentro. Se debe hacer un proceso de acercamiento, siempre: entre las diferentes etnias, entre las diferentes confesiones religiosas, sobre todo las dos cristianas... Esto es lo primero: siempre la mano tendida, escuchar al otro. Con la iglesia ortodoxa: vosotros tenéis un gran Patriarca, un hombre de gran corazón y un gran estudioso. Conoce la mística de los

Padres del desierto, la mística espiritual, ha estudiado en Alemania... Es también un hombre de oración. Es fácil acercarse a Daniel, es fácil porque yo lo siento hermano y hemos hablado como hermanos. Yo no diré: “Porque vosotros...”, y él no dirá: “Porque vosotros...”. ¡Avanzamos juntos! Teniendo siempre esta idea: el ecumenismo no es llegar al final del partido, de las discusiones; el ecumenismo se hace caminando juntos: Caminando juntos, rezando juntos. El ecumenismo de la oración. Tenemos en la historia el ecumenismo de la sangre: cuando asesinaban a los cristianos no preguntaban: “¿Tú eres ortodoxo?, ¿tú eres católico?, ¿tú eres luterano?, ¿tú eres anglicano?” No. “Tú eres cristiano”, y la sangre se mezclaba. Un ecumenismo del testimonio, es otro ecumenismo. De la oración, de la sangre, del testimonio. Después, el ecumenismo del pobre, como lo llamo yo, que es trabajar juntos, en lo que podemos, trabajar para ayudar a los enfermos, a la gente que está un poco al margen del mínimo bienestar: ayudar. Mateo 25: este es un hermoso programa ecuménico. Caminar juntos es ya la unidad de los cristianos. Pero no esperéis que los teólogos se pongan de acuerdo para llegar a la Eucaristía. La Eucaristía se hace todos los días con la oración, con la memoria de la sangre de nuestros mártires, con las obras de caridad y también queriéndose bien. En una ciudad de Europa había una buena relación —¡hay!— entre el arzobispo católico y el arzobispo luterano. El arzobispo católico debía ir al Vaticano el domingo por la tarde y llamó para decir que llegaría el lunes por la mañana. Cuando llegó me dijo: “Discúlpeme, pero ayer el arzobispo luterano debía ir a una reunión y me pidió: Por favor, ven a mi catedral y encárgate tú del culto”. ¡Hay hermandad! Llegar a esto es mucho. Y la homilía la hizo el católico. No celebró la Eucaristía, pero la homilía sí. Esto es hermandad. Cuando yo estaba en Buenos Aires, fui invitado por la Iglesia escocesa para predicar varias veces, e iba allí y predicaba... ¡Se puede! Se puede caminar juntos. Unidad, hermandad, mano tendida, mirarse con bondad, no hablar mal de los demás... defectos tenemos todos, todos. Pero si caminamos juntos, dejemos los defectos a un lado: esos que critican los “solterones”. Gracias.

Gisotti:

Xavier Lenormand, de Média francés.

Xavier Lenormand:

Santidad, mi pregunta está un poco relacionada con la de antes. El primer día de este viaje, usted se dirigió a la catedral ortodoxa para un momento hermo-

so, pero también un poco duro, la oración del Padrenuestro. Un poco duro porque si los católicos y los ortodoxos estaban juntos, no rezaron juntos. Usted recién habló del ecumenismo de la oración. Entonces, mi pregunta es: Santidad, ¿en qué pensaba usted cuando se quedó en silencio durante el Padrenuestro en rumano? Y, ¿cuáles son los próximos pasos concretos en este camino juntos? Gracias, Santidad.

Papa Francisco:

Yo te haré una confidencia: yo no me quedé en silencio, recé el Padrenuestro en italiano. ¿También tú? Está bien. Y vi, durante la oración del Padrenuestro, que la mayoría de la gente, ya sea en rumano o en latín, rezaba. La gente va más allá de nosotros, los dirigentes: nosotros, los jefes, debemos hacer equilibrios diplomáticos para asegurar que vamos juntos. Hay costumbres, reglas diplomáticas que está bien conservar para que las cosas no se arruinen; pero el pueblo reza junto. También nosotros, cuando estamos solos, rezamos juntos. Este es un testimonio. Yo tengo la experiencia de rezar con muchos, con muchos pastores luteranos, evangélicos y también ortodoxos. Los patriarcas son abiertos. Sí, también nosotros los católicos tenemos gente cerrada, que no quiere, y dice: “No, los ortodoxos son cismáticos”. Esto es algo anticuado. Los ortodoxos son cristianos. Pero hay grupos católicos un poco fundamentalistas: debemos tolerarlos, rezar por ellos para que el Señor y el Espíritu Santo les ablanden un poco el corazón. Pero yo recé. Los dos. No miré a Daniel, pero creo que él hizo lo mismo.

Gisotti:

Gracias, Santo Padre. Le dirige ahora la pregunta Manuela Tulli de la Agencia Ansa.

Manuela Tulli:

Buenas tardes, Santo Padre. Hemos estado en Rumanía, un país que se ha mostrado europeísta. En estas recientes elecciones, algunos líderes políticos, como nuestro viceprimer ministro, Matteo Salvini, hicieron campaña electoral mostrando los símbolos religiosos: en los mítines hemos visto rosarios, cruces, consagraciones al Corazón Inmaculado de María. Quería saber qué impresión le ha dado esto a

usted y si es cierto, como dice alguna indiscreción, que usted no quiere encontrarse con nuestro viceprimer ministro.

Papa Francisco:

Primero —comienzo por la segunda— yo no he escuchado que ninguno del gobierno [italiano], excepto el primer ministro, haya pedido audiencia. Ninguno. Para pedir una audiencia, se debe hablar con la Secretaría de Estado, se pide una audiencia. El primer ministro Conte la pidió y se le concedió, como indica el protocolo. Fue una hermosa audiencia, con el primer ministro, de una hora o más. Un hombre inteligente, un profesor que sabe de lo que habla. Respecto al viceprimer ministro, no he recibido ninguna petición, ni tampoco de otros ministros. Pero sí he recibido al presidente de la República.

Segundo, sobre esas imágenes. He dicho muchas veces que solo leo dos periódicos: el “periódico del partido”, es decir, “L’Osservatore Romano”, este lo leo y sería hermoso que vosotros lo leyeráis, porque ahí hay claves de interpretación muy interesantes. Y también cosas que yo digo que están ahí. Y después “Il Messaggero”, que me gusta, Il Messaggero, porque tiene titulares grandes: lo hojeo, algunas veces me detengo... y no me detuve en esas noticias sobre la propaganda electoral, cómo ha hecho un partido u otro esa propaganda... De verdad.

Hay un tercer elemento, en eso me confieso ignorante: yo no entiendo la política italiana. Es cierto, debo estudiarla, no la entiendo. Dar una opinión sobre las actitudes de una campaña electoral, de uno de los partidos, sin información, así, sería muy imprudente por mi parte. Yo rezo por todos, para que Italia vaya adelante, para que los italianos se unan y sean leales en su compromiso. También yo soy italiano porque soy hijo de emigrantes italianos: soy italiano de sangre. Mis hermanos, todos tienen la ciudadanía. Yo no quise tenerla porque en el tiempo en el que la adquirieron yo era obispo y dije: “No, el obispo debe ser de la patria” y no quise tomarla. Y por eso no la tengo. Existe en la política de muchos países —muchos— la enfermedad de la corrupción, por todas partes. No digáis mañana: “el Papa ha dicho que la política italiana es corrupta”, no. Yo he dicho que una de las enfermedades de la política por todas partes es patinar en la corrupción. Un hecho universal. Por favor, no me hagáis decir algo que no he dicho. Y una vez me dijeron cómo

son los pactos políticos: imaginemos una reunión de nueve emprendedores en la mesa; discuten para ponerse de acuerdo sobre el desarrollo de sus empresas y al final, después de horas y horas y horas, y café y café y café, se ponen de acuerdo. Han hecho las actas, hacen el resumen, lo leen... ¿De acuerdo? De acuerdo. Mientras lo imprimen toman un whisky para celebrar y después comienzan a circular los papeles para firmar el acuerdo. En el momento en el que giran los papeles, bajo la mesa, yo y el otro... hago otro bajo la mesa. Esto es corrupción política, que se hace un poco en todas partes. Debemos ayudar a los políticos a ser honestos, a no hacer campañas con banderas deshonestas: la calumnia, la difamación, los escándalos... y, tantas veces, sembrar odio y miedo; esto es terrible. Una política, un político nunca, nunca debe sembrar odio y miedo. Solamente esperanza. Justa, exigente, pero esperanza. Porque debe conducir al país hacia allí y no darle miedo. No sé si he respondido. Pero sobre los particulares de la conducta de los políticos, no sé.

Gisotti:

Santo Padre, le dirige ahora la pregunta Eva Fernández, periodista de la Cope.

Eva Fernández:

Santo Padre, ayer durante el encuentro con los jóvenes y las familias, insistió de nuevo en la importancia de la relación entre abuelos y jóvenes, para que los jóvenes tengan las raíces para seguir adelante y los abuelos puedan soñar. Usted no tiene una familia cerca, pero ha dicho que Benedicto XVI es como un abuelo, es como tener un abuelo en casa...

Papa Francisco:

Es verdad.

Eva Fernández:

¿Sigue viéndolo como un abuelo?

Papa Francisco:

Más aún. Cada vez que voy a verle lo siento así. Y le cojo la mano y le dejo hablar. Habla poco, habla despacio, pero con la misma profundidad de siempre. Porque el problema de Benedicto son las rodillas, no la cabeza: tiene una gran lucidez y yo escuchándole, me hago más fuerte, siento que me viene la “savia” de las raíces y me ayuda a seguir adelante. Siento esta tradición de la Iglesia que no es una cosa de museo; la tradición, no. La tradición es como las raíces, que te dan la savia para crecer. Y tú no serás como las raíces, no: tú florecerás, el árbol crecerá, dará frutos y las semillas se convertirán en raíces para otros. La tradición de la Iglesia está siempre en movimiento. En una entrevista que hizo Andrea Monda en «L'Osservatore Romano» hace algunos días —vosotros leéis L'Osservatore, ¿no?—, había una situación que me gustó mucho del músico Gustav Mahler. Y hablando de las tradiciones, él decía: «La tradición es la garantía del futuro y no la guardiana de las cenizas». No es un museo. La tradición no custodia las cenizas, la nostalgia de los fundamentalistas, regresar a las cenizas, no. La tradición son las raíces que garantizan que el árbol crezca, florezca y dé frutos. Y repito esa pieza del poeta argentino que me gusta tanto citar: «Todo lo que el árbol tiene de florido, vive de lo sepultado». Estoy contento porque en Iasi hice referencia a esa abuela [con el nietecillo recién nacido entre los brazos]: fue un gesto de “complicidad” y con aquellos ojos... en aquel momento he estado tan emocionado que no he reaccionado, y después el papamóvil siguió adelante; y, en definitiva, habría podido decirle a esta abuela que viniera delante para hacer ver este gesto... Y dije al Señor Jesús: “es una pena, pero Tú eres capaz de resolver”. Y nuestro gran Francisco [fotógrafo], cuando vio la comunicación que tuve con aquella mujer con los ojos, tomó la foto y ahora se ha hecho pública: la vi esta tarde en Vatican Insider. Estas son las raíces, y esto crecerá. No será como yo, pero yo doy lo mío. Es importante este encuentro [entre ancianos y jóvenes]. Después están los verbos, cuando los abuelos escuchan que tienen nietos que llevarán adelante la historia, comienzan a soñar —los abuelos cuando no sueñan se deprimen—: ¡Ah, existe el futuro! Y los jóvenes animados por esto, comienzan a profetizar, y a hacer historia. Importante.

Eva Fernández:

Gracias, Santo Padre.

Gisotti:

Tenemos espacio, creo todavía, para una pregunta: Lucas Wiegelmann de la Herder Korrespondenz...

Papa Francisco:

Esta revista la leía en Buenos Aires...

Lucas Wiegelmann:

Santo Padre, en estos días ha hablado tanto de la fraternidad y de la gente y de caminar juntos, algo que ya habíamos escuchado. Pero vemos que en Europa crece el número de los que no desean la fraternidad, sino el egoísmo y el aislamiento, prefieren caminar solos. ¿Por qué es así, según usted, y qué debe hacer Europa para cambiarlo? Gracias.

Papa Francisco:

Discúlpame si me cito, pero lo hago sin vanidad, por utilidad. Hablé de este problema en los dos [tres] discursos: en Estrasburgo; en el discurso que he dado cuando recibí el Premio Carlo Magno y después en el discurso ante todos los jefes de Estado y de gobierno en la Sala Regia: estaban todos, cuando fue el aniversario de los Pactos para la fundación de la Unión Europea. En estos discursos he dicho todo lo que pienso. Y también hay otro discurso que no es mío, sino del alcalde de Bürgermeister de Aachen. Ese es una joya, una joya vuestra, alemana. Una joya. Léelo y encontrarás elementos. Europa debe entablar un coloquio. Europa no debe decir: “Estamos unidos, ahora digámosle a Bruselas: arreglaos entre vosotros, seguid vosotros adelante”. No. Todos somos responsables de la Unión Europea, todos. Y esta circulación de la presidencia no es un gesto de cortesía como bailar el minué: te toca a ti, te toca a ti. No, es un símbolo de la responsabilidad que cada uno de los países tiene ante Europa. Si Europa no mira bien los retos futuros, Europa se marchitará. Me permití decir en Estrasburgo que siento que Europa está dejando de ser la “madre Europa”; y se está convirtiendo en la “abuela Europa”. Se ha envejecido, ha perdido el deseo de trabajar juntos. Quizás a escondidas alguno se puede hacer la pregunta: ¿no será este el fin de una

aventura de 70 años? Hay que retomar el espíritu de los Padres fundadores: retomar esto. Europa tiene necesidad de sí misma, de ser ella misma, de la propia identidad, de la propia unidad; y superar con esto, con tantas cosas que la buena política ofrece, superar las divisiones y las fronteras. Estamos viendo las fronteras en Europa: esto no hace bien. Ni siquiera las fronteras culturales, no hacen bien. Es verdad que cada país tiene su propia cultura y debe cuidarla, pero con el espíritu del poliedro: hay una globalización donde se respetan la cultura de todos, pero todos unidos. Pero, por favor, que Europa no se deje vencer por el pesimismo o las ideologías, porque Europa, en este momento, es atacada no con cañones o bombas, sino con ideologías: ideologías que no son europeas, que vienen de afuera, o nacen en los grupitos europeos, pero no son grandes. Pensad en la Europa, dividida y beligerante, de 1914 y de 1932-1933 a 1939, cuando estalló la guerra: pero no regresemos a esto, por favor. Aprendamos de la historia, no caigamos en el mismo pozo. La otra vez os dije que se dice que el único animal que tropieza dos veces es el hombre: el asno nunca lo hace.

No sé qué decirte más... Pero lee ese discurso del alcalde del Bürgermeister de Aachen: es una joya.

Gisotti:

Gracias, Santo Padre. Gracias por esta disponibilidad al término de tres días tan intensos, también por estos cinco viajes, uno detrás de otro, en esta primera parte del año, ricos de momentos, tan diferentes por los encuentros que ha tenido. Gracias.

Papa Francisco:

Ahora dos cosas. Por motivos del clima [de las condiciones meteorológicas], ayer tuve que ir en coche: dos horas y cuarenta. Fue una gracia de Dios: he visto un paisaje hermosísimo como nunca había visto. He cruzado toda Transilvania, es una belleza. Jamás había visto algo así. Y hoy, para ir a Blaj, lo mismo: algo hermoso, hermoso el paisaje de este país. Agradezco también la lluvia que me ha hecho viajar así y no en helicóptero; tener más contacto con la realidad.

Y lo segundo: sé que algunos de vosotros sois creyentes, otros no tanto, pero diré a los creyentes: recen por Europa, recen por Europa, por la unidad. Que el Señor nos dé la gracia. A los no creyentes: desead la buena voluntad, el deseo de corazón, el deseo para que Europa regrese a ser el sueño de los Padres fundadores. Gracias. Muchas gracias. Y buen fin de vuestra “fiesta” [la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales].

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 10 ejemplares semanales.
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Se mandan por Correos ó los lleva un repartidor, siguiendo las normas de correos.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción hasta 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
- **DATOS ORIENTATIVOS:**
 - 10 ejemplares año . . . 78,00 Euros
 - 25 ejemplares año . . . 195,00 Euros
 - 50 ejemplares año . . . 390,00 Euros
 - 100 ejemplares año . . . 780,00 Euros
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27 - EMAIL: servicioeditorial@archimadrid.es
28071 Madrid

Para ALTAS, BAJAS, MODIFICACIONES, por escrito o por email.